



Universidad del Sureste

Escuela de Medicina

Materia:

Bioética y normatividad.

Trabajo:

Resumen del libro de Sofía.

Dr. Darío Cristiaderit Gutiérrez Gómez.

Alumno: Edwin Dionicio Coutiño Zea

Semestre 3ero

Grupo A

Lugar y fecha

Comitán de Domínguez Chiapas a 05/01/2022.

El jardín del edén

Sofía Amundsen volvía a casa después del instituto. La primera parte del camino la había hecho en compañía de Jorunn. Habían hablado de robots. Jorunn opinaba que el cerebro humano era como un sofisticado ordenador. Sofía no estaba muy segura de estar de acuerdo. Un ser humano tenía que ser algo más que una máquina. Se habían despedido junto al hipermercado Sofía vivía al final de una gran urbanización de chalets, y su camino al instituto, era casi el doble que el de Jorunn. Era como si su casa se encontrara en el fin del mundo, pues más allá de jardín no había ninguna casa más. Allí comenzaba el espeso bosque. Giró para meterse por el Camino del Trébol. Al final hacía una brusca curva que solían llamar Curva del Capitán. Aquí sólo había gente los sábados y los domingos. Era uno de los primeros días de mayo. En algunos jardines se veían tupidas coronas de narcisos bajo los árboles frutales. Los abedules tenían ya una fina capa de encaje verde.

La abuela de Sofía había muerto hacía poco. Casi a diario durante medio año había pensado cuánto la echaba de menos. ¿No era injusto que la vida tuviera que acabarse alguna vez? En el camino de gravilla Sofía se quedó pensando. Intentó pensar intensamente en que existía para de esa forma olvidarse de que no se quedaría aquí para siempre. Pero resultó imposible. En cuanto se concentraba en el hecho de que existía, inmediatamente surgía la idea del fin de la vida. Lo mismo pasaba a la inversa: cuando había conseguido tener una fuerte sensación de que un día desaparecería del todo, entendía realmente lo enormemente valiosa que es la vida. Era como la cara y la cruz de una moneda, una moneda a la que daba vueltas constantemente. Cuanto más grande y nítida se veía una de las caras, mayor y más nítida se veía también la otra. La vida y la muerte eran como dos caras del mismo asunto. No se puede tener la sensación de existir sin tener también la sensación de tener que morir, pensó. De la misma manera, resulta igualmente imposible pensar que uno va a morir, sin pensar al mismo tiempo en lo fantástico que es vivir.

El sombrero de copa

Sofía dio por sentado que la persona que había escrito las cartas anónimas volvería a ponerse en contacto con ella. Mientras tanto, optó por no decir nada a nadie sobre este asunto. En el instituto le resultaba difícil concentrarse en lo que decía el profesor; le parecía que sólo hablaba de cosas sin importancia. ¿Porqué no hablaba de lo que es el ser humano, o de lo que es el mundo y de cual fue su origen? Tuvo una sensación que jamás había tenido antes: en el instituto y en todas partes la gente se interesaba solo por cosas más o menos fortuitas. Pero también había algunas cuestiones grandes y difíciles cuyo estudio era mucho mas importante que las asignaturas corrientes del colegio. ¿Conocía alguien las respuestas a preguntas de ese tipo? A Sofía, al menos, le parecía mas importante pensar en ellas que estudiarse de memoria los verbos irregulares.

Al abrir el buzón notó que el corazón le latía más deprisa. Al principio, solo encontró una carta del banco y unos grandes sobres amarillos para su madre. ¡Qué pena! Sofía había esperado ansiosa una nueva carta del remitente desconocido. Al cerrar la puerta de la verja, descubrió su nombre en uno de los sobres grandes. Al dorso, por donde se abría, ponía: Curso de filosofía. Trátese con mucho cuidado. Sofía corrió por el camino de gravilla y dejó su mochila en la escalera. Metió las demás cartas bajo el felpudo, salió corriendo al jardín y buscó refugio en el Callejón. Ahí tenía que abrir el sobre grande. Sherekan vino corriendo detrás, pero no importaba. Sofía estaba segura de que el gato no se chivaría. En el sobre había tres hojas grandes escritas a máquina y unidas con un clip. Sofía empezó a leer.

¿Qué es la filosofía?

Luego de una pequeña introducción, Sofía regresa al buzón y encuentra otro sobre más. Pensando en la ausencia de su padre, y en su madre a quien casi no ve, Sofía dirige sus pasos al bosque que se encuentra a espaldas de su casa. Regresa a su casa, alimenta a sus múltiples mascotas y se oculta en el callejón con su nuevo sobre.

Un ser extraño

Aquí estoy de nuevo. Como ves, este curso de filosofía llegará en pequeñas dosis. He aquí unos comentarios más de introducción. ¿Dije ya que lo único que necesitamos para ser buenos filósofos es la capacidad de asombro? Si no lo dije, lo digo ahora: **LO ÚNICO QUE NECESITAMOS PARA SER BUENOS FILÓSOFOS**

Cuando empieza a hablar, el niño se para y grita «guau, guau» cada vez que ve un perro. Vemos cómo da saltos en su cochecito, agitando los brazos y gritando «guau, guau, guau, guau». Los que ya tenemos algunos años a lo mejor nos sentimos un poco agobiados por el entusiasmo del niño. «Sí, sí, es un guau, guau», decimos, muy conocedores del mundo, «tienes que estarte quietecito en el coche». No sentimos el mismo entusiasmo. Hemos visto perros antes. Quizás se repita este episodio de gran entusiasmo unas doscientas veces, antes de que el niño pueda ver pasar un perro sin perder los estribos. O un elefante o un hipopótamo. Pero antes de que el niño haya aprendido a hablar bien, y mucho antes de que aprenda a pensar filosóficamente, el mundo se ha convertido para él en algo habitual. Imagínate que un día estás de paseo por el bosque. De pronto descubres una pequeña nave espacial en el sendero delante de ti. De la nave espacial sale un pequeño marciano que se queda parado, mirándote fríamente. ¿Qué habrías pensado tú en un caso así? Bueno, eso no importa, ¿pero se te ha ocurrido alguna vez pensar que tu misma eres una marciana? Es cierto que no es muy probable que te vayas a topar con un ser de otro planeta. Ni siquiera sabemos si hay vida en otros planetas.

Pero puede ocurrir que te topes contigo misma. Puede que de pronto un día te detengas, y te veas de una manera completamente nueva. Quizás ocurra precisamente durante un paseo por el bosque. Si simplemente niegas con la cabeza y no te reconoces ni en el niño ni en el filósofo, es porque tú también te has habituado tanto al mundo que te ha dejado de asombrar. En ese caso corres peligro. Por esa razón recibes este curso de filosofía, es

decir, para asegurarnos. No quiero que tú justamente estés entre los indolentes e indiferentes. Quiero que vivas una vida despierta. Recibirás el curso totalmente gratis. Por eso no se te devolverá ningún dinero si no lo terminas. No obstante, si quieres interrumpirlo, tienes todo tu derecho a hacerlo. En ese caso, tendrás que dejarme una señal en el buzón. Una rana viva estaría bien. Tiene que ser algo verde también; de lo contrario, el cartero se asustaría demasiado. Tengo que hablar contigo sobre un asunto –empezó a decir. Por el tono de su voz, Sofía entendió que se trataba de algo serio. ¿No te habrás metido en algo de drogas, hija mía? Sofía se echó a reír, pero entendió por qué esta pregunta había surgido exactamente en esta situación. ¡Estás loca! dijo. Las drogas te atrofian aún más. Y no se dijo nada más aquella tarde, ni sobre drogas, ni sobre el conejo blanco. El curso comienza comparando al filósofo con la capacidad de asombro de un niño. Lo habitual sin duda envenena la imaginación. El asombro de las cosas es el motor de la mente para pensar. Cuando regresa a casa, Sofía tiene un encuentro con su aburrida e ignorante madre.

Los mitos

A la mañana siguiente, no había ninguna carta para Sofía en el buzón. Pasó aburrida el largo día en el instituto, procurando ser muy amable con Jorunn en los recreos. En el camino hacia casa, comenzaron a hacer planes para una excursión con tienda de campaña en cuanto se secase el bosque. En el principio fueron los mitos. El hombre de la lejana antigüedad, ignorante por necesidad, se explicaba los fenómenos que sucedían a su alrededor con la existencia de seres capaces de hacer llover, hacer que el día se convierta en noche, de hacer que las cosechas produzcan o desaparezcan. Por ello, el olimpo de su imaginación fue poblado con dioses. Había un dios para cada necesidad pero siempre tenía que haber uno que superara en poder a todos. Nos situamos en Grecia 600 años antes del nacimiento de Jesucristo. Ahí surgieron los primeros filósofos empeñados en buscar una explicación razonable del mundo externo.

La visión mítica del mundo

¡Hola, Sofía! Tenemos mucho que hacer, de modo que empecemos ya. Por filosofía entendemos una manera de pensar totalmente nueva que surgió en Grecia alrededor del año 600 antes de Cristo. Hasta entonces, habían sido las distintas religiones las que habían dado a la gente las respuestas a todas esas preguntas que se hacían. Estas explicaciones religiosas se transmitieron de generación en generación a través de los mitos. Cuando hay rayos y truenos, también suele llover. La lluvia tenía una importancia vital para los agricultores en la época vikinga; por eso Tor fue adorado como el dios de la fertilidad. Es decir: la respuesta mítica a por qué llueve, era que Tor agitaba su martillo; y, cuando llovía, todo crecía bien en el campo. Resultaba en sí incomprendible cómo las plantas en el campo crecían y daban frutos, pero los agricultores intuían que tenía que ver con la lluvia. Y, además, todos creían que la lluvia tenía algo que ver con Tor, lo que le convirtió en uno de los dioses más importantes del Norte. El acto religioso más importante en la época de la antigua Noruega era el sacrificio, que se hacía con el fin de aumentar el poder del dios. Los seres humanos tenían que hacer sacrificios a los dioses para que éstos reuniesen fuerzas suficientes para combatir a las fuerzas del caos. Esto se conseguía, por ejemplo, mediante

el sacrificio de un animal al dios en cuestión. Era bastante corriente sacrificar machos cabríos a Tor. El mito cuenta que Loke vuelve a Asgard, donde pide a Freya que se vista de novia, porque hay que casarla con los trolls. Desgraciadamente, Freya se enfada y dice que la gente pensará que está loca por los hombres si accede a casarse con un troll. Entonces al dios Heimdal se le ocurre una excelente idea. Sugiere que disfracen a Tor de novia. Podrán atarle el pelo y ponerle piedras en el pecho para que parezca una mujer. Evidentemente a Tor no le hace muy feliz esta propuesta, pero entiende finalmente que la única posibilidad que tienen los dioses de recuperar el martillo es seguir el consejo de Heimdal. Al final, Tor se viste de novia. Loke le va a acompañar como dama de honor. «Vayamos las dos mujeres a Jotunheimen», dice Loke. Los primeros filósofos griegos criticaron la mitología de Homero sólo porque los dioses se parecían mucho a los seres humanos y porque eran igual de egoístas y de poco fiar que nosotros. Por primera vez se dijo que quizás los mitos no fueran más que imaginaciones humanas. Sofía dio vueltas por el amplio jardín. Intentó olvidarse de todo lo que había aprendido en el instituto. Especialmente importante era olvidarse de lo que había leído en los libros de ciencias naturales. Comprendió que los seres humanos quizás hubieran necesitado siempre encontrar explicaciones a los procesos de la naturaleza. A lo mejor la gente no podía vivir sin tales explicaciones. Y entonces inventaron todos los mitos en aquellos tiempos en que no había ninguna ciencia.

Los filósofos de la naturaleza

Cuando su madre volvió del trabajo aquella tarde, Sofía estaba sentada en el balancín del jardín, meditando sobre la posible relación entre el curso de filosofía y esa Hilde Møller Knag que no recibiría ninguna felicitación de su padre en el día de su cumpleaños. Sofía seguirá recibiendo correspondencia de esa misteriosa niña Hilde además del curso de filosofía. La madre y la hija tendrán más discusiones pues, conforme ira avanzando el curso, Sofía aplicara lo aprendido en su vida diaria.

Los filósofos de la naturaleza se interesaban por los fenómenos que permanentemente sucedían a su alrededor. Muchos creían que debería de existir una materia primaria de la cual surgieron todos los cuerpos existentes. Dicha materia, capaz de tener cualquier forma posible, era la responsable de que lloviera o crecieran las cosechas. A partir de ese razonamiento, la filosofía se apartó de la religión. Pensar científicamente, es buscarle una respuesta concreta, más que fantástica a la vida. Las epopeyas de Homero: la Iliada y la Odisea, estaban a punto de ser cuestionadas.

El proyecto de los filósofos

¡Ahí estás de nuevo! Pasemos directamente a la lección de hoy, sin pasar por conejos blancos y cosas así. Te contaré a grandes rasgos cómo han meditado los seres humanos sobre las preguntas filosóficas desde la antigüedad griega hasta hoy. Pero todo llegará a su debido tiempo. Debido a que esos filósofos vivieron en otros tiempos y quizás en una cultura totalmente diferente a la nuestra, resulta a menudo práctico averiguar cuál fue el proyecto de cada uno. Con ello quiero decir que debemos intentar captar qué es lo que precisamente ese filósofo tiene tanto interés en solucionar. Un filósofo puede interesarse

por el origen de las plantas y los animales. Otro puede querer averiguar si existe un dios o si el ser humano tiene un alma inmortal.

Los filósofos de la naturaleza

A los primeros filósofos de Grecia se les suele llamar «filósofos de la naturaleza» porque, ante todo, se interesaban por la naturaleza y por sus procesos. Ya nos hemos preguntado de dónde procedemos. Muchas personas hoy en día se imaginan más o menos que algo habrá surgido, en algún momento, de la nada. Esta idea no era tan corriente entre los griegos. Por alguna razón daban por sentado que ese «algo» había existido siempre. Vemos, pues, que la gran pregunta no era cómo todo pudo surgir de la nada. Los griegos se preguntaban, más bien, cómo era posible que el agua se convirtiera en peces vivos y la tierra inerte en grandes árboles o en flores de colores encendidos. ¡Por no hablar de cómo un niño puede ser concebido en el seno de su madre!

Tres filósofos de Mileto

El primer filósofo del que oímos hablar es Tales, de la colonia de Mileto, en Asia Menor. Viajó mucho por el mundo. Se cuenta de él que midió la altura de una pirámide en Egipto, teniendo en cuenta la sombra de la misma, en el momento en que su propia sombra medía exactamente lo mismo que él. También se dice que supo predecir mediante cálculos matemáticos un eclipse solar en el año 585 antes de Cristo. Tales opinaba que el agua es el origen de todas las cosas. No sabemos exactamente lo que quería decir con eso. Quizás opinara que toda clase de vida tiene su origen en el agua, y que toda clase de vida vuelve a convertirse en agua cuando se disuelve. No es largo el camino desde la tierra y el agua hasta las plantas en el campo. Quizás pensaba Anaxímenes que para que surgiera vida, tendría que haber tierra, aire, fuego y agua. Pero el punto de partida en sí eran «el aire» o «la niebla». Esto significa que compartía con Tales la idea de que tiene que haber una materia primaria, que constituye la base de todos los cambios que suceden en la naturaleza. Mileto, era una colonia situada en Asia Menor. De ahí proviene Tales quien luego de viajar por Egipto y ver la influencia del río Nilo a su alrededor, razonó que el agua era la materia primaria del cual surgieron todas las cosas; además habló de la existencia de invisibles gérmenes vivos. Anaximandro por su parte, pensaba que existían muchos mundos como el nuestro y todos nacen y mueren invariablemente. También creía que no podía haber una materia primaria sino algo indefinido. El último filósofo de Mileto fue Anaxímenes 570-526 a. de C. quién suponía que el origen de la tierra, el agua y el fuego era el aire.

Nada puede surgir de la nada

Los tres filósofos de Mileto pensaban que tenía que haber una –y quizás sólo una- materia primaria de la que estaba hecho todo lo demás. ¿Pero cómo era posible que una materia se alterara de repente para convertirse en algo completamente distinto? A este problema lo podemos llamar problema del cambio. Desde aproximadamente el año 500 a. de C. vivieron unos filósofos en la colonia griega de Elea en el sur de Italia, y estos eleatos se preocuparon por cuestiones de ese tipo. El más conocido era Parménides (aprox. 510-470 a. de C). (14) Parménides pensaba que todo lo que hay ha existido siempre, lo que era una idea muy corriente entre los griegos. Daban más o menos por sentado que todo lo que existe en el mundo es eterno. Otros filósofos más que buscar la materia primaria de la cual surgió todo, se preocupaban en la transformación, es decir, como era posible que una materia fuera capaz de alterarse y transformarse en otra materia distinta al original. Parmenides 510-470 a. de C. opinaba que la materia siempre ha estado presente y más aún, nada se puede convertir en algo ajeno a su estado original. Además, Parmenides creía que a menudo los sentidos eran capaces de engañarnos por lo tanto lo único digno de fiarse era lo que dictaba la razón. Ha nacido el racionalista, aquel que deposita su fe en la razón de las personas, por encima de las ilusiones creadas por los sentidos.

Para otros filósofos como Heráclito 540-480 a. de C. la naturaleza se encontraba en un permanente cambio donde todo fluye. Nadie se baña dos veces en el mismo río. Heráclito creía también que las contradicciones eran el equilibrio necesario de la vida. Hay vida por que existe la muerte, tenemos salud y padecemos enfermedades, todo este orden de las cosas, tenía en dios a su principal responsable. Los sentidos, y no la razón, era la base del pensamiento de Heráclito. Empédocles 494-434 a de

C. opinaba que debiera de haber más de un solo elemento base o materia primaria. La tierra, el aire, el fuego y el agua eran los cuatro elementos que mezclados en distintas proporciones, producían todo el entorno, por lo tanto, nada cambia, siempre serán las miles de combinaciones de los mismos cuatro elementos. Anaxágoras 500-428 a. de C. quién fue el primer filósofo de Atenas. Originario de Asia Menor, Anaxágoras hablaba de minúsculas partículas que poseían la información de todo y que en su conjunto formaban la naturaleza como tal. Fue acusado de ateo por declarar que el sol no era un dios, sino una simple masa ardiente.

Sofía deduce, luego de leer sus manuscritos, que la filosofía no se aprende, más bien uno aprende a pensar filosóficamente. Demócrito 460-370 a. de C. es el último filósofo de la naturaleza; también hablaba de partículas pequeñas o mejor dicho hablaba de la existencia de lo que hoy conocemos como átomos. Todo lo conforman los átomos –cuyo significado sería indivisible- y éstos son capaces de generar cualquier forma conocida. Demócrito no creía en la inmortalidad del alma, al igual que Heráclito, estaba convencido de que la naturaleza fluye y nada más.

Todo fluye

Al mismo tiempo que Parménides, vivió Heráclito (aprox. 540-480 a. de C.) de Éfeso en Asia Menor. Él pensaba que precisamente los cambios constantes eran los rasgos más básicos de la naturaleza. Podríamos decir que Heráclito tenía más fe en lo que le decían

sus sentidos que Parménides. Dios se muestra precisamente en esa naturaleza llena de contradicciones y en constante cambio. En lugar de la palabra «Dios», emplea a menudo la palabra griega logos, que significa razón. Aunque las personas no hemos pensado siempre del mismo modo, ni hemos tenido la misma razón, Heráclito opinaba que tiene que haber una especie de «razón universal» que dirige todo lo que sucede en la naturaleza. Esta «razón universal» – o «ley natural»- es algo común para todos y por la cual todos tienen que guiarse. En medio de todos esos cambios y contradicciones en la naturaleza, Heráclito veía,

pues, una unidad o un todo. Este «algo», que era la base de todo, él lo llamaba

«Dios» o «logos».

Cuatro elementos

En cierto modo, las ideas de Parménides y Heráclito eran totalmente contrarias. La razón de Parménides le decía que nada puede cambiar. Pero los sentidos de Heráclito decían, con la misma convicción, que en la naturaleza suceden constantemente cambios. ¿Quién de ellos tenía razón? ¿Debemos fiarnos de la razón o de los sentidos?. No fue por casualidad el que Empédocles pensara que las

«raíces» de la naturaleza tuvieran que ser precisamente tierra, aire, fuego y agua. Antes que él, otros filósofos habían intentado mostrar por qué el elemento básico tendría que ser agua, aire o fuego. Tales y Anaxímenes ya habían señalado el agua y el aire como elementos importantes de la naturaleza. Los griegos también pensaban que el fuego era muy importante. Observaban, por ejemplo, la importancia del sol para todo lo vivo de la naturaleza, y, evidentemente, conocían el calor del cuerpo humano y animal. Empédocles pensaba que nuestros ojos estaban formados de tierra, aire, fuego y agua, como todo lo demás en la naturaleza. Y «la tierra» que tengo en mi ojo capta lo que hay de tierra en lo que veo, «el aire» capta lo que es de aire, «el fuego» de los ojos capta lo que es de fuego y «el agua» lo que es de agua. Si el ojo hubiera carecido de uno de los cuatro elementos, yo tampoco hubiera podido ver la naturaleza en su totalidad.

Algo de todo en todo

Otro filósofo que no se contentaba con la teoría de que un solo elemento –por ejemplo el agua- pudiera convertirse en todo lo que vemos en la naturaleza, fue Anaxágoras (500-428 a. de C). Tampoco aceptó la idea de que tierra, aire, fuego o agua pudieran convertirse en sangre y hueso. En cada célula del cuerpo hay una descripción detallada de la composición de todas las demás células del cuerpo. Es decir, que hay «algo de todo» en cada una de las células. El todo está en la parte más minúscula. A esas «partes mínimas» que contienen «algo de todo», Anaxágoras las llamaba «gémenes» o «semillas». Recordemos que para Empédocles era «el amor» lo que unía las partes en cuerpos enteros. También Anaxágoras se imaginaba una especie de fuerza que «pone orden» y crea animales y humanos, flores y árboles. A esta fuerza la llamó espíritu o entendimiento (nous). Sofía estaba sentada en el Callejón mirando por un pequeño hueco en la maleza. Tenía que poner orden en sus pensamientos, después de todo lo que acababa de leer.

También Empédocles había sido muy hábil utilizando su inteligencia al afirmar que el mundo necesariamente tenía que estar formado por algo más que por un solo elemento originario. De ese modo, se hacían posibles todos los cambios de la naturaleza sin cambiar realmente. Aquel viejo filósofo griego había descubierto todo esto utilizando simplemente su razón. Naturalmente, habría estudiado la naturaleza, pero no tuvo posibilidad de realizar análisis químicos como hace la ciencia hoy en día. A Sofía la filosofía le parecía aún mas interesante porque podía seguir los argumentos con su propia razón, sin tener que acordarse de todo lo que había aprendido en el instituto. Llegó a la conclusión de que, en realidad, la filosofía no es algo que se puede aprender, sino que quizás uno pueda aprender a pensar filosóficamente.

Demócrito

Sofía cerró la caja de galletas que contenía todas las hojas escritas a maquina que había recibido del desconocido profesor de filosofía. Salió a hurtadillas del Callejón y se quedó un instante mirando al jardín. De repente, se acordó de lo que había pasado la mañana anterior. Su madre había bromeado con la carta de amor, durante el desayuno. Ahora se apresura hasta el buzón para evitar que aquello volviera a suceder. Recibir una carta de amor dos días seguidos, daría exactamente el doble de corte que recibir una. ¡De nuevo había allí un pequeño sobre blanco! Sofía comenzó a vislumbrar una especie de sistema en las entregas: cada tarde había encontrado un sobre grande y amarillo en el buzón. Mientras leía la carta grande, el filósofo solía deslizarse hasta el buzón con un sobrecito blanco.

La teoría atómica

Aquí estoy de nuevo, Sofía. Hoy conocerás al último gran filósofo de la naturaleza. Se llamaba Demócrito (aprox. 460-370 a. de C.) y venía de la ciudad costera de Abdera, al norte del mar Egeo. Si has podido contestar a la pregunta sobre el lego, no te costará mucho esfuerzo entender lo que el proyecto de este filósofo. Existe un sinfín de diferentes átomos en la naturaleza, decía Demócrito. Algunos son redondos y lisos, otros son irregulares y torcidos. Precisamente por tener formas diferentes, podían usarse para componer diferentes cuerpos. Pero aunque sean muchísimos y muy diferentes entre sí, son todos eternos, inalterables e indivisibles. Demócrito no contaba con ninguna fuerza o «espíritu» que interviniera en los procesos de la naturaleza. Lo único que existe son los átomos y el espacio vacío, pensaba. Ya que no creía en nada más que en lo material, le llamamos materialista. No existe ninguna «intención» determinada detrás de los movimientos de los átomos. En la naturaleza todo ocurre mecánicamente. Eso no significa que todo lo que ocurre sea «casual», pues todo sigue las leyes inquebrantables de la naturaleza. Demócrito pensaba que había una causa natural en todo lo que ocurre, una causa que se encuentra en las cosas mismas. Mientras leía, Sofía miraba por la ventana para ver si aparecía junto al buzón el misterioso autor de las cartas. Se quedó mirando a la calle fijamente, pensando en lo que acababa de leer. Le pareció que Demócrito había razonado de un modo muy sencillo y, sin embargo, muy astuto.

Había encontrado la solución al problema de la materia primaria y del cambio. Además, Demócrito pensaba que el ser humano carece de alma inmortal. ¿Podía estar totalmente segura de que esto era correcto. ? No estaba del todo segura. Pero, claro, se encontraba muy al principio del curso de filosofía.

El destino

Sofía intentó descubrir la identidad de su maestro quien sin duda, era el mismo que colocaba las cartas en el buzón. Sus intentos no dieron los frutos esperados.

El curso continuó con todo aquello que está determinado de antemano, es decir, con el concepto de destino. Lo que va a suceder es una obsesión griega. Su mitología gira en torno al oráculo y sus predicciones –la tragedia de Edipo es el ejemplo típico- de hecho la frase *Conócete a ti mismo* se encuentra escrita en el templo donde se resguarda el futuro conocido. Sofía meditaba sobre la identidad del maestro y el concepto de destino cuando encuentra de repente un pañuelo rojo con la palabra Hilde bordada. ¿Quién era aquella niña que no leía su correspondencia? En las cartas su padre le hablaba sobre su cercano cumpleaños. Sin duda que Sofía e Hilde tenían más puntos en común que la edad y el tener un padre ausente. El curso continuó con la sorpresa de que el maestro saluda a su alumna anunciándole su nombre: Alberto Knox, y su decisión de mandar a un mensajero seguro que depositará los sobres amarillos. Sofía descubre pronto al mensajero: un perro labrador de nombre Hermes que depositó sus cursos filosóficos en su mismísimo escondite.

El oráculo de Delfos

Los griegos pensaban que los seres humanos podían enterarse de su destino a través del famoso oráculo de Delfos. El dios Apolo era el dios del oráculo. Hablaba a través de la sacerdotisa Pitia, que estaba sentada en una silla sobre una grieta de la Tierra. De esta grieta subían unos gases narcóticos que la embriagaban, circunstancia indispensable para que pudiera ser la voz de Apolo. Entre los griegos se contaban muchas historias sobre personas que habían sido alcanzadas por su destino. Con el tiempo, se escribieron una serie de obras de teatro, tragedias, sobre esas personas «trágicas». El ejemplo más famoso es la historia del rey Edipo.

Ciencia de la historia y ciencia de la medicina

El destino no sólo determinaba la vida del individuo. Los griegos también creían que el curso mismo del mundo estaba dirigido por el destino. Opinaban que el resultado de una guerra podía deberse a la intervención de los dioses. Hoy en día se habla constantemente de la «ética médica», con lo que se quiere decir que, el médico, está obligado a ejercer su profesión médica según ciertas reglas éticas. Un médico no puede, por ejemplo, extender recetas de estupefacientes a personas sanas. Un médico tiene también que guardar el secreto profesional. Esto significa que no tiene derecho a contar a otras personas algo que un paciente le haya dicho sobre su enfermedad. Sofía se sentó en la cama de un salto, cuando se despertó el sábado por la mañana. ¿Había sido un sueño o había visto de verdad al filósofo? Tocó con el brazo el suelo bajo la cama. Pues sí, allí estaba la carta que había llegado por la noche. Sofía se acordó de todo lo que había leído sobre la fe de los griegos en el destino. Entonces, no había sido sólo un sueño.

Sócrates

Sofía se puso un vestido de verano y bajó a la cocina. Su madre estaba inclinada sobre la encimera. Decidió no decirle nada sobre el pañuelo de seda. –¿Has recogido el periódico? – se le escapó a Sofía. La madre se volvió hacia ella. –¿Me haces el favor de recogerlo tu? Sofía se fue corriendo al jardín y se inclinó sobre el buzón verde. Solamente un periódico. Era pronto para esperar respuesta a su carta. Sofía estaba segura de que no la había dejado allí. También este sobre estaba mojado por los bordes, y tenía, exactamente como el anterior, un par de profundas incisiones. ¿Había estado ahí el profesor de filosofía? ¿conocía su escondite más secreto? ¿Pero por qué estaban mojados los sobres? Sofía daba vueltas a todas esas preguntas. Abrió el sobre y leyó la nota. Sofía tenía catorce años y en el transcurso de su vida había recibido unas cuantas cartas, por Navidad, su cumpleaños y fechas parecidas. Pero esta carta era la más curiosa que había recibido jamás. Sofía comprendió que las frases cortas que venían en el sobre blanco la iban a preparar para el próximo sobre grande que llegaría muy poco tiempo después. Se le ocurrió una cosa: si el mensajero, iba a depositar el sobre ahí, en el Callejón, podía simplemente ponerse a esperarle. ¿O sería ella? ¡En ese caso se agarraría a esa persona hasta que el o ella le contara algo más del filósofo! En la carta ponía, además, que el mensajero era pequeño. ¿Se trataría de un niño? Sofía sabía que pudor era una palabra anticuada que significaba timidez; por ejemplo, sentir pudor por que alguien te vea desnudo. ¿Pero era en realidad natural sentirse intimidado por ello? Decir que algo es natural, significa que es algo aplicable a la mayoría de las personas. Por otra parte, Sofía se acordaba de situaciones en las que su madre o los profesores le habían intentado enseñar algo que ella había sido reacia a aprender. Cuando verdaderamente había aprendido algo, de alguna manera, ella había contribuido con algo. Cuando de repente había entendido algo, eso era quizás a lo que se llamaba comprensión. Pues sí, Sofía opinaba que se

había defendido bastante bien en los primeros ejercicios. Pero la siguiente afirmación era tan extraña que simplemente se echó a reír: Quien sepa lo que es correcto también hará lo correcto. De repente vio un gran perro que había conseguido meterse en el Callejón desde el bosque. Tenía que ser un labrador. En la boca llevaba un sobre amarillo grande, que soltó justamente delante de las rodillas de Sofía. Todo sucedió con tanta rapidez que Sofía no tuvo tiempo de reaccionar. En unos instantes tuvo el sobre en la mano, pero el perro se había esfumado. Cuando todo hubo pasado, reaccionó. Puso las manos sobre las piernas y empezó a llorar. No sabía cuánto tiempo había permanecido así, pero al cabo de un rato volvió a levantar la vista. ¡Conque ése era el mensajero! Sofía respiró aliviada. Esa era la razón por la que los sobres blancos siempre estaban mojados por los bordes. Y ahora resultaba evidente por qué tenía como incisiones en el papel. ¿Cómo no se le había ocurrido? Además, ahora tenía cierta lógica la orden de meter una galleta dulce o un terrón de azúcar en el sobre que ella mandara al filósofo. No pensaba siempre tan rápidamente como le hubiera gustado. No obstante, era indiscutible que tener a un perro bien enseñado como mensajero era algo bastante insólito. Al menos podía abandonar la idea de obligar al mensajero a revelar dónde se encontraba Alberto Knox. Sofía abrió el voluminoso sobre y se puso a leer.

La filosofía en Atenas

Querida Sofía: Cuando leas esto, ya habrás conocido probablemente a Hermes. Para que no quepa ninguna duda, debo añadir que es un perro. Pero eso no te debe preocupar. Él es muy bueno, y además mucho más inteligente que muchas personas. O, por lo menos, no pretende ser más inteligente de lo que es. También debes tomar nota de que su nombre no ha sido elegido totalmente al azar. Hermes era el mensajero de los dioses griegos. También era el dios de los navegantes, pero eso no nos concierne a nosotros, al menos no por ahora. Lo que es más importante es que Hermes también ha dado nombre a la palabra hermético, que significa oculto o inaccesible. Va muy bien con la manera en que Hermes nos mantiene a los dos, ocultos el uno al otro. Con esto he presentado al mensajero. Obedece, como es natural, a su nombre, y es, en general, bastante bien educado. Volvamos a la filosofía. Ya hemos concluido la primera parte; es decir, la filosofía de la naturaleza, la ruptura con la concepción mítica del mundo. Ahora vamos a conocer a los tres filósofos más grandes de la Antigüedad. Se llaman Sócrates, Platón y Aristóteles. Estos tres filósofos dejaron, cada uno a su manera, sus huellas en la civilización europea. A los filósofos de la naturaleza se les llama a menudo presocráticos, porque vivieron antes de Sócrates. Es verdad que Demócrito murió un par de años después que Sócrates, pero su manera de pensar pertenece a la filosofía de la naturaleza presocrática. Además no marcamos únicamente una separación 21

temporal con Sócrates, también nos vamos a trasladar un poco geográficamente, ya que Sócrates es el primer filósofo nacido en Atenas, y tanto él como sus dos sucesores vivieron y actuaron en Atenas. Quizás recuerdes que también Anaxágoras vivió durante algún tiempo en esa ciudad, pero fue expulsado por decir que el sol era una esfera de fuego. (Tampoco le fue mejor a Sócrates). Desde los tiempos de Sócrates, la vida cultural griega se concentró en Atenas. Pero aún es más importante tener en cuenta que el mismo proyecto filosófico cambia de características al pasar de los filósofos de la naturaleza a Sócrates. ¡Se levanta el telón, Sofía! La historia del pensamiento es como un drama en muchos actos.

El hombre en el centro

Desde aproximadamente el año 450 a. de C., Atenas se convirtió en el centro cultural del mundo griego. Y también la filosofía tomó un nuevo rumbo. Los filósofos de la naturaleza fueron ante todo investigadores de la naturaleza. Por ello ocupan también un importante lugar en la historia de la ciencia. En Atenas, el interés comenzó a centrarse en el ser humano y en el lugar de éste en la sociedad. En Atenas se iba desarrollando una democracia con asamblea popular y tribunales de justicia. Una condición previa de la democracia era que el pueblo recibiera la enseñanza necesaria para poder participar en el proceso de democratización. También en nuestros días sabemos que una joven democracia requiere que el pueblo reciba una buena enseñanza. En Atenas, por lo tanto, era muy importante dominar, sobre todo, el arte de la retórica. Desde las colonias griegas, pronto acudió a Atenas un gran grupo de profesores y filósofos errantes. Estos se llamaban a sí mismos sofistas. La palabra sofista significa persona sabia o hábil. En Atenas los sofistas vivían de enseñar a los ciudadanos. Los sofistas tenían un importante rasgo en común con los filósofos de la naturaleza: el adoptar una postura crítica ante los mitos tradicionales. Pero, al mismo tiempo, los sofistas rechazaron lo que entendían como especulaciones filosóficas inútiles. Opinaban que, aunque quizás existiera una respuesta a las preguntas filosóficas, los seres humanos no serían capaces de encontrar respuestas seguras a los misterios de la naturaleza y del universo. Ese punto de vista se llama escepticismo en filosofía.

¿Quién era Sócrates?

Sócrates (470-399 a. de C.) es quizás el personaje más enigmático de toda la historia de la filosofía. No escribió nada en absoluto. Y, sin embargo, es uno de los filósofos que más influencia ha ejercido sobre el pensamiento europeo. Esto se debe en parte a su dramática muerte. Sabemos que nació en Atenas y que pasó la mayor parte de su vida por calles y plazas conversando con la gente con la que se topaba. Los árboles en el campo no me pueden enseñar nada, decía. A menudo se quedaba

inmóvil, de pie, en profunda meditación durante horas. Ya en vida fue considerado una persona enigmática y, al poco tiempo de morir, como el artífice de una serie de distintas corrientes filosóficas. Precisamente porque era tan enigmático y ambiguo, podía ser utilizado en provecho de corrientes completamente diferentes. Lo que es seguro es que feo de remate. Era bajito y gordo, con ojos saltones y nariz respingona. Pero interiormente era, se decía, maravilloso. También se decía de él: Se puede buscar y rebuscar en su propia época, se puede buscar y rebuscar en el pasado, pero nunca se encontrará a nadie como él. Y, sin embargo, fue condenado a muerte por su actividad filosófica. La vida de Sócrates se conoce sobre todo a través de Platón, que fue su alumno y que, por otra parte, sería uno de los filósofos más grandes de la historia. Platón escribió muchos diálogos o conversaciones filosóficas— en los que utilizaba a Sócrates como portavoz. No podemos estar completamente seguros de que las palabras que Platón pone en boca de Sócrates fueran verdaderamente pronunciadas por Sócrates, y, por ello, resulta un poco difícil separar entre lo que era la doctrina de Sócrates y las palabras del propio Platón. Este problema también surge con otros personajes históricos que no dejaron ninguna fuente escrita. El ejemplo más conocido de esto es, sin duda, Jesucristo. No podemos estar seguros de que el Jesús histórico dijera verdaderamente lo que ponen en su boca Mateo o Lucas. Lo mismo pasa también con lo que dijo el Sócrates histórico. Sin embargo, no es tan importante saber quién era Sócrates verdaderamente. Es, ante todo, la imagen que nos proporciona Platón de Sócrates la que ha inspirado a los pensadores de Occidente durante casi 2.500 años.

El arte de conversar

La propia esencia de la actividad de Sócrates es que su objetivo no era enseñar a la gente. Daba más bien la impresión de que aprendía de las personas con las que hablaba. De modo que no enseñaba como cualquier maestro de escuela. No, no, él conversaba. Puntualizo: la capacidad de parir hijos es una facultad natural. De la misma manera, todas las personas pueden llegar a entender las verdades filosóficas cuando utilizan su razón. Cuando una persona “entra en juicio”, recoge algo de ella misma. Precisamente haciéndose el ignorante, Sócrates obligaba a la gente con la que se topaba a utilizar su sentido común. Sócrates se hacía el ignorante, es decir, aparentaba ser más tonto de lo que era. Por lo tanto, no es de extrañar que Sócrates, a la larga, pudiera resultar molesto e irritante, sobre todo para los que sostenían los poderes de la sociedad. Atenas es como un caballo apático, decía Sócrates, y yo soy un moscardón que intenta despertarlo y mantenerlo vivo. (¿Qué se hace con un moscardón, Sofía? ¿Me lo puedes decir?)

Una voz divina

No era con intención de torturar a su prójimo por lo que Sócrates les incordiaba continuamente. Había algo dentro de él que no le dejaba elección. Él solía decir que tenía una voz divina en su interior. Sócrates protestaba, por ejemplo, contra tener que participar en condenar a alguien a muerte. Además, se negaba a delatar a adversarios políticos. Esto le costaría al final, la vida. En 399 a. de C. fue acusado de “introducir nuevos dioses” y de “llevar a la juventud por caminos equivocados”. Tanto Jesús como Sócrates eran considerados personas enigmáticas por sus contemporáneos. Ninguno de los dos escribió su mensaje, lo que significa que dependemos totalmente de la imagen que de ellos dejaron sus discípulos. Lo que está por encima de cualquier duda, es que los dos eran maestros en el arte de conversar. Los dos podrían haber suplicado clemencia y haber salvado, así, la vida. Pero pensaban que tenían una vocación que habrían traicionado si no hubieran ido hasta el final. Precisamente yendo a la muerte con la cabeza erguida, reunirían a miles de partidarios también después de su muerte. Aunque hago esta comparación entre Jesús y Sócrates, no digo que fueran iguales. Lo que he querido decir, ante todo, es que los dos tenían un mensaje que no puede ser separado de su coraje personal.

Un comodín en Atenas

¡Sócrates, Sofía! No hemos acabado del todo con él, ¿sabes?. Hemos dicho algo sobre su método. ¿Pero cuál fue su proyecto filosófico? Sócrates vivió en el mismo tiempo que los sofistas. Como ellos se interesó más por el ser humano y por su vida que por los problemas de los filósofos de la naturaleza. Un filósofo romano – Cicerón

– diría, unos siglos más tarde, que Sócrates “hizo que la filosofía bajara del cielo a la tierra, y la dejó morar en las ciudades y la introdujo en las casas, obligando a los seres humanos a pensar en la vida, en las costumbres, en el bien y en el mal”. Los sofistas cobraban por sus explicaciones más o menos sutiles, y esos sofistas han ido apareciendo y desapareciendo a través de toda la historia. Me refiero a todos esos maestros de escuela y sabelotodos que, o están muy contentos con lo poco que saben, o presumen de saber un montón de cosas de las que en realidad no tienen ni idea. Seguramente habrás conocido a algunos de esos sofistas en tu corta vida. Un verdadero filósofo, Sofía, es algo muy distinto, más bien lo contrario. Un filósofo sabe que en realidad sabe muy poco, y, precisamente por eso, intenta una y otra vez conseguir verdaderos conocimientos. Se cuenta que un ateniense preguntó al oráculo de Delfos quién era el ser más sabio de Atenas. El oráculo contestó que era Sócrates. Cuando Sócrates se enteró, se extrañó muchísimo. (¡Creo que se echó a reír, Sofía!) Se fue en seguida a la ciudad a ver a uno que, en opinión propia, y en la de muchos otros, era muy sabio. Pero cuando resultó que ese hombre no era capaz de dar ninguna respuesta cierta a las preguntas que Sócrates le hacía, éste entendió al final que el oráculo tenía razón. Para Sócrates

era muy importante encontrar una base segura para nuestro conocimiento. El pensaba que esta base se encontraba en la razón del hombre. Con su fuerte fe en la razón del ser humano, era un típico racionalista.

Un conocimiento correcto conduce a acciones correctas

Ya mencioné que Sócrates pensaba que tenía por dentro una voz divina y que esa

«conciencia» le decía lo que estaba bien. «Quien sepa lo que es bueno, también hará el bien», decía. Quería decir que conocimientos correctos conducen a acciones correctas. Y sólo el que hace esto se convierte en un «ser correcto». Cuando actuamos mal es porque desconocemos otra cosa. Por eso es tan importante que aumentemos nuestros conocimientos. Cuando Sofía hubo leído la carta sobre Sócrates, la metió en la caja y salió al jardín. Quería meterse en casa antes de que su madre volviera de la compra, para evitar un montón de preguntas sobre dónde había estado. Además, había prometido fregar los platos. Estaba llenando de agua la pila cuando entro su madre con dos bolsas de compra. Quizás por eso dijo: Pareces estar un poco en la luna últimamente, Sofía. Sofía no sabía por que lo decía, simplemente se le escapó: Sócrates también lo estaba. La madre estaba atónita. Al final dijo: ¿Es algo que has aprendido en el instituto? Sofía negó enérgicamente con la cabeza. Allí no aprendemos nada... La gran diferencia entre un maestro de escuela y un auténtico filósofo es que el maestro cree que sabe un montón e intenta obligar a los alumnos a aprender. Un filósofo intenta averiguar las cosas junto con los alumnos. La madre había colocado toda la compra. Cogió el periódico y se fue a la sala de estar. A Sofía le pareció que había cerrado la puerta dando un portazo. Cuando hubo terminado de fregar los cacharros, subió a su habitación. Había metido el pañuelo de seda roja en la parte de arriba de su armario, junto al lego. Ahora lo volvió a bajar y lo miró detenidamente.

Atenas

Aquella tarde, la madre de Sofía se fue a visitar a una amiga. En cuanto hubo salido de la casa, Sofía bajó al jardín y se metió en el Callejón, dentro del viejo seto. Allí encontró un paquete grande junto a la caja de galletas. Se apresuró a quitar el papel.

¡En el paquete había una cinta de vídeo! Entró corriendo en casa. ¡Una cinta de video! Eso si que era algo nuevo. ¿Pero cómo podía saber el filósofo que tenían un vídeo? ¿Y qué habría en esa cinta? Sofía metió la cinta en el aparato, y pronto apareció en la pantalla una gran ciudad. No tardó mucho en comprender que se trataba de Atenas, porque la imagen pronto se centró en la Acrópolis. Sofía había visto muchas fotos de las viejas ruinas. Era una imagen viva. –Bienvenida a Atenas, Sofía. Seguramente te habrás dado cuenta de que soy Alberto Knox. Si no ha sido así, sólo repito que se sigue sacando al gran conejo blanco del negro sombrero de

copa del universo. Nos encontramos en la Acrópolis. La palabra significa «el castillo de la ciudad» o, en realidad, “ la ciudad sobre la colina”. En esta colina ha vivido gente desde la Edad de Piedra. La razón es, naturalmente, su ubicación tan especial. Era fácil defender este lugar en alto del enemigo. Desde la Acrópolis se tenía, además, buena vista sobre uno de los mejores puertos del Mediterráneo: El Pireo. Al instante, volvió a aparecer entre las viejas ruinas. Arriba, en la parte superior de la pantalla de Sofía, se erguía el templo de Atenea sobre la Acrópolis. El profesor de filosofía se había sentado sobre un bloque de mármol. Miro a la cámara y dijo: –Estamos sentados en las afueras de la antigua plaza de Atenas.

¡Triste, verdad! Me refiero a cómo está hoy. Pero aquí hubo, en alguna época, maravillosos templos, palacios de justicia y otros edificios públicos, comercios, una sala de conciertos e incluso un gran gimnasio. Todo, alrededor de la propia plaza, que era un gran rectángulo... En este pequeño recinto, se pusieron los cimientos de toda la civilización europea. Palabras como “política” y “democracia”, “economía” e “historia”, “biología” y “física”, “matemáticas” y “lógica”, “teología” y “filosofía”, “ética” y “psicología”, “teoría” y “método”, “idea” y “sistema”, y muchas, muchas más, proceden de un pequeño pueblo que vivía en torno a esta plaza. Por aquí anduvo Sócrates hablando con la gente. Quizás agarrara a algún esclavo que llevaba un cuenco de aceitunas para hacerle, al pobre hombre, preguntas filosóficas. Porque Sócrates opinaba que un esclavo tenía la misma capacidad de razonar que un noble. Tal vez se encontrara en una vehemente disputa con algún ciudadano, o conversara, en voz baja, con su discípulo Platón. Sofía notó una presión en las sienes, pues ahora se acercaba el joven y miraba directamente a la cámara. – Bienvenida a Atenas, Sofía –dijo con voz suave. Hablaba con mucho acento– 26 . Me llamo Platón, y te voy a proponer cuatro ejercicios: lo primero, debes pensar en cómo un pastelero puede hacer cincuenta pastas completamente iguales. Luego, puedes preguntarte a ti misma por qué todos los caballos son iguales. Y también debes pensar en si el alma de los seres humanos es inmortal. Finalmente, tendrás que decir si los hombres y las mujeres tienen la misma capacidad de razonar.

¡Suerte! De repente, había desaparecido la imagen de la pantalla. Sofía intentó adelantar y rebobinar la cinta, pero había visto todo lo que contenía. Posteriormente, Sofía recibe una cinta de vídeo en la cual ve por primera vez a su maestro Alberto Knox quien la lleva por la mítica Atenas. La sorpresa de Sofía es aún mayor cuando Alberto Knox hace un viaje hacia el pasado y presenta a Sofía, nada más y nada menos que ha Sócrates y Platón en persona. Al acabarse el vídeo Sofía duerme pensando que tuvo un sueño.

Platón

A la mañana siguiente, Sofía se despertó de golpe. Sólo eran poco más de las cinco, pero se sentía tan despejada que se sentó en la cama. ¿Por qué llevaba el vestido

puesto? De repente, recordó todo. Sofía se subió a un escabel y miró el estante superior del armario. Pues sí, allí estaba la cinta de vídeo. Entonces, no había sido un sueño; al menos, no todo. ¡Pero no podía haber visto a Platón y a Sócrates! Bah, ya no tenía ganas de pensar más en ello. Quizás su madre tuviera razón en que estaba un poco ida últimamente. No consiguió volverse a dormir. quizás debería bajar al Callejón, a ver si el perro había dejado otra carta. Sofía bajó la escalera de puntillas, se puso las zapatillas de deporte, y salió al jardín. De pronto, se dibujó en la cara de Sofía una astuta sonrisa. Se acordó de una vez en que ella y su padre habían ido al centro, mientras la madre se había quedado en casa, haciendo pastas de navidad. Cuando volvieron, se encontraron con un montón de pastas a la pimienta, con forma de hombrecitos, extendidas por toda la mesa de la cocina. Aunque no eran todas igual de perfectas, sí que eran de alguna manera, totalmente iguales. ¿Y por qué? Naturalmente, porque la madre había utilizado el mismo molde para todas las pastas. Tiene el ser humano un alma inmortal Sofía no se sentía capacitada para contestar a esa pregunta. Sólo sabía que el cuerpo muerto era incinerado o enterrado, y que así no podía tener ningún futuro. Si uno opinaba que el ser humano tenía un alma inmortal, también tenía que pensar que el ser humano está compuesto por dos partes totalmente distintas: un cuerpo, que al cabo de algunos años se agota y se destruye, y un alma, que opera más o menos independientemente del cuerpo. La abuela había dicho una vez que era sólo el cuerpo el que envejecía. 27 Interiormente, había sido siempre la misma muchacha Sofía se sentó sobre un tocón delante de un pequeño claro en el bosque. En la mano tenía un sobre grande. Lo abrió, sacó varias hojas escritas a máquina, y empezó a leer.

La Academia de Platón

Platón 427-347 a. de C. contaba con 29 años cuando su maestro Sócrates, fue condenado a tomar una copa de veneno. Afectado, desarrolló su filosofía analizando sobre la cuestión fáctica e inmediata de la sociedad y lo que es verdadero o ideal. Su obra consta de 35 Diálogos filosóficos. El pensamiento de Platón y su maestro se conserva pues fundó su propia escuela o academia. La filosofía de Platón se centra en el choque de lo eterno e inalterable contra todo lo que fluye. Opinaba que existían unas reglas o normas implícitas en la conciencia que nos ayudan a distinguir lo bueno y lo malo. Platón quiere desnudar lo eterno e inmutable de la naturaleza y la moral de la sociedad. Platón es un idealista convencido de que vivimos en el mundo de las ideas. No existe un caballo como tal sino la idea que tenemos del caballo. Las ideas se captan mediante el mundo de los sentidos donde las imágenes modelo se encuentran concentradas.

Por otro lado, el uso correcto de la razón permitirá obtener el conocimiento seguro. En resumen, para Platón la realidad se divide en el mundo de los sentidos lugar

donde todo fluye y se parece, y el mundo de las ideas donde se guardan los conocimientos ciertos que son eternos e inmutables. De la misma forma, el cuerpo humano consta de una materia que fluye y un alma inmortal –morada de la razón-. Al ver cualquier objeto u animal, lo que vemos es algo imperfecto que nos remite al modelo perfecto que nuestra alma vio en el mundo de las ideas. La República: es el acercamiento platónico al estado perfecto.

Lo eternamente verdadero, lo eternamente hermoso y lo eternamente bueno

Al principio de este curso de filosofía te dije que, a menudo, resulta muy útil preguntarse a uno mismo cuál es el proyecto de un determinado filósofo. De modo que ahora pregunto: ¿qué era lo que a Platón le interesaba averiguar ante todo? Resumiendo mucho, podemos decir que a Platón le interesaba la relación entre lo eterno y lo inalterable, por un lado, y lo que fluye, por el otro. (¡Es decir, exactamente igual que a los presocráticos!) Luego dijimos que los sofistas y Sócrates abandonaron las cuestiones de la filosofía de la naturaleza, para interesarse más por el ser humano y la sociedad. Los filósofos suelen fruncir el ceño ante asuntos tan vanos y tan «de actualidad». Intentan señalar lo que es eternamente

«verdadero», eternamente «hermoso», y eternamente «bueno». Con esto tenemos, al menos, una vaga idea del proyecto filosófico de Platón. A partir de ahora, miraremos las cosas una por una. Intentaremos entender un razonamiento que dejó profundas huellas en toda la filosofía europea posterior.

El mundo de las ideas

Tanto Empédocles como Demócrito habían señalado que todos los fenómenos de la naturaleza fluyen, pero que sin embargo, tiene que haber “algo” que nunca cambie “las cuatro raíces de todas las cosas” o “los átomos”. Platón sigue este planteamiento, pero de una manera muy distinta. Déjame precisar: los presocráticos habían dado una explicación, mas o menos razonable, de los cambios en la naturaleza, sin tener que presumir que algo «cambia» de verdad. En medio del ciclo de la naturaleza, hay algunas partes mínimas que son eternas e inmutables y que no se disuelven, pensaban ellos ¡Muy bien, Sofía! Digo muy bien, pero no podían explicar cómo estas «partes mínimas», que alguna vez habían sido las piezas para construir un caballo, de pronto pueden juntarse para formar un «caballo» completamente nuevo, unos tres o cuatrocientos años más tarde. O formar un elefante, por usar otro ejemplo, o un cocodrilo. Lo que quiere decir Platón es que los átomos de Demócrito nunca pueden llegar a convertirse en un «cocofante» o un

«eledrilo». Precisamente, esto fue lo que puso en marcha su reflexión filosófica.

Conclusión: Platón pensaba que tenía que haber una realidad detrás «del mundo de los sentidos», y a esta realidad la llamó el mundo de las Ideas. Aquí se encuentran las eternas e inmutables «imágenes modelo», detrás de los distintos fenómenos con los que nos topamos en la naturaleza. A este espectacular concepto lo llamamos la teoría de las Ideas de Platón.

El conocimiento seguro

Hasta aquí me habrás seguido, querida Sofía. Pero a lo mejor te preguntas si Platón pensaba así de verdad. ¿Pensaba verdaderamente que tales moldes existen en una realidad completamente diferente? No lo opinó tan literalmente durante toda su vida, pero, al menos en algunos de sus diálogos hay que entenderlo así. Intentaremos seguir su argumentación. De acuerdo, Sofía, me explicaré mejor. Una sola pasta con figura de hombre puede resultar tan imperfecta, después de todos los procesos de elaboración, que resulte difícil ver lo que pretende ser. Pero después de haber visto veinte o treinta pastas de ese tipo, que pueden ser más o menos perfectas, sabré con mucha certeza como es el molde, incluso aunque nunca lo haya visto. Ni siquiera es seguro que conviniera ver el propio molde con los ojos, pues no podemos fiarnos siempre de nuestros sentidos. La propia facultad visual puede variar de una persona a otra. Sin embargo, podemos fiarnos de lo que nos dice la razón, porque la razón es la misma para todas las personas, sólo podemos tener ideas vagas sobre lo que sentimos, pero sí podemos conseguir conocimientos ciertos sobre aquello que reconocemos con la razón. La suma de los ángulos de un triángulo es 180° siempre. De la misma manera, la “idea” de caballo tendrá cuatro patas, aunque todos los caballos del mundo de los sentidos se volviesen cojos.

Un alma inmortal

Acabamos de ver que Platón pensaba que la realidad está dividida en dos. Una parte es el mundo de los sentidos, sobre el que sólo podemos conseguir conocimientos imperfectos utilizando nuestros cinco sentidos (aproximados e imperfectos). De todo lo que hay en el mundo de los sentidos, podemos decir que

«todo fluye» y que nada permanece. No hay nada que sea en el mundo de los sentidos, solamente se trata de un montón de cosas que surgen y perecen. La otra parte es el mundo de las Ideas, sobre el cual podemos conseguir conocimientos ciertos, mediante la utilización de la razón. Por consiguiente, este mundo de las Ideas no puede reconocerse mediante los sentidos. Es el Mundo de lo que “es”. Por otra parte, las Ideas son eternas e inmutables. Platón pensaba, además, que el alma ya existía antes de meterse en un cuerpo. Érase una vez cuando el alma se

encontraba en el mundo de las Ideas. (Estaba en la parte de arriba del armario, junto con todos los moldes para las pastas.) Pero en el momento en que el alma se despierta dentro de un cuerpo humano, se ha olvidado ya de las Ideas perfectas. Entonces, algo comienza a suceder, se inicia un proceso maravilloso. Conforme el ser humano va sintiendo las formas en la naturaleza, va teniendo un vago recuerdo en su alma. Platón opinaba que, de la misma manera, todos los fenómenos de la naturaleza son solamente sombras de los moldes o ideas eternas. No obstante, la gran mayoría de los seres humanos está satisfecha con su vida entre las sombras. No piensan en que tiene que haber algo que origina las sombras. Creen que las sombras son todo, no viven las sombras como sombras. Con ello, también se olvidan de la inmortalidad de su propia alma.

El camino que sube de la oscuridad de la caverna

Platón cuenta una parábola que ilustra precisamente lo que acabamos de describir. La solemos llamar el mito de la caverna. La contaré con mis propias palabras. Imagínate a unas personas que habitan una caverna subterránea. Están sentadas de espaldas a la entrada, atadas de pies y manos, de modo que sólo pueden mirar hacia la pared de la caverna. Detrás de ellas, hay un muro alto, y por detrás del muro caminan unos seres que se asemejan a las personas. Levantan diversas figuras por encima del borde del muro. Lo que Platón describe en el mito de la caverna es el camino que recorre el filósofo desde los conceptos vagos hasta las verdaderas ideas que se encuentran tras los fenómenos de la naturaleza. Seguramente también piensa en Sócrates, a quien mataron los «moradores de la caverna» porque hurgaba en sus ideas habituales, queriendo enseñarles el camino hacia la verdadera sabiduría. De ese modo, el mito de la caverna se convierte en una imagen del valor y de la responsabilidad pedagógica del filósofo. Lo que quiere señalar Platón es que la relación entre la oscuridad de la caverna y la naturaleza del exterior corresponde a la relación entre los moldes de la naturaleza y el mundo de las Ideas.

El Estado filosófico

El mito de la caverna de Platón lo encontramos en el diálogo La República, en el que Platón nos proporciona una imagen del «Estado ideal». Es decir, un Estado modelo imaginario, o, lo que se suele llamar, un Estado «utópico». Brevemente, podemos decir que Platón piensa que el Estado debe ser gobernado por los filósofos. Al explicar el por qué, toma como punto de partida la composición del ser humano. Platón se imagina un Estado construido exactamente de la misma manera

que un ser humano. Igual que el cuerpo tiene cabeza, pecho y vientre, el Estado tiene gobernantes, soldados y productores (granjeros, por ejemplo). Es evidente que Platón emplea la ciencia médica griega como ideal. De la misma manera que una persona sana y armoniosa muestra equilibrio y moderación, un Estado «justo» se caracteriza por que cada uno conoce su lugar en el conjunto. Mientras Sofía había permanecido sentada en un tocón leyendo sobre Platón, el sol se había levantado por el este, tras las colinas cubiertas de árboles. La esfera solar se había asomado por el horizonte, precisamente cuando estaba leyendo que Sócrates subía de la caverna y que se le arrugaba la frente por la intensa luz, al aire libre. Sofía casi tenía la sensación de haber ascendido, ella misma, de una gruta subterránea. Al menos, le pareció ver la naturaleza de un modo totalmente nuevo, tras haber leído sobre Platón. Se sentía como si hubiera sido daltónica. Había visto sombras, pero no las ideas claras. No estaba muy segura de que Platón tuviera razón en todo lo que había dicho sobre las eternas imágenes modelo, pero le parecía un pensamiento muy hermoso el que todo lo vivo fuera una copia imperfecta de los moldes eternos del mundo de las Ideas. A lo mejor Platón tenía razón en que ella había visto una vez la “ardilla eterna” en el mundo de las Ideas, antes de que su alma se fuese a morar a un cuerpo. ¿Podría ser que hubiera vivido antes? ¿Había existido su alma antes de tener que llevar un cuerpo a rastras? ¿Sería verdad que llevaba dentro un lingote de oro, una joya por la que no pasaba el tiempo, es decir, un alma que le seguiría viviendo cuando su cuerpo un día envejeciera y muriera?.

La Cabaña del Mayor

Sólo eran las siete y cuarto. No había que darse prisa para llegar a casa. La madre de Sofía dormiría aún un par de horas; los domingos se hacía siempre la remolona.

¿Debería internarse más en el bosque para ver si encontraba a Alberto Knox? ¿Pero por qué el perro le había gruñido así? Sofía se levantó del tocón y comenzó a andar por el sendero por el que Hermes se había alejado. En la mano llevaba el sobre amarillo con todas las hojas sobre Platón. Por un par de sitios el sendero se dividía en dos, y en esos casos, seguía por el más ancho. Por todas partes piaban los pájaros, en los árboles y en el aire, en arbustos y matas, muy ocupados en el aseo matinal. Ellos no distinguían entre días laborables y días festivos, ¿pero quién había enseñado a los pájaros a hacer todo lo que hacían? ¿Tenían un pequeño ordenador por dentro, “un programa de ordenador” que les iba diciendo lo que tenían que hacer? Una piedra rodó por un montículo y bajó a mucha velocidad por la vertiente entre los pinos. El bosque era tan tupido en ese lugar que Sofía apenas veía un par de metros entre los árboles. De repente, vio algo que brillaba entre los troncos de los pinos. Tenía que ser una laguna. El sendero iba en dirección contraria, pero Sofía se metió entre los árboles. No sabía exactamente por qué, pero sus pies la

llevaban. La laguna no era mucho mayor que un estadio de fútbol. Enfrente, al otro lado, descubrió una cabaña pintada de rojo en un pequeño claro del bosque, enmarcado por troncos blancos de abedul. Por la chimenea subía un humo fino. Sofía se acercó hasta el borde del agua. Todo estaba muy mojado, pero pronto vio una barca de remos, que estaba medio varada en la orilla. Dentro de la barca había un par de remos. Sofía miró a su alrededor. De todos modos, sería imposible rodear la laguna y llegar a la cabaña roja con los pies secos. Se acercó decidida a la barca y la empujó al agua. Luego se metió dentro, colocó los remos en las horquillas y empezó a remar. Pronto alcanzó la otra orilla. Atracó e intentó llevarse la barca. Este terreno era mucho más accidentado que la orilla que acababa de dejar. Sofía estaba muy seria, mirando fijamente a la mesa, pero en algún lugar secreto dentro de ella había algo que se reía. Pobre mamá, ahora tenía esa clase de preocupaciones. Volvió a negar con la cabeza. Luego llegaron un montón de preguntas seguidas. –Ahora quiero toda la verdad. ¿Has estado fuera esta noche?

¿Por qué te acostaste con el vestido puesto? ¿Volviste a salir a escondidas en cuanto me acosté? Sólo tienes catorce 32 años, Sofía. Exijo saber con quién andas. Sofía empezó a llorar. Y confesó. Seguía teniendo miedo, y cuando uno tiene miedo, se suele contar la verdad. Dijo que se había despertado temprano y que había ido a pasear por el bosque. Contó lo de la cabaña y también lo de la barca, y habló del extraño espejo, pero consiguió callarse todo lo que tenía que ver con el secreto curso por correspondencia. Tampoco mencionó el billeteo verde. No sabía exactamente por qué, pero no tenía que decir nada sobre Hilde.

Aristóteles

Mientras su madre dormía la siesta, Sofía se fue al Callejón. Había metido un terrón de azúcar en el sobre rosa y había escrito “Para Alberto” fuera. No había llegado ninguna carta nueva, pero un par de minutos más tarde Sofía oyó que el perro se acercaba. ¡Hermes! llamó Sofía, y al instante el perro se metió de un salto en el Callejón, llevando un gran sobre amarillo en la boca. ¡Buen perro! Sofía puso un brazo alrededor de Hermes, que respiraba jadeante. Hermes salió del Callejón y se dirigió de nuevo al bosque. Sofía estaba un poco nerviosa cuando abrió el sobre.

¿Diría algo sobre la cabaña y la barca? El sobre contenía las hojas de siempre, que iban unidas con un clip. Se llevó corriendo las grandes hojas a su cuarto. Era mejor estar en casa cuando su madre se despertara. Se acomodó en la cama y empezó a leer sobre Aristóteles.

No hay ideas innatas

Aristóteles pensaba que Platón había dado la vuelta a todo. Estaba de acuerdo con su profesor en que el caballo individual «fluye», y que ningún caballo vive eternamente. También estaba de acuerdo en que el «molde de caballo» es eterno e inmutable. Pero la «idea de caballo» no es más que un concepto que los seres humanos nos hemos formado

después de ver un cierto número de caballos. Eso quiere decir que la «idea» o la «forma» de caballo no existen en sí. «Forma» del caballo es, para Aristóteles, las cualidades del caballo o lo que hoy en día llamamos especie. Para ser más preciso: con «forma» del caballo, Aristóteles quiere designar lo que es común para todos los caballos. Aristóteles no negó que el hombre tuviera una inteligencia innata. Al contrario, según Aristóteles es precisamente la razón la que constituye la característica más destacada del ser humano. Pero nuestra inteligencia está totalmente vacía antes de que sintamos algo. Por lo tanto el ser humano no puede nacer con idea alguna.

Las formas son las cualidades de las cosas

Como ya he indicado, Aristóteles se interesaba por los cambios que tienen lugar en la naturaleza. En la (“materia” siempre hay una posibilidad de conseguir una determinada «forma». Podemos decir que la «materia» se esfuerza por hacer realidad una posibilidad inherente. Cada cambio que tiene lugar en la naturaleza es, según Aristóteles, una transformación de la materia de posibilidad a realidad. Al hablar Aristóteles de la “forma” y de la “materia” de las cosas, no se refería únicamente a los organismos vivos. De la misma manera que la «forma» de la gallina es aletear, poner huevos y cacarear, la «forma» de la piedra es caer al suelo. Naturalmente, puedes levantar una piedra y tirarla muy alto al aire, pero no puedes tirarla hasta la luna porque la naturaleza de la piedra es caer al suelo. (En realidad debes tener cuidado al realizar este experimento, pues la piedra podría fácilmente llegar a vengarse, ya que busca el retorno más rápido posible a la tierra, ¡y pobre de aquel que le impida su camino!).

La causa final

Antes de dejar el tema de la «forma» de todas las cosas vivas y muertas, y que nos dice algo sobre las posibles actividades de las cosas, debo añadir que Aristóteles tenía una visión muy particular de las relaciones causa y efecto en la naturaleza. En cuanto a la rotura del cristal, cabe preguntar el por qué Petter tiró la piedra al cristal. En otras palabras: preguntamos qué finalidad tenía. No cabe duda de que la intención o el «fin» también juega un importante papel en el proceso de fabricación de un zapato. Pero Aristóteles contaba con una «causa final» también en lo que se

refiere a procesos de la naturaleza completamente inanimados. Nos bastará con un ejemplo. En lo que se refiere a las causas, estamos tentados a decir que Aristóteles se equivocó. Pero no hay que apresurarse. Mucha gente piensa que Dios creó el mundo tal como es, precisamente para que las personas y los animales pudiesen vivir en él. Sobre esta base es evidente que se puede decir que el agua va a los ríos porque los animales y los seres humanos necesitan agua para vivir. Pero en este caso estamos hablando de la intención o el propósito de Dios, no son las gotas de la lluvia o el agua de los ríos los que desean nuestro bien.

La escala de la naturaleza

Cuando Aristóteles se pone a «ordenar» la existencia, señala primero que las cosas de la naturaleza pueden dividirse en dos grupos principales. Por un lado tenemos las cosas inanimadas, tales como piedras, gotas de agua y granos de tierra. Estas cosas no tienen ninguna posibilidad inmanente de cambiar. Esas cosas «no vivas», sólo pueden cambiar, según Aristóteles, bajo una influencia externa. Por otro lado tenemos las cosas vivas, que tienen una posibilidad inmanente de cambiar. El ser humano crece y toma alimento como las plantas, tiene sentimientos y la capacidad de moverse como los animales, pero tiene además una capacidad, que solamente la tiene el ser humano, y es la de pensar racionalmente. Por ello el ser humano tiene una chispa de la razón divina, Sofía. Sí, sí, acabo de decir divina. En algunos momentos Aristóteles señala que tiene que haber un dios que haya puesto en marcha todos los movimientos de la naturaleza.

Ética

La «forma» del ser humano es, según Aristóteles, que tiene un alma vegetal, un alma animal, así como un alma racional. Y entonces se pregunta: ¿cómo debe vivir el ser humano? ¿Qué hace falta para que un ser humano pueda vivir feliz? Contestaré brevemente: el ser humano solamente será feliz si utiliza todas sus capacidades y posibilidades. También en lo que se refiere a la relación con otros seres humanos, Aristóteles señala un «justo medio»: no debemos ser ni cobardes ni temerarios, sino valientes. Tanto la ética de Platón como la de Aristóteles se remiten a la ciencia médica griega: únicamente mediante el equilibrio y la moderación será una persona feliz o en armonía.

Política

La idea de que el ser humano no debe cultivar tan sólo una cosa también se desprende de la visión que presenta Aristóteles de la sociedad. Dijo que el ser humano es un «animal político». Sin la sociedad que nos rodea no somos seres verdaderos, opinaba él. Señaló que la familia y el pueblo cubren necesidades vitales inferiores, tales como comida y calor, matrimonio y educación de los hijos. Pero sólo el Estado puede cubrir la mejor organización de comunidad humana. En una aristocracia hay un grupo mayor o menor de jefes de Estado. Esta forma tiene que cuidarse de no caer en una oligarquía, lo que hoy en día llamaríamos Junta. A la tercera buena forma de Estado Aristóteles la llamó democracia. Pero también esta forma de Estado tiene su revés. Una democracia puede rápidamente caer en una

«demagogia». Aunque el tirano Hitler no hubiese sido jefe del Estado alemán, todos los pequeños nazis podrían haber creado una terrible demagogia.

La mujer

Por último, debemos decir algo sobre la opinión que tenía Aristóteles de la mujer. Desgraciadamente no era tan positiva como la de Platón. Aristóteles pensaba más bien que a la mujer le faltaba algo. Era un “hombre incompleto”. En la procreación la mujer sería pasiva y receptora, mientras que el hombre sería el activo y el que da. Aristóteles pensaba que un niño sólo hereda las cualidades del hombre, y que las cualidades del propio niño estaban contenidas en el esperma del hombre. La mujer era como la Tierra, que no hace más que recibir y gestar la semilla, mientras que el hombre es el que siembra. O, dicho de una manera genuinamente aristotélica: el hombre da la «forma» y la mujer contribuye con la «materia». Un filósofo que intento mostrar que todas las cosas de la naturaleza pertenecen a determinados grupos y subgrupos en una intención de poner orden en los conceptos de los seres humanos. De esa manera crea la lógica como ciencia. La lógica de Aristóteles trata de la relación entre conceptos. Partiendo de esto Aristóteles siente la necesidad de ponerse a “ordenar” la existencia, señalando primero que las cosas de la naturaleza pueden dividirse en dos grupos principales, las cosas inanimadas que no tienen la posibilidad de cambiar y las cosas vivas, que tienen una posibilidad inmanente de cambiar. Todas las cosas vivas (plantas, animales y seres humanos) saben tomar alimento, crecer y procrear. Aunque diferencia al ser humano porque tiene una chispa de la razón divina. Para Aristóteles el ser humano tiene un alma vegetal, un alma animal, y un alma racional. Aunque el ser humano solamente será feliz si utiliza todas sus capacidades y posibilidades.

El helenismo

El profesor de filosofía había empezado a enviar las cartas directamente al viejo seto, pero por costumbre Sofía echó un vistazo al buzón el lunes por la mañana. Estaba vacío. No podía esperar otra cosa. Empezó a bajar el Camino del Trébol. De pronto descubrió una fotografía en el suelo. Era una foto de un jeep blanco con una bandera azul. En la bandera ponía “ONU”. ¿No era la bandera de las Naciones Unidas? Sofía miró el dorso de la foto y

descubrió por fin que era una postal. A “Hilde Møller Knag c/o Sofía Adnundsen.....” Llevaba un sello noruego y un matasellos del batallón de Naciones Unidas, viernes 15 de junio 1990. Si también Hilde cumplía años el 15 de junio significaba que las dos habían nacido el mismo día, y las dos tenían un padre que viajaba por el mundo. Sofía se sintió transportada hacia un mundo mágico. Quizás debería uno creer en el destino a pesar de todo. Bueno, bueno, no debía sacar conclusiones así de rápidamente, todo podía tener una explicación natural. ¿Pero cómo podía Alberto Knox haber encontrado la cartera de Hilde cuando Hilde vivía en Lillesand, que estaba a más de 300 km de Oslo? ¿Y por qué había encontrado esa postal en el suelo? ¿Se le habría caído al cartero justo antes de llegar al buzón de Sofía? ¿Pero por qué había perdido justamente esa postal? –¡Estás loca! –exclamó Jorunn al ver a Sofía junto al Centro Comercial.

–Lo siento. Jorunn la miró con severidad, como si fuera ella misma una profesora.

–Espero que tengas una buena explicación. –Tiene algo que ver con la ONU –dijo Sofía–. He sido retenida por una milicia hostil en el Líbano. –¡Ya! Lo que pasa es que te has enamorado. Se fueron corriendo al colegio.

El helenismo

¡Hola de nuevo, Sofía! Ya has oído hablar de los filósofos de la naturaleza y de Sócrates, Platón y Aristóteles, con lo cual ya conoces los mismísimos cimientos de la filosofía europea. A partir de ahora dejaremos ya de lado aquellos ejercicios iniciales que te solía dejar en un sobre blanco. Supongo que con los ejercicios, pruebas y controles del colegio tienes de sobra. Te hablaré de ese largo período de tiempo que abarca desde Aristóteles, a finales del siglo IV a. de C., hasta los principios de la Edad Media, alrededor del año 400 d. de C. Toma nota de que ponemos «antes» y «después» de Jesucristo, porque algo de lo más importante, y también más singular de este período, fue precisamente el cristianismo. A partir del año 50 a. de C. aproximadamente, Roma llevó la ventaja militar y política. Esta nueva potencia fue conquistando uno por uno todos los reinos helenos, y comenzó a imponerse la cultura romana y la lengua latina desde España por el oeste, adentrándose mucho en Asia por el este. Comienza la época romana, o la Antigüedad tardía. Debes tomar nota de una cosa: antes de que Roma tuviera tiempo de conquistar el mundo helénico, la misma Roma se había convertido en una provincia de cultura griega. De esta forma, la cultura y filosofía griegas jugarían un importante papel mucho tiempo después de que la importancia política de los griegos fuera cosa del pasado.

Religión, filosofía y ciencia

El helenismo se caracterizó por el hecho de que se borraron las fronteras entre los distintos países y culturas. Anteriormente los griegos, romanos, egipcios, babilonios, sirios y persas habían adorado a sus dioses dentro de lo que se suele llamar

«religión de un Estado nacional». Ahora las distintas culturas se mezclan en un crisol de ideas religiosas, filosóficas y científicas. Podríamos decir que la plaza se cambió por la arena mundial. También en la vieja plaza habían resonado voces que llevaban diferentes mercancías al mercado así como diferentes ideas y pensamientos. Lo nuevo fue que las plazas de las ciudades ahora se llenaban de mercancías e ideas del mundo entero, y que se oían muchas lenguas distintas. También en la ciencia del helenismo se notaba la mezcla de ingredientes de diferentes culturas. La ciudad de Alejandría en Egipto jugó en este contexto un papel clave como lugar de encuentro entre Oriente y Occidente. Atenas continuó siendo la capital de la filosofía con las escuelas filosóficas heredadas de Platón y Aristóteles, y Alejandría se convirtió en el centro de la ciencia. Con su gran biblioteca, esta ciudad fue la capital de las matemáticas, la astronomía, biología y medicina. Como ya he mencionado, la filosofía helenística continuó trabajando en ideas y planteamientos tratados por Sócrates, Platón y Aristóteles. Los tres intentaban buscar la manera más digna y mejor de vivir y de morir para los seres humanos. Es decir, se trataba de la ética. En la nueva sociedad mundial ése fue el proyecto filosófico más importante: ¿en qué consiste la verdadera felicidad y cómo la podemos conseguir? Ahora vamos a ver cuatro corrientes filosóficas que se ocuparon de esta cuestión. Cínicos Estoicos Epicúreos Neoplatónicos.

Los cínicos

De Sócrates se cuenta que una vez se quedó parado delante de un puesto donde había un montón de artículos expuestos. Al final exclamó: «¡Cuántas cosas que no me hacen falta!». Esta exclamación puede servir de titular para la filosofía cínica, fundada por Antístenes en Atenas alrededor del año 400 a. de C. Había sido alumno de Sócrates y se había fijado ante todo en la modestia de su maestro. Los cínicos enseñaron que la verdadera felicidad no depende de cosas externas tales como el lujo, el poder político o la buena salud. La verdadera felicidad no consiste en depender de esas cosas tan fortuitas y vulnerables, y precisamente porque no depende de esas cosas puede ser lograda por todo el mundo. Además no puede perderse cuando ya se ha conseguido.

Los estoicos

Los cínicos tuvieron importancia para la filosofía estoica, que nació en Atenas alrededor del año 300 a. de C. Su fundador fue Zenón, que era originario de Chipre pero que se unió a los cínicos después de un naufragio. Solía reunir a sus alumnos bajo un pórtico. El nombre «estoico» viene de la palabra griega para pórtico (stoa). El estoicismo tendría más adelante gran importancia para la cultura romana. Como Heráclito, los estoicos opinaban que todos los seres humanos formaban parte de la misma razón universal o «logos». El derecho natural es aplicable a todo el mundo, también a los esclavos. Los estoicos consideraron los libros de leyes de los distintos Estados como imitaciones incompletas de un derecho que es inherente a la naturaleza misma. Los estoicos subrayaron además que todos los procesos naturales, tales como la enfermedad y la muerte, siguen las inquebrantables leyes de la naturaleza. Por tanto, el ser humano ha de conciliarse con su destino. Nada ocurre fortuitamente, decían. Todo ocurre por necesidad y entonces sirve de poco quejarse cuando el destino llama a la puerta. El ser humano también debe reaccionar con tranquilidad ante las circunstancias felices de la vida; en esta idea se nota el parentesco con los cínicos, que decían que todas las cosas externas les eran indiferentes. Incluso hoy en día hablamos de una «tranquilidad estoica» cuando una persona no se deja llevar por sus sentimientos.

Los epicúreos

Tanto los cínicos como los estoicos le interpretaron en el sentido de que el ser humano debería librarse de todo lujo material. Pero Sócrates también tenía un alumno, que se llamaba Arístipo, que pensaba que la meta de la vida debería ser conseguir el máximo placer sensual. «El mayor bien es el deseo», dijo, «el mayor mal es el dolor». Epicuro también decía que un resultado placentero a corto plazo tiene que evaluarse frente a la posibilidad de un placer mayor, más duradero o más intenso a más largo plazo. (Por ejemplo si decides no comer chocolate durante un año entero porque eliges ahorrar todo tu dinero para comprar una bici nueva o para unas carísimas vacaciones en el extranjero.) Después de Epicuro muchos epicúreos evolucionan en dirección a una obsesión por el placer. La consigna fue: «Vive el momento». La palabra «epicúreo» se utiliza hoy en el sentido despectivo de vividor.

El neoplatonismo

La corriente filosófica más destacable de la Antigüedad estaba inspirada, sobre todo, en la teoría de las Ideas. A esta corriente la llamamos neoplatonismo. El neoplatónico más importante fue Plotino (205-270 d. de C.), que estudió filosofía en Alejandría, pero que luego se fue a vivir a Roma. Merece la pena tener en cuenta que venía de Alejandría, ciudad que ya durante cien años había sido el gran lugar de encuentro entre la filosofía griega y la mística orientalista. Plotino se llevó a Roma una teoría sobre la salvación que se convertiría en una seria competidora del cristianismo, cuando éste empezara a dejarse notar. Sin embargo, el neoplatonismo también ejercería una fuerte influencia sobre la teología cristiana. Te acordarás de la teoría de las Ideas de Platón, Sofía. 39 Recuerda que él distinguía entre el mundo de los sentidos y el mundo de las Ideas, introduciendo así una clara distinción entre el alma y el cuerpo del ser humano. El ser humano es, según él, un ser dual. Nuestro cuerpo consta de tierra y polvo como todo lo demás perteneciente al mundo de los sentidos, pero también tenemos un alma inmortal. Esta idea había sido muy conocida y extendida entre muchos griegos bastante antes de Platón. Plotino, por su parte, conocía ideas parecidas provenientes de Asia.

Misticismo

Una experiencia mística significa que uno experimenta una unidad con Dios o con

«el alma universal». En muchas religiones se subraya la existencia de un abismo entre Dios y la obra de la creación. No obstante, para los místicos no existe este abismo. Él o ella ha tenido la experiencia de haber sido absorbido por Dios, o de haberse «fundido» con él. Una experiencia mística no llega siempre por su cuenta. A veces el místico tiene que recorrer «el camino de la purificación y de la iluminación» al encuentro con Dios. Este camino consiste en una vida sencilla y diversas técnicas de meditación. De repente el místico ha alcanzado la meta, y él o ella exclama: «Soy Dios» o «Soy Tú». Dios no solamente está presente en el mundo, es que no está en ninguna otra parte. Particularmente en la India ha habido fuertes corrientes místicas desde mucho antes de los tiempos de Platón. Sofía se incorporó en la cama. Tuvo que tocarse para ver si tenía un cuerpo... Conforme iba leyendo sobre Plotino y los místicos había tenido la sensación de empezar a flotar por la habitación, salir por la ventana, flotando muy alto por encima de la ciudad. Había visto a toda la gente abajo en la plaza, pero había seguido volando por encima del planeta en el que vivía, por encima del Mar del Norte y Europa, bajando por el Sáhara y atravesando las llanuras de África.

Las postales

Pasaron unos días sin que Sofía recibiera más cartas del profesor de filosofía. El jueves era 17 de mayo, y también tenían libre el 18. De camino a casa el 16 de mayo, Jorunn dijo de repente: ¿Nos vamos de acampada? Lo primero que pensó Sofía era que no podía ausentarse demasiado tiempo de su casa. Un par de horas más tarde Jorunn llegó a casa de Sofía con una gran mochila. Sofía también había hecho la suya; y ella era la que tenía la tienda de campaña. También se llevaron sacos de dormir y ropa de abrigo, colchonetas y linternas, grandes termos con té y un montón de cosas ricas para comer. Tomaron el sendero que había junto a la verja de Sofía. Si no se equivocaba, no había mucha distancia entre el Monte del Urogallo y la Cabaña del Mayor. Había algo que le atraía de aquel sitio, pero no se atrevería a ir allí sola. Tomaron el sendero que había junto a la verja de Sofía. Un poco más tarde se encontraban delante del pequeño lago. Sofía miraba hacia la cabaña. Estaba cerrada con postigos en las ventanas. La cabaña roja tenía un aspecto de abandono total. Jorunn miró a su alrededor. –¿Vamos a tener que andar sobre el agua? –preguntó. – Qué va, vamos a remar. Sofía señaló el cañaveral. Allí estaba la barca, exactamente donde la otra vez. –¿Has estado aquí antes? Sofía negó con la cabeza. Sería demasiado complicado contarle a su amiga lo de la visita anterior. ¿Cómo podría hacerlo sin tener que hablar de Alberto Knox y del curso de filosofía? Cruzaron a remo mientras se reían y bromeaban. Sofía tuvo mucho cuidado en subir bien la barca a la otra orilla. Pronto estuvieron delante de la puerta. Jorunn tiró del picaporte. Era evidente que no había nadie dentro. –Cerrado. ¿No pensarías que iba a estar abierta? –A lo mejor encontramos una llave –dijo Sofía. Empezó a buscar entre las piedras de los cimientos de la casa. –Bah, volvamos a la tienda –dijo Jorunn al cabo de unos minutos. Pero Sofía exclamó: –¡La encontré!

¡La encontré! Mostró triunfante una llave. La metió en la cerradura y la puerta se abrió. Las dos amigas entraron a hurtadillas, como se hace cuando uno se aproxima a algo prohibido. Por dentro, la casa estaba fría y oscura. –Pero si no se ve nada – dijo Jorunn. Pero Sofía había pensado en todo. Sacó una caja de cerillas del bolsillo y encendió una. Les dio tiempo a ver que la cabaña estaba totalmente vacía antes de que la cerilla se consumiera. Sofía encendió otra y descubrió una pequeña vela en un candelabro de hierro forjado sobre la chimenea. Encendió la vela con una tercera cerilla. La salita se iluminó lo suficiente como para poder echar un vistazo. A la mañana siguiente se despertaron temprano. Fue Sofía la que salió primero del saco de dormir. Se puso las botas y salió de la tienda. El gran espejo de latón estaba en la hierba, lleno de rocío. Sofía secó el rocío con la manga del jersey y miró su propio reflejo. Era como si se viera desde arriba y desde abajo a la vez. 41 Afortunadamente no se encontró con ninguna nueva postal del Líbano. Por la llanura pasaba la niebla matutina como pequeñas nubes de algodón. Los pajarillos cantaban enérgicamente, Sofía no oía ni veía a ningún pájaro grande. Las dos amigas se pusieron jerseys gordos y desayunaron fuera de la tienda. De nuevo se pusieron a hablar de la Cabaña del Mayor y de las misteriosas postales. Después

del desayuno recogieron la tienda y emprendieron el camino de vuelta. Sofía llevó el espejo todo el tiempo y tuvieron que hacer pequeños descansos, porque Jorunn se negaba a tocarlo. Al acercarse a las primeras casas oyeron pequeños estallidos. Vemos que este capítulo comienza con la propuesta de Jorunn para ir de acampada al Monte de Urogallo. Sofía tendría una razón oculta para elegir ese lugar ya que no había mucha distancia entre el monte Urogallo y la Cabaña del Mayor. Antes de las ocho ya habían levantado la tienda junto, cuando acabaron de comer Sofía menciona sobre la Cabaña del Mayor y convenció Jorunn de ir allí. Cuando llegaron la cabaña roja tenía un aspecto de abandono total. Cruzaron a remo el lago y llegaron a la puerta que estaba cerrada, aunque Sofía encontró la llave. Y empezó a enseñarle la cabaña, Jorunn sospecho que Sofía ya había estado ahí antes. Descubrieron una cajita llena de postales que para alivio de Sofía no ponían su nombre sino el de Hilde.

Dos civilizaciones

Ya no queda mucho para que nos veamos, mi querida Sofía. Contaba con que volverías a la Cabaña del Mayor, por eso dejé allí todas las postales del padre de Hilde. Era la única manera de que Hilde las recibiera. No te esfuerces en averiguar cómo podrá hacérselas llegar. Habrán pasado muchas cosas antes del 15 de junio. Hemos visto cómo los filósofos del helenismo desmenuzaban a los viejos filósofos griegos. Hubo además ciertas tendencias a convertirlos en fundadores de religiones. Plotino no estuvo muy lejos de rendir culto a Platón como el salvador de la humanidad. Pero sabemos que hubo otro salvador que nació justo en el período que acabamos de estudiar, aunque viniera de la región grecorromana. Estoy pensando en Jesús de Nazaret. Los griegos y los romanos pertenecen a la civilización indoeuropea. Por lo tanto, podemos constatar que la civilización europea tiene dos raíces. Antes de examinar más de cerca cómo el cristianismo se va mezclando poco a poco con la cultura grecorromana, veamos las dos raíces.

Indoeuropeos

Por «indoeuropeos» entendemos todos los países y culturas que hablan lenguas indoeuropeas. Todas las lenguas europeas, excepto las ugrofinesas (lapón, finés, estoniano y húngaro) y el vascuence, son indoeuropeas. También la mayor parte de las lenguas índicas e iraníes pertenecen a la familia lingüística indoeuropea. Los antiguos hindúes rendían culto al dios celeste Dyaus. En griego este dios se llama Zeus, en latín Júpiter (en realidad leypater, es decir, “Ley del Padre”), y en antiguo nórdico Tyr. De manera que los nombres Dyaus, Zeus, lov y Tyr son distintas

variantes dialectales de una misma palabra. Los indoeuropeos intentaron conseguir verdaderos conocimientos sobre el ciclo de la naturaleza. De hecho, podemos seguir una determinada palabra que significa «conocimiento» o «sabiduría» de cultura en cultura por toda la región indoeuropea. En sánscrito se llama vidya. La palabra es idéntica a la griega idé, que juega, como recordarás, un papel importante en la filosofía de Platón. Del latín conocemos la palabra video, que entre los romanos simplemente significaba «ver». (En nuestros días «ver» ha venido a ser una palabra equivalente a mirar fijamente una pantalla de televisión.) En inglés conocemos palabras como wise y wisdom (sabiduría), en alemán wissen (saber, conocimiento). En noruego tenemos la palabra viten, que tiene la misma raíz que la palabra hindú vidya, la griega idé y la latina video. También en la religión griega había muchos que opinaban que el hombre debe vivir en ascetismo, o retiro religioso, para salvar el alma. Diversos aspectos de los conventos medievales tienen sus raíces en ideas de este tipo del mundo grecorromano. En muchas culturas indoeuropeas también ha jugado un papel básico la fe en la transmigración de las almas. Durante más de 2. 500 años el objetivo del hindú ha sido salvarse de la transmigración de las almas. Recordemos que también Platón creía en esta trasmigración.

Los semitas

Hablemos de los semitas, Sofía. Pertenecen a otra civilización con un idioma completamente diferente. Los semitas vienen originariamente de la Península arábiga pero la civilización semita se ha extendido también por muchas partes del mundo. Durante más de dos mil años muchos judíos han vivido lejos de su patria de origen. Donde más lejos de sus raíces geográficas han llegado la historia y la religión semitas han sido a través del cristianismo. La cultura semita también ha llegado lejos mediante la extensión del Islam. Las tres religiones occidentales, el judaísmo, el cristianismo y el Islam, tienen bases semitas. El libro sagrado de los musulmanes (el Corán) y el Antiguo Testamento están escritos en lenguas semíticas emparentadas. Una de las palabras dios que aparece en el Antiguo Testamento tiene la misma raíz lingüística que la palabra Allah de los musulmanes. (La palabra allah significa simplemente dios.

Israel

Todo empezó cuando Dios creó el mundo. En las primeras páginas de la Biblia se habla de esta Creación. Pero más tarde los hombres se rebelaron contra Dios. El castigo no fue sólo la expulsión de Adán y Eva del jardín del Edén, sino también la entrada de la muerte en el mundo. Alrededor del año 1000 a. de C., es decir, mucho antes de la existencia de ninguna filosofía griega, oímos hablar de tres grandes reyes en Israel. El primero fue Saúl, luego vino David y tras él, el rey Salomón. Todo Israel estaba entonces unido en una sola monarquía, y vivió, particularmente bajo el reinado del rey David, una época de grandeza política, militar y cultural. Los judíos se preguntaban por qué se había disuelto el reino de David y por qué su pueblo estaba siempre sometido a tantas desgracias si Dios había

prometido proteger a Israel. Pero el pueblo, por su parte, había prometido cumplir los mandamientos de Dios. Poco a poco se iba extendiendo la creencia de que Dios estaba castigando a Israel por su desobediencia. Para ser más preciso: el pueblo de Israel vivió feliz bajo el rey David. Conforme las cosas empeoraban para los israelitas, los profetas predicaban la llegada de un nuevo rey de la estirpe de David. Este «Mesías» o «Hijo de Dios» salvaría al pueblo, reconstruiría Israel como gran potencia y fundaría un

«reino de Dios».

Jesús

Bueno, Sofía. Supongo que me sigues todavía. Las palabras clave son «Mesías»,

«Hijo de Dios», «salvación» y «reino de Dios». Al principio todo esto se interpretó en un sentido político. También en la época de Jesús había mucha gente que se imaginaba que llegaría un nuevo «Mesías» en forma de líder político, militar y religioso, del mismo calibre que el rey David. También Jesús utiliza las palabras

«Hijo de Dios», «reino de Dios», «Mesías» y «salvación». De esta manera conectaba siempre con las antiguas profecías. Entra en Jerusalén montado en un asno y se deja vitorear por las masas como el salvador del pueblo. Al hablar de Sócrates vimos lo peligroso que puede resultar apelar a la sensatez de las personas. En Jesús vemos lo peligroso que puede resultar exigir un incondicional amor al prójimo y un igualmente incondicional perdón. Incluso en nuestros días vemos cómo tiemblan los cimientos de ciertos Estados poderosos cuando se encuentran ante sencillas exigencias de paz, amor, alimento para los pobres y perdón para los enemigos del Estado. Acuérdate de lo indignado que estaba Platón por que el hombre más justo de Atenas tuviera que pagar con su vida. Según el cristianismo, Jesús era la persona más justa que jamás había existido. Según el cristianismo murió por los hombres. Es lo que se suele llamar la “muerte redentora” de Jesús. Él fue el «servidor que padeció», que asumió la culpa de todos los hombres para que pudiéramos reconciliarnos con Dios y salvarnos de su castigo.

Pablo

A los pocos días de la crucifixión y entierro de Jesús, comenzaron a correr rumores de que había resucitado. De esa manera demostró que era algo más que un hombre. Fue así como mostró que era en verdad el “Hijo de Dios”. Se puede decir que la Iglesia cristiana inicia ya en la mañana del Domingo de Pascua los rumores sobre su resurrección. Pablo puntualiza: «Si Cristo no ha resucitado, nuestro mensaje no es nada y nuestra fe no tiene sentido». Ahora todos los hombres podían tener la esperanza de la «resurrección de la carne», pues Jesús fue crucificado precisamente para salvarnos a nosotros. Y ahora, querida Sofía, debes darte cuenta de que los judíos no trataban el tema de la «inmortalidad del alma» o de alguna forma de «transmigración de las almas», que eran ideas griegas, y por lo tanto, indoeuropeas. Según el cristianismo no hay nada en el hombre (tampoco su alma) que sea inmortal en sí. La Iglesia cree en la “resurrección del cuerpo”, y en la «vida eterna», pero es

precisamente el milagro obrado por Dios el que nos salva de la muerte y de la «perdición». No se debe a nuestro propio mérito, y tampoco se debe a ninguna cualidad natural o innata. Los primeros cristianos comenzaron a difundir el «alegre mensaje» de la salvación mediante la fe en Jesucristo. El reino de Dios estaba a punto de emerger a través de su obra de salvación. Ahora el mundo entero podía ser conquistado para Cristo. (La palabra «Cristo», es una traducción griega de la palabra judía «Mesías, > y significa, por consiguiente, «el ungido».) Pocos años después de la muerte de Jesús, el fariseo Pablo se convirtió al cristianismo. Mediante sus muchos viajes de misión por todo el mundo grecorromano convirtió el cristianismo en una religión mundial. Sobre esto podemos leer en los Hechos de los Apóstoles. Por las muchas cartas que Pablo escribió a las primeras comunidades cristianas conocemos su predicación y sus consejos para los cristianos.

Credo

Una importante cuestión en los años que siguieron a la muerte de Jesús fue la de saber si los que no eran judíos podían ser cristianos sin antes pasar por el judaísmo.

¿Debería por ejemplo un griego cumplir la ley mosaica? Pablo pensaba que no era necesario, pues el cristianismo era algo más que una secta judía. Dirigía a todos los hombres un mensaje universal de salvación. El «viejo pacto» entre Dios e Israel había sido sustituido por el «nuevo pacto» establecido por Jesús entre Dios y todos los hombres. Pero el cristianismo no fue la única religión nueva en esa época. Hemos visto ya que el helenismo se caracterizaba por la mezcolanza de 45 religiones. Era por lo tanto importante para la Iglesia cristiana llegar a un escueto resumen de lo que era la doctrina cristiana. Esto era importante para delimitarla respecto a otras religiones, así como para impedir una división dentro de la Iglesia cristiana. De esta forma surgieron los primeros credos. El credo resume los dogmas cristianos más importantes. Uno de esos importantes dogmas era que Jesús era Dios y hombre. Es decir, no era solamente el «hijo de Dios» en virtud de sus actos. Era el mismo Dios.

Pero también era un «verdadero hombre» que había compartido las condiciones de los hombres y que padeció verdaderamente en la cruz. En este capítulo, Alberto Knox menciona a Sofia que no faltaba mucho para conocerse y que él sabía que iba volver a la Cabaña del Mayor, por eso dejó allí todas las cartas del padre de Hilde para ella se las entregara a la misma Hilde. Y empezó a hablar sobre el nacimiento de Jesús de Nazaret y el cristianismo que penetraría poco a poco en el mundo grecorromano. Jesús, era un judío que pertenecía a la civilización semita mientras que los griegos y romanos pertenecían a la civilización indoeuropea. Por lo tanto, se puede constatar que la civilización europea tiene dos raíces, la semítica y la indoeuropea.

La Edad Media

Transcurrió una semana sin que Sofía supiera nada más de Alberto Knox. Tampoco recibió más postales del Líbano, pero hablaba constantemente con Jorunn de las que habían encontrado en la Cabaña del Mayor. Jorunn estaba muy nerviosa, pero al no suceder nada más, el susto iba quedando olvidado entre los deberes y el badmington. Sofía repasó las cartas de Alberto muchas veces para ver si encontraba algo que pudiera arrojar alguna luz sobre Hilde y todo lo que tenía que ver con ella. De esa forma también tuvo la oportunidad de digerir la filosofía de la Antigüedad. Ya no le costaba ningún trabajo distinguir entre Demócrito y Sócrates, Platón y Aristóteles. El viernes 25 de mayo estaba en la cocina haciendo la comida para su madre, a punto de volver del trabajo. Eso era lo acordado para los viernes. Ese día preparaba una sopa de sobre de pescado, con albóndigas y zanahorias. Muy sencillo. Había empezado a soplar el viento. 46 Mientras removía la sopa, Sofía se volvió hacia la ventana y miró fuera. Los abedules se balanceaban como espigas de trigo. La estancia en casa de su amiga empezó como todas las veces que se quedaba a dormir allí, charlando hasta bien entrada la noche, con la única diferencia de que Sofía puso el despertador a las tres, cuando, sobre la una, se dispusieron por fin a dormir. Jorunn apenas se despertó cuando Sofía paró el despertador dos horas más tarde. – Ten cuidado –dijo Jorunn. Sofía empezó a andar. Había varios kilómetros hasta la Iglesia de María, y aunque sólo había dormido un par de horas, se sentía totalmente despejada. Sobre las colinas, al este, notaba una nube roja. Cuando por fin se encontró ante la vieja iglesia de piedra eran ya las cuatro. Sofía empujó la pesada puerta. ¡Estaba abierta! La iglesia estaba vacía y silenciosa. A través de las vidrieras flotaba una luz azulada que revelaba miles de minúsculas partículas de polvo en el aire. Era como si el polvo se reuniera en gruesas vigas que atravesaran la nave de la iglesia. Sofía se sentó en un banco en el medio. Allí se quedó sentada mirando al altar y a un viejo crucifijo pintado con colores opacos.

Pasaron unos minutos. De repente empezó a sonar el órgano. Sofía no se atrevió a darse la vuelta. Sonaba como un viejo salmo, quizás de la Edad Media también. Después de una semana sin saber nada de Alberto Knox, por lo que aprovecho para repasar las cartas de Alberto intentando encontrar alguna pista sobre Hilde. Esto le ayudó a digerir la filosofía de la Antigüedad. Pronto recibió una postal del Líbano, con la fecha del viernes 15 de junio dirigida a Hilde y al rato le llama Alberto para hablar un rato junto a la iglesia de María y vestido de monje empieza a hablar de la Edad media en latín. De esa forma empieza a contar que la Edad Media duraría 9 siglos desde el siglo 4 d. C aprovechando para hablar del cristianismo, aunque no llegó a Noruega hasta el año 1000 y del imperio romano oriental que subsistió hasta el año 1453 cuando los turcos conquistaron Constantinopla. Que antes en el año 529 la Iglesia había cerrado la academia de Platón en Atenas y funda la Orden de los Benedictinos convirtiéndose en un símbolo de triunfo sobre la filosofía griega. En el transcurso de la Edad Media se fueron creando diferentes naciones, con ciudades y castillos, música y poesía populares. Destaca que los primeros siglos después del año 400 fueron años de decadencia cultural y que la economía se caracterizaría por el feudalismo. Además La población disminuyó considerablemente. Y que a pesar que la importancia política de Roma acabó a finales del siglo IV, se convertiría en la cabeza de la Iglesia católica romana. Ahora se empezarían a conocer los escritos de Aristóteles y Platón.

El Renacimiento

Jorunn estaba en el jardín delante de su casa amarilla cuando sobre la una y media Sofía llegó sin aliento hasta la verja. –¡Has estado fuera más de nueve horas! – exclamó Jorunn Sofía negó con la cabeza. –He estado fuera más de mil años. –

¿Pero dónde has estado? –Tenía una cita con un monje medieval. ¡Un tipo divertido.

- –Estás chiflada. Tu madre llamó hace media hora. –¿Qué le dijiste? –Dije que te habías ido al quiosco. –¿Y qué dijo ella? –Que la llamaras cuando volvieras. Lo peor fue lo de mis padres. A las nueve entraron en mi habitación con choco-late caliente y panecillos. Una de las camas estaba vacía. –¿Qué les dijiste? –No te puedes imaginar qué corte. Dije que te habías ido a casa porque nos habíamos peleado. – En ese caso tenemos que darnos prisa y hacer las pa-ces. Y que tus padres no hablen con mi madre durante unos días. ¿Crees que lo conseguiremos? Jorunn se encogió de hombros. Al instante apareció el padre de Jorunn en el jardín con una carretilla. Se había pues-to un mono. Era evidente que se disponía a quitar las hojas caídas el año anterior –Así que aquí están las amiguitas – dijo– . Bueno, ya no queda ninguna hoja. –Qué bien –replicó Sofía–, Entonces quizás podamos tomar un café, ya que no pudimos desayunar.

El padre sonrió forzosamente, y Jorunn se sobresaltó. En casa de Sofía siempre habían sido algo más informales que en la del asesor financiero, señor Ingebrigtsen y señora. –Lo siento, Jorunn –dijo Sofía– . Pero yo también de-bo participar en esta operación de camuflaje. –¿Vas a contarme algo? –Si me acompañas a casa. De todos modos ése no es asun-to de asesores financieros o muñecas Barbie entradas en años. –Qué asquerosa eres. ¿Acaso es mejor un matrimonio que cojea y manda a una de las partes al mar? –Seguro que no. Pero yo no he dormido casi esta noche, y además me pregunto si Hilde será capaz de ver todo lo que hacemos. Habían empezado a caminar hacia la casa de Sofía. –¿Quieres decir que es vidente? –Quizás sí. O quizás no. Era evidente que a Jorunn no le hacían gracia todos aquellos secretos. El ser humano no existía solamente para Dios. Dios había creado al hombre también para los propios hombres. De esta manera los hombres podían alegrarse de la vida aquí y ahora. Y en cuanto se permitió al ser humano desarrollarse libremente, éste tuvo posibilidades ilimitadas. La meta fue sobrepasar todos los límites.

También ésta era una nueva idea en relación con el humanismo de la Antigüedad, que había señalado que el ser humano debería conservar la serenidad, la moderación y el control. El Renacimiento fue una época de florecimiento cultural desde finales del siglo XIV que comenzó en el norte de Italia que volvía su mirada a la antigüedad colocando al hombre en el centro de todo de nuevo. Ahora el humanismo griego empezaba otra vez a ser estudiado un objetivo pedagógico. Los humanistas renacentistas volvían a tener una nueva fe en el ser humano y en su valor. Por ello empieza a interesar por la anatomía del cuerpo humano donde el hombre no existía solamente para Dios. Recordemos que Giordano Bruno declaró que Dios estaba presente en la naturaleza y que el espacio era infinito. Destacando un florecimiento de la cultura en general desde el arte, la arquitectura, la

literatura, la música, la filosofía y la ciencia. Sin olvidar que la reconstrucción de Roma se convirtió en un objetivo político y cultural. Aunque no debemos olvidar que el Renacimiento también se dio

«anti humanismo», y con eso un poder eclesiástico y estatal autoritarios. En esta época abundaron procesos contra las brujas y la quema de herejes.

La época barroca

Pasaron unos días sin que Sofía supiera nada de Alberto, pero miraba en el jardín varias veces al día para ver si venía Hermes. Había contado a su madre que el perro encontró el camino de vuelta por su cuenta y que el dueño la había invitado a entrar en su casa, que era un viejo profesor de física y que le había explicado el sistema solar y la nueva ciencia que surgió en el siglo XVI. A Jorunn le contó más cosas: la visita a casa de Alberto la postal en el portal y las diez coronas que encontró de camino a casa. El martes 29 de mayo Sofía estaba en la cocina secando los cacharros mientras su madre se había ido al salón para ver el telediario. De repente oyó en la televisión que un mayor del batallón noruego de las Naciones Unidas.

había sido alcanzado y matado por una granada. Sofía dejó caer el trapo de secar sobre el banco de la cocina y corrió al salón. Durante unos instantes pudo ver la foto del soldado de las Naciones Unidas en la 51 pantalla antes de que el telediario pasara a otros temas. – ¡Oh no! – exclamó. La madre se volvió hacia su hija. – Pues sí, la guerra es cruel. Entonces Sofía se echó a llorar. – Pero Sofía, hija, no te lo tomes así. – ¿Dijeron su nombre? – Sí, pero no me acuerdo. Era de Grimstad, creo.

– Eso es lo mismo que Lillesand, ¿verdad? – ¡Qué cosas dices! – Si eres de Grimstad a lo mejor vas al colegio en Lillesand. Ya no lloraba. Ahora fue la madre la que reaccionó. Se levantó del sillón y apagó la televisión. – ¿Qué tonterías estás diciendo, Sofía? – No es nada... – ¡Sí, algo pasa! Tienes un amigo, y empiezo a pensar que es muchísimo mayor que tú. Contéstame, ¿conoces a algún hombre que esté en el Líbano? – No, no exactamente... – ¿Has conocido al hijo de alguien que está en el Líbano? Que no, que no he dicho. Ni siquiera he conocido a su hija.

– ¿A la hija de quién? – No es asunto tuyo. – ¿Ah no? – Quizás debería yo empezar a hacerte preguntas a ti. ¿Por qué no está papi nunca en casa? ¿Es porque sois demasiado cobardes para divorciaros? ¿O es que tienes un amigo secreto? Etcétera, etcétera, etcétera. Las dos podemos ponernos a preguntar. – Creo que es necesario que hablemos. – Puede ser. Pero ahora estoy tan cansada y tan agotada que me voy a acostar. Además me ha venido la regla. Y subió corriendo a su habitación, a punto de echarse a llorar. En cuanto se hubo lavado y metido bajo el edredón, la madre entró en su habitación. Sofía se hizo la dormida, aunque sabía que su madre no se lo iba a creer. Se dio cuenta de que su madre tampoco creía que Sofía pensara que su madre creía que estaba dormida. Pero también la madre hizo como si Sofía durmiera. Se quedó sentada en el borde de la cama acariciándole la nuca. Sofía pensó en lo complicado que resultaba vivir dos vidas a la vez. Casi deseaba

que se acabara el curso de filosofía. Quizás hubiese acabado para su cumpleaños o al menos para el día de San Juan, que era cuando el padre de Hilde volvería del Líbano... – Quiero dar una fiesta el día de mi cumpleaños –dijo de repente. –¡Que bien! ¿A quiénes quieres invitar? –A mucha gente. ¿Me dejas? – Claro que sí. Tenemos un jardín muy grande... Ojalá siga el buen tiempo. –Lo que más me gustada sería celebrarlo la noche de San Juan. –Entonces así lo haremos.

–Es un día muy importante –dijo Sofía, no pensando únicamente en su cumpleaños.

–Ah sí... –Me parece que me he hecho muy mayor últimamente. –Eso está bien,

¿no? –No lo sé. Todo el tiempo Sofía había mantenido la cara contra la almohada mientras hablaba. La madre dijo: –Sofía, ¿por qué no me cuentas por qué estás tan... tan desequilibrada estos días? –¿Tu no estabas desequilibrada cuando tenías quince años? – Seguramente lo estuve. Pero sabes de lo que estoy hablando. Sofía se volvió hacia su madre. –El perro se llama Hermes –dijo. –¿Ah sí? –Pertenece a un señor que se llama Alberto. –Bueno. –Vive en el casco antiguo. –¿Tan lejos acompañaste al perro? –Pero eso no importa. –¿No dijiste que ese mismo perro ya había estado aquí varias veces? –¿Dije eso? Tenía que pensar antes de hablar.

Quería contar todo lo que pudiera a su madre, pero no todo todo. –No 52 estás casi nunca en casa –empezó a decir. –Es verdad, estoy demasiado ocupada. – Alberto y Hermes han estado aquí muchas veces. –¿Pero, por qué? ¿Han estado dentro de casa también? – Hazme una pregunta cada vez, por favor. No han entrado dentro de casa. Pero paran a menudo por el bosque. ¿Te parece eso muy misterioso? – No, no tiene nada de misterioso. –Como tantos otros, paseando pasaron por delante de nuestra casa. Saludé a Hermes un día que volvía del instituto. Así conocí a Alberto. –¿Y qué pasa con el conejo blanco y todo eso? –Eso es algo que dijo Alberto. Es un filósofo de verdad. Me ha hablado de todos los filósofos. –¿Por encima de la valla del jardín? –Nos hemos sentado, claro. Pero también me ha escrito cartas, muchas cartas, a decir verdad. Algunas veces las cartas han llegado con el cartero, otras veces simplemente las ha dejado en el buzón cuando iba de paseo. – ¿Conque ésas eran las cartas de amor» de las que hablamos? –Solo que no eran cartas de amor. –¿Sólo ha escrito sobre los filósofos? –Pues fíjate que sí. Y he aprendido más con él que en ocho años de colegio. ¿Tú has oído hablar, por ejemplo de Giordano Bruno, que fue quemado en la hoguera en el año 1600 ¿O de la ley de la gravitación de Newton? –No, hay tantas cosas que yo no sé... –Si te conozco bien, ni siquiera sabes por qué la Tierra se mueve en órbita alrededor del sol, y eso que se trata de tu propio planeta. –¿Qué edad tiene aproximadamente?

–Ni idea. Por lo menos cincuenta años. –¿Pero qué tiene que ver con el Líbano? Esa pregunta era peor. Sofía pensó diez cosas a la vez. Y luego escogió la única que le serviría. –Alberto tiene un hermano que es mayor del batallón de las Naciones Unidas. Es de Lillesand. Quizás fue él quien vivía en la Cabaña del Mayor. – Alberto,

Descartes

Alberto se levantó para quitarse la capa roja que puso sobre una silla, y se volvió a acomodar en el sofá. –René Descartes nació en 1596 y vivió una vida errante por Europa. Desde muy joven había nutrido una fuerte esperanza de conseguir conocimientos seguros sobre la naturaleza de los hombres y del universo. Pero después de haber estudiado filosofía se convenció cada vez más de su propia ignorancia. –¿Más o menos como Sócrates? –Mas o menos como él, sí. Como Sócrates, estaba con-vencido de que sólo nuestra razón puede proporcionarnos co- nocimientos seguros. No podemos fiarnos de lo que dicen los viejos libros. Ni siquiera podemos fiarnos de lo que nos dicen nuestros sentidos. –Así pensó Platón, también él opinó que sólo la razón nos puede proporcionar conocimientos seguros. La An-tigüedad había tenido grandes sistematizadores como Platón y Aristóteles. La Edad Media tuvo a Santo Tomás de Aquino, que quiso construir un puente entre la filosofía de Aristóteles y la teología cristiana. Luego llegó el Renacimiento, con un embrollo de viejos y nuevos pensamientos sobre la naturaleza y la ciencia, sobre Dios y el hombre. Hasta el siglo XVII no hubo por parte de la filosofía un intento de recoger las nuevas ideas en un sistema filosófico esclarecido. Descartes constata primero que no podemos consi-derar nada como verdad si no reconocemos claramente que lo es. Para conseguir esto puede que sea necesario dividir un problema complejo en cuantas partes parciales sea posible. Enton-ces se puede empezar por las ideas más sencillas. Podría decirse que cada idea tendrá que “medirse y pesarse», más o menos como Galileo decía que todo tenía que medirse y que lo que no se podía medir tendría que hacerse medible. Descartes pensaba que la filosofía podía ir de lo simple a lo complejo. Así sería posible construir nuevos conocimientos. Al final había que hacer constantes recuentos y controles para poder asegu-rarse de que no se había omitido nada. Sí, Descartes quiso emplear el método matemático también en la reflexión filosófica. Quiso probar verdades filosóficas más o menos de la misma manera en la que se prueba un teorema matemático. También quiso emplear la misma herramienta que empleamos cuando trabajamos con números, es decir la razón. Pues solamente la razón nos proporciona conocimientos seguros. No resulta tan evidente que los sentidos sean de fiar. Ya hemos subrayado su parentesco con Platón, quien también señaló que las matemáticas y los números nos podían proporcionar un conocimiento más certero que los testimonios de los sentidos. Cuando nuestra razón reconoce algo clara y nítidamente, como es el caso de las relaciones matemáticas de la realidad exterior, entonces tiene que ser así. Porque un Dios perfecto no nos engañaría. Descar-tes invoca la «garantía de Dios» para que lo que reconocemos con nuestra razón también corresponda a algo real. –De acuerdo. Ahora ha llegado a la conclusión de que es un ser pensante, que existe un Dios y que además existe una

realidad exterior. Alberto escribió: «erase knag*.»*» y apagó el ordenador. –Bueno, ya lo he quitado –dijo–. Pero es imposible saber dónde puede volver a aparecer. Se quedó sentado mirando fijamente la pantalla del ordenador. Añadió: –Lo peor de todo era el nombre: Albert Knag... Hasta ahora Sofía no se había fijado en la similitud de los nombres: Albert Knag y Alberto Knox. Pero Alberto estaba tan excitado que no se atrevió a decir nada. Volvieron a sentarse junto a la mesa.

Spinoza

Llevaban mucho tiempo sentados sin decir nada. Al final Sofía dijo algo sólo para desviar los pensamientos de Alberto. –Descartes debió de ser una persona muy singular. ¿Se hizo famoso? Alberto respiró hondo un par de veces antes de contestar –Ejerció una gran influencia. Lo más importante quizás fue la influencia que tuvo sobre otro gran filósofo. Me refiero al holandés Baruch Spinoza, que vivió de 1632 a 1677. –¿Vas a hablar también de él? –Así lo tenía planeado, sí. No nos dejemos detener por provocaciones militares. –Soy todo oídos. –Spinoza pertenecía a la comunidad judía de Amsterdam, pero pronto fue excomulgado y expulsado de la sinagoga por heterodoxo. Pocos filósofos en la era moderna han sido tan calumniados y perseguidos por sus ideas como este hombre. Incluso fue víctima de un intento de asesinato. La causa era sus críticas a la religión oficial. Pensaba que lo único que mantenía vivo tanto al cristianismo como al judaísmo eran los dogmas anticuados y los ritos externos. Fue el primero en emplear lo que llamamos una visión «crítico-histórica» de la Biblia. –¡Explícate! –Negó que la Biblia estuviera inspirada por Dios. Cuando leemos la Biblia debemos tener siempre presente la época en la que fue escrita. Una lectura crítica de este tipo también revelará una serie de discrepancias entre las distintas escrituras. No obstante bajo la superficie de las escrituras del Nuevo Testamento, nos encontramos a Jesús, que muy bien puede ser denominado el portavoz de Dios. Porque la predicación de Jesús representó precisamente una liberación del anquilosado judaísmo. Jesús predicó una religión de la «razón» que ponía el amor sobre todas las cosas, y aquí Spinoza se refiere tanto al amor a Dios como al amor al prójimo. Pero el cristianismo también quedó pronto anquilosado en dogmas fijos y ritos externos. –Entiendo que ideas como éstas no fueran fácilmente aceptadas por las iglesias y sinagogas. –Cuando la situación se agravó, Spinoza fue abandonado incluso por su propia familia, que intentó desheredarle debido a su heterodoxia. Lo paradójico es que pocos han hablado tanto a favor de la libertad de expresión y de la tolerancia religiosa como Spinoza. Toda esa oposición con la que se topó dio lugar a que viviera una vida tranquila enteramente dedicada a la filosofía. Para ganarse el sustento pulía vidrios ópticos. Algunas de esas lentes son las que están ahora en mi poder. –Impresionante. –Casi tiene algo de simbólico que viviera de pulir lentes, pues los filósofos deben ayudar

a los hombres a ver la existencia desde una nueva perspectiva. Un punto de la filosofía de Spinoza es precisamente ver las 57 cosas Bajo «el ángulo de la eternidad». –¿Bajo el ángulo de la eternidad? –Sí, Sofía. ¿Crees que serías capaz de ver tu propia vida en un contexto cósmico? En ese caso tendrías que cerrar los ojos a ti misma y a tu vida aquí y ahora... –Hmm... no es fácil. – Recuérdate a ti misma que sólo vives una minúscula parte de la vida de toda la naturaleza. Tú formas parte de un contexto inmenso. –Creo que entiendo lo que quieres decir. –¿Eres capaz de captarlo? ¿Eres capaz de captar toda la naturaleza de una vez... sí, el universo entero con una sola mirada. –Depende. Quizás me hicieran falta algunos vidrios ópticos. –No estoy pensando sólo en el inmenso espacio. También pienso en un inmenso espacio de tiempo. Hace treinta mil años vivió un niño en el valle del Rin. Formaba una minúscula parte de la naturaleza, un exiguo rizo en un mar inmenso. De la misma manera vives tú Sofía, una minúscula parte de la vida de la naturaleza. No hay ninguna diferencia entre tú y ese niño. –Al menos yo vivo ahora. –De acuerdo, pero precisamente era a ese tipo de pensamiento al que deberías cerrar los ojos. ¿Quién serás tú dentro de treinta mil años? –¿Ésa fue la heterodoxia? – Bueno... Spinoza no sólo dijo que todo lo que existe es naturaleza, también decía que Dios es igual a Naturaleza. Veía a Dios en todo lo que existe, y veía todo lo que existe en Dios. – Entonces era un panteísta. –Cierto. Para Spinoza Dios no creó el mundo quedándose fuera de su Creación. No, Dios es el mundo. A veces se expresa de una manera un poco distinta. Afirma que el mundo está en Dios. Sobre este punto se remite al discurso de San Pablo en el monte del Areópago. «En Él vivimos, nos movemos y existimos», había dicho San Pablo. Pero sigamos ahora el razonamiento del propio Spinoza. Su libro más importante fue “Ética demostrada según el orden geométrico.” –¿Ética... y método geométrico? –A lo mejor suena raro a nuestros oídos. Con la palabra «ética», los filósofos se refieren a la enseñanza de cómo debemos vivir para conseguir la felicidad. Es en ese sentido en el que hablamos de la ética de Sócrates y Aristóteles. Es en nuestros días cuando la ética se ha visto reducida a ciertas reglas de cómo vivir para no molestar a los demás. –¿Porque pensar en la propia felicidad es ser egoísta? –Algo así, sí. Cuando Spinoza utiliza la palabra «ética» podría traducirse tanto por «arte de vivir» como por «moral». –Pero... «arte de vivir según el orden geométrico»? –El método geométrico se refiere al lenguaje o la forma de presentación. Acuérdate de que Descartes también quería emplear el método matemático para la reflexión filosófica. Con esto quería decir una reflexión filosófica construida sobre conclusiones rígidas. Spinoza no sólo dijo que todo lo que existe es naturaleza, sino que también veía a Dios en todo lo que existe, y veía todo lo que existe en Dios. Era un panteísta. Su libro más importante fue “Ética demostrada según el orden geométrico. Con la palabra ética, los filósofos se refieren a la enseñanza de cómo debemos vivir para conseguir la felicidad, pero en nuestros días se ha reducido a ciertas reglas para vivir con los demás.

Locke

Sofía Hegó a casa a las ocho y media, hora y media después de lo acordado, que en realidad no había sido ningún acuerdo; simplemente se había saltado la comida y dejado una nota a su madre diciendo que volvería a las siete como muy tarde. – Así no podemos seguir; Sofía. He tenido que llamar a Información para preguntar si había algún Alberto en el casco viejo. Se rieron de mí. –No tienes ninguna razón para tener miedo de Alberto. Quizás sea peor el padre de Hilde. –¿Quién es Hilde?

–La hija de ese que está en el Líbano. Creo que es un verdadero granuja. Tal vez controle el mundo entero... –Si no me presentas inmediatamente a ese Alberto, te prohíbo que lo vuelvas a ver. No estaré segura hasta no haber visto su aspecto. De repente, a Sofía se le ocurrió una idea. Subió corriendo a su habitación. –¿Pero qué te pasa? –gritó la madre por la escalera. Sofía volvió enseguida al salón. Las imágenes de la Acrópolis comenzaron a aparecer en la pantalla. La madre se sentó, muda de asombro cuando Alberto apareció en la pantalla y comenzó a dirigirse directamente a Sofía. Sofía también se fijó en algo que ya tenía olvidado. En la Acrópolis había muchísima gente de diversas agencias de viajes. En medio de uno de los grupos se veía un pequeño cartel en el que ponía «HILDE»... Alberto prosiguió su paseo por la Acrópolis. Luego bajó por la parte de la entrada y se colocó en el monte del Areópago, desde donde San Pablo había hablado a los atenienses. Continuó hablando a Sofía desde la antigua plaza. El vídeo se estaba aproximando al punto en el que la antigua Atenas renace de repente de las ruinas. Sofía se apresuró a parar la cinta en el último momento. Ya le había presentado a su madre a Alberto, no haría falta presentarle también a Platón. Una tarde Sofía bajó al casco viejo y llamó a la puerta de Alberto. No estaba en casa, pero había una nota en la puerta que decía: ¡Felicidades, querida Hilde! El momento crucial está cerca. El momento de la verdad, hija mía. Cada vez que pienso en ello me río tanto que por poco me parto. Tiene que ver con Berkeley, claro. ¡Espera y verás! Sofía arrancó la nota y la metió en el buzón de Alberto antes de marcharse. Cuando volvió del colegio el jueves 14 de junio, encontró a Hermes en el jardín. Sofía se precipitó hacia él y el perro le saltó encima de alegría. Ella le abrazó como si el perro fuera a solucionar todos los misterios. De nuevo dejó una nota para su madre, pero esta vez también le dejó la dirección de Alberto. Atravesando la ciudad con Hermes, Sofía pensó en el día siguiente. No tanto en su propio cumpleaños, que no celebraría de verdad hasta la noche de San Juan, sino en el de Hilde. Sofía estaba convencida de que ese día sucedería algo extraordinario. La fórmula clásica de una actitud empírica viene de Aristoteles, quien dijo que no hay nada en la conciencia que no haya estado antes en los sentidos». Este punto de vista implicaba una crítica acentuada de Platón, que había opinado que los hombres traían consigo una serie de «ideas» innatas del mundo de las Ideas. Locke retoma las palabras de Aristoteles, y las

dirige contra Descartes. –¿No hay nada en la conciencia... que no haya estado antes en los sentidos? –No tenemos ninguna idea innata sobre el mundo. En realidad no sabemos nada de este mundo en el que nos han colocado antes de haberlo visto, Si tenemos una idea o un concepto que no se puede conectar con hechos experimentados, se trata de un concepto o de una idea falsa. Cuando por ejemplo usamos palabras como «Dios», «eternidad» o «sustancia», la razón funciona sin combustible, porque nadie ha llegado a conocer ni a Dios, ni la eternidad, ni aquello que los filósofos llaman «sustancia». De esa forma se pueden escribir tesis eruditas que en el fondo no condenen ningún tipo de conocimiento nuevo. Un sistema filosófico de esa clase puede parecer impresionante, pero no son más que quimeras. Los filósofos de los siglos XVII y XVIII habían heredado una serie de tesis eruditas de ese tipo. Ahora había que estudiarlas con lupa. Había que limpiarlas de vacíos. Quizás pudiéramos compararlo con el lavado del oro. La mayor parte es arena pero, dentro, resplandecen las pepitas de oro. Locke también dio pie a lo que él llamaba «conocimiento intuitivo» o «demostrativo». Opinaba por ejemplo que para todos existen ciertas reglas básicas, y defiende la llamada idea de «derecho natural», que es un rasgo racionalista. Otro rasgo igualmente racionalista de Locke es que pensaba que es inherente a la mente del hombre el pensar que hay un Dios.

–Quizás tuviera razón. –¿En qué? –En que hay un Dios. –Puede ser, claro está. Pero no lo deja en una simple cuestión de fe. Opina que el reconocimiento de los hombres de la existencia de Dios emana de la razón humana. También eso es un rasgo racionalista. Debo añadir que abogó por la libertad de pensamiento y la tolerancia. Además le interesaba la igualdad entre los sexos. Pensaba que la idea de que la mujer estuviera sometida al hombre era una idea creada por los seres humanos. Por lo tanto también puede ser alterada por ellos. –Estoy bastante de acuerdo. –Locke fue uno de los primeros filósofos de la época moderna que se preocupó por los papeles de los sexos. Tendría una gran importancia para su tocayo John Stuart Mill, que jugaría a su vez un importante papel para la igualdad entre los sexos. Locke anticipó en general muchas ideas liberales que más adelante, durante la Ilustración, llegaron a florecer en la Francia del siglo XVIII. Por ejemplo él fue quien primero habló a favor de lo que llamamos principio de división de los poderes. –El «poder legislativo» o la asamblea nacional. Luego viene el «poder judicial» o los tribunales de justicia, y finalmente el «poder ejecutivo», o el gobierno.

–Esta tripartición proviene del filósofo francés Montesquieu de la época de la Ilustración. Locke había señalado que, ante todo, los poderes legislativo y ejecutivo deberían estar separados, con el fin de evitar la tiranía. Fue contemporáneo de Luis XIV, quien había reunido todo el poder en una sola mano. «El Estado soy yo», dijo. Decimos que fue autocrático. Hoy en día lo habríamos considerado un Estado sin derecho. Con el fin de asegurar un Estado de derecho, los representantes del pueblo deberían legislar y el rey o el gobierno ejecutar las leyes, pensaba Locke.

Hume

Alberto se quedó sentado mirando la mesa. Una vez se volvió para mirar por la ventana. – Se está nublando –dijo Sofía. –Sí, hace bochorno. –¿Vas a hablarme ahora de Berkeley? –Él fue el siguiente de los tres empiristas británicos. Pero ya que en muchos sentidos pertenece a una categoría aparte, nos centraremos antes en David Hume, que 61 vivió de 1711 a 1776. Su filosofía ha pasado a ser la más importante entre los empiristas. Su importancia se debe también en parte al hecho de que fue él quien inspiró al gran filósofo Immanuel Kant. –¿No importa que me interese más la filosofía de Berkeley, verdad? –No, no importa. Hume se crió en Escocia, en las afueras de Edimburgo. Su familia quería que fuera abogado, pero él mismo dijo que sentía «una resistencia infranqueable hacia todo lo que no era filosofía v enseñanza». Vivió en la época de la Ilustración, al mismo tiempo que grandes pensadores franceses como Voltaire y Rousseau, y viajó mucho por Europa antes de establecerse de nuevo en Edimburgo. Su obra más importante, Tratado acerca de la naturaleza humana, se publicó cuando Hume tenía veintiocho años. Pero él mismo dijo que a los quince años ya tenía la idea del libro. –Entonces debo darme prisa. –Tú ya estás en marcha. –Pero si yo fuera a hacer mi propia filosofía sería bastante diferente a todo lo que he oído hasta ahora. – ¿Hay algo que hayas echado especialmente de menos? –En primer lugar, todos los filósofos de los que he oído hablar son hombres. Creo que los hombres viven en su propio mundo. A mí me interesa más el mundo de verdad. El mundo de flores v animales y niños que nacen y crecen. Esos filósofos tuyos hablan constantemente del «ser humano» y ahora me hablas otra vez de un tratado sobre la «naturaleza humana». Pero tengo la sensación de que ese «ser humano» es un hombre de mediana edad. Al fin y al cabo, la vida empieza con el embarazo y el parto. Me parece que ha habido demasiado pocos pañales v llanto de niños hasta ahora. Quizás también haya habido demasiado poco amor y amistad. –Evidentemente tienes toda la razón. Pero quizás precisamente Hume fuera un filósofo que pensaba de otra manera. Él, más que ningún otro, parte del mundo cotidiano. Creo además que Hume tiene fuertes sentimientos sobre cómo los niños perciben el mundo. –Haré un esfuerzo para escuchar –Como empirista, Hume consideró una obligación el ordenar todos los conceptos y pensamientos confusos que habían inventado todos aquellos hombres. Se hablaba y se escribía con palabras muy viejas y anticuadas, procedentes de la Edad Media. Y de los filósofos racionalistas del siglo XVII. Hume desea volver a la percepción inmediata del mundo de los hombres. Ningún filósofo podrá jamás llevarnos detrás de las experiencias cotidianas o damos reglas de conducta distintas a las que elaboremos meditando sobre la vida cotidiana», decía él. La conciencia ha utilizado tijeras y pegamento y de esa manera ha construido

«ideas» y conceptos falsos. –Entiendo. Ahora comprendo que esto pueda ser im-

portante. –Bien. Por tanto, Hume quiere investigar cada concepto con el fin de averiguar si está compuesto de una manera que no encontramos en la realidad. Él pregunta: ¿de qué impresión tiene este concepto? Ante todo tiene que encontrar cuáles son las «ideas simples» de las que consta un concepto compuesto. Dispone, así, de un método crítico para analizar las ideas o conceptos de los hombres. De este modo quiere ordenar nuestros pensamientos y conceptos. –¿Tienes algunos ejemplos? –En la época de Hume había mucha gente con ideas muy claras sobre el «Cielo» o «la Nueva Jerusalén». A lo mejor recuerdas que Descartes había señalado que «ideas claras y nítidas» en sí podían ser una garantía de que correspondiesen a algo que realmente existía. –Como ya te he dicho antes, no suelo olvidarme de las cosas. –Nos damos cuenta de que «Cielo» es una idea tremendamente compuesta. Mencionemos algunos elementos. En el Cielo hay un «portal de perlas», hay «calles de oro», «ángeles» a montones, etc., etc. Pero aún no hemos descompuesto todo en sus distintos componentes. Porque también «portal de perlas», «calles de oro» y «ángeles» son conceptos compuestos. Cuando finalmente podamos constatar que nuestra idea de Cielo consta de ideas simples como «perla», «portal», «calle», «oro», «figura vestida de blanco» y «alas», podremos preguntarnos si realmente hemos tenido las correspondientes «impresiones simples». –Las hemos tenido. Pero mediante las tijeras y el pegamento hemos hecho de todas las «impresiones simples» una soñada

Berkeley

Alberto se levantó y se dirigió a la ventana que daba a la ciudad. Sofía se puso a su lado. Estando así, un pequeño avión de hélices irrumpió en el aire, volando bajo sobre los tejados. De la avioneta colgaba una cinta en la que ponía:

«¡FELICIDADES, HILDE!, EN TU DECIMOQUINTO CUMPLEAÑOS». –Qué

pesado –fue el comentario de Alberto. Desde las colinas en el sur bajaban nubes oscuras sobre la ciudad. La avioneta desapareció en una de las nubes. Berkeley opinaba que las cosas en el mundo son precisamente como las sentimos, pero que no son «cosas». – Explícame eso, por favor. –Recordarás que Locke había señalado que no podemos pronunciarnos sobre las «cualidades secundarias» de las cosas. No podemos decir que una manzana es verde o está ácida. Son impresiones de nuestros sentidos. Pero Locke también había dicho que las «cualidades primarias», tales como firmeza, peso, solidez, pertenecen realmente al mundo exterior, lo cual quiere decir que la realidad exterior tiene una «sustancia» física. –Sigo teniendo buena memoria. Creo recordar además que Locke señalaba una importante distinción. Berkeley piensa evidentemente en Dios. Dijo que «incluso podemos afirmar que la existencia de Dios se percibe mucho más nítidamente que la existencia de los hombres». –¿Ni siquiera es seguro que nosotros existamos? –

Bueno. Todo lo que vemos y sentimos es una «consecuencia de la fuerza de Dios» dijo Berkeley, Porque Dios está «íntimamente presente en nuestra conciencia y suscita en ella toda esa multitud de ideas y sensaciones a las que estamos constantemente expuestos» Toda la naturaleza que nos rodea y toda nuestra existencia reposan por lo tanto en Dios. Él es la única causa de todo lo que hay – Estoy más bien asombrada. –«Ser o no ser» no es, pues, toda la cuestión. Otra cuestión es qué somos. ¿Somos personas reales? ¿Nuestro mundo está compuesto por cosas verdaderas, o estamos rodeados de conciencia? Una vez más Sofía empezó a morderse las uñas. Alberto prosiguió. –Berkeley no sólo duda de la realidad material. También duda de que el «tiempo» y el «espacio» tengan una existencia absoluta o independiente. También nuestra vivencia del tiempo y del espacio puede ser algo que sólo se encuentre en nuestra conciencia Una semana o dos para nosotros no tiene por qué ser una semana o dos para Dios. Sofía bajó corriendo la escalera y salió a la calle. No había nadie. De repente comenzó a llover a cántaros. Un par de coches pasaron por el asfalto mojado, pero Sofía no veía ningún autobús. Cruzó la Plaza Mayor corriendo. En su cabeza sólo había un pensamiento. Mañana es mi cumpleaños, pensó. ¿No resultaba demasiado penoso tener que reconocer que la vida es un sueño justo el día antes de cumplir quince años? Era como soñar que te tocaban diez millones en la lotería y de repente, justo antes del gran sorteo, darte cuenta de que todo había sido un sueño. Sofía cruzó corriendo el campo de deportes mojado. De repente se dio cuenta de que una persona venía corriendo hacia ella. Era su madre. Los rayos reventaron el cielo repetidamente.

Bjerkely

Hilde Møller Knag se despertó en la buhardilla de la vieja villa en las afueras de la pequeña ciudad de Lillesand. Miró el reloj. Sólo eran las seis, y sin embargo era totalmente de día. Una ancha franja de sol matutino cubría casi toda la pared. Salió de la cama y se acercó a la ventana tras haber arrancado una hoja del calendario que había sobre el escritorio. Jueves 14 de junio de 1990. Hizo una bolita con la hoja y la tiró a la papelera. Viernes 15 de junio de 1990, ponía ya muy claramente en el calendario. Ya en enero había escrito «QUINCE AÑOS» en esta hoja. Le pareció especialmente significativo cumplir quince años el día quince ¡Eso no volvería a sucederle nunca! ¡Quince años! ¿No sería ése el primer día de su vida de «adulta»? No podía volverse a la cama como si nada. Además, era el último día de colegio antes de las vacaciones. Hoy sólo tenían que ir a la iglesia a la una. Y había algo más: dentro de una semana volvería papá del Líbano. Había prometido estar en casa para San Juan. Hilde se colocó junto a la ventana y miró el jardín y el muelle y la pequeña caseta donde se guardaba la barca. Aún no habían sacado la

barca de motor, pero el viejo bote estaba amarrado en el muelle. Tenía que acordarse de achicar el agua después de la fuerte lluvia de anoche. Mirando la pequeña bahía se acordó de pronto de que una vez, cuando tenía seis o siete años, se metió en el bote y se fue remando sola hacia el mar. Luego se cayó al agua y a duras penas pudo llegar a la playa. Calada hasta los huesos subió por los matorrales. Cuando por fin estuvo en el jardín, delante de la casa, su madre llegó corriendo. El bote y los dos remos se habían quedado flotando en el agua. Todavía soñaba de vez en cuando con el bote abandonado flotando allí fuera solo. Había sido una experiencia humillante. Fijardín no era especialmente frondoso, ni estaba especialmente bien cuidado, pero era grande y era de Hilde. Un manzano doblado por el viento y unos pocos frambuesos que casi no tenían frutos habían sobrevivido a duras penas a los fuertes temporales del invierno. Entre matorrales y piedras estaba el viejo balancín en el pequeño trozo de césped. Tenía un aspecto un poco triste, tan solo en la fuerte luz de la mañana. Parecía aún más triste porque habían recogido los cojines. Habría sido mamá anoche, para ponerlos a salvo de la tormenta. Todo el gran jardín estaba rodeado de abedules. Así, quedaba al menos protegido de los fuertes golpes de viento. Estos abedules fueron los que dieron el nombre de «Bjerkely» a la finca hacía más de cien años. El bisabuelo de Hilde había construido la casa justo antes del cambio de siglo. Fue capitán en uno de los últimos grandes veleros. Todavía hoy había mucha gente que conocía la casa como

«Villa del Capitán». Esa mañana en el jardín había huellas de la fortísima lluvia de la noche anterior. Hilde se había despertado varias veces por los truenos. Ahora no se veía ni una sola nube. Todo parecía muy fresco tras esos chaparrones de verano. Las últimas semanas habían sido secas y calurosas, los abedules tenían ya un feo tono amarillo en la capa exterior de las hojas. Ahora era como si el mundo estuviera recién lavado. Hilde tenía además la sensación de que toda su infancia había desaparecido con la tormenta de la noche anterior. «Claro que duele cuando brota...» ¿Era una poetisa sueca 1a que había dicho algo así? ¿O quizás finlandesa? Hilde se puso delante del gran espejo de latón que colgaba encima de la vieja cómoda que perteneció a su abuela. ¿Era guapa? Al menos no era muy fea. No era ni guapa ni fea. Tenía el pelo rubio y largo. A Hilde le hubiera gustado tener un pelo un poco más rubio o un poco más oscuro. Así, ni lo uno ni lo otro, resultaba un poco soso. En la parte positiva anotó sus rizos. Muchas de sus amigas se rizaban el pelo, pero los rizos de Hilde eran naturales. Anotó también en la parte positiva los ojos verdes, muy verdes, por cierto. «Son verdadera-mente verdes», solían decir sus tíos y tías mirándola fijamente. Hilde se preguntó si esa imagen que estaba estudiando era el reflejo de una chica o de una mujer joven. Llegó a la conclusión de que no era ni lo uno ni lo otro. Su cuerpo tenía algo de mujer pero su cara parecía una manzana sin madurar. Este viejo espejo tenía algo que a Hilde siempre le hacía pensar en su padre. Antes había estado colgado abajo en el estudio. El estudio era la biblioteca, lugar de retiro y cuarto de poeta de su padre, situado encima de la

caseta de la barca. Albert, como le llamaba Hilde cuando él estaba en casa, siempre había soñado con escribir algo grande. Una vez había intentado escribir una novela, pero todo quedó en el intento. De vez en cuando publicaba algún poema o esbozo sobre la costa en el periódico local. A Hilde le enorgullecía casi tanto como a él ver el nombre de su padre impreso: ALBERT KNAG. Al menos en Lillesand era un nombre que tenía cierta resonancia. También el bisabuelo se había llamado Albert. Hilde tuvo que pararse a pensar ¿No había perdido también la cruz de oro? Se fue a la cómoda y buscó el joyero. La cruz de oro que le había regalado su abuela por su bautizo había desaparecido. Entonces también había perdido la cruz. ¡Vaya!

¿Pero cómo podía saberlo su padre si ni ella misma lo sabía? Y aún había algo más: al parecer, Sofía había soñado que el padre de Hilde volvía del Líbano. Pero todavía faltaba una semana. ¿Sería el sueño de Sofía una profecía? ¿Querría decir su padre que cuando él volviera también Sofía, de alguna manera, estaría allí? Había escrito algo sobre que Hilde iba a tener una nueva amiga. En una visión inmensamente clara pero también tremendamente breve, Hilde se sintió convencida de que Sofía era algo más que papel y tinta de imprenta. Existía.

La Ilustración

Hilde había empezado a leer el capítulo sobre el Renacimiento cuando de pronto oyó la puerta de abajo. Miró el reloj. Eran las cuatro. La madre subió la escalera corriendo y abrió la puerta. –¿No has estado en la iglesia? –Sí, sí. –Pero... ¿con qué ropa? –Con la que llevo ahora. –¿En camión? –Mmm... he estado en la Iglesia de María. –¿La Iglesia de María? – Es una vieja iglesia de la Edad Media. –¡Hilde! Dejó la carpeta y miró a su madre. –Me olvidé de la hora, mamá. Lo siento, pero estoy leyendo algo apasionante, ¿sabes?. La madre no pudo sino sonreír; –Es un libro mágico, –añadió Hilde. –Bueno, bueno. Y una vez más: felicidades, Hilde. –

¡No sé si soporto ya más felicitaciones! –Pero yo no... Bueno, me voy a acostar un rato, y luego haré una cena estupenda. He comprado fresones. –Yo seguiré leyendo. La madre desapareció y Hilde siguió leyendo. Querida Hilde. Sofía está llegando a casa del Profesor de filosofía. Ella pronto cumplirá quince años, pero tú ya los cumpliste ayer ¿O es hoy, Hildecita? Si es hoy será muy adentrado el día... Hilde leyó cómo Alberto explicaba a Sofía el Renacimiento y la nueva ciencia, los racionalistas del siglo XVII y el empirismo británico. Reaccionó varias veces al encontrarse con nuevas postales y felicitaciones que su padre había pegado a las narraciones. Había conseguido que esos comunicados se cayesen de cuadernos, apareciesen en el interior de un plátano y se metieran dentro de un ordenador. Sin costarle el más mínimo esfuerzo conseguía que Alberto tuviera lapsus al hablar y llamara Hilde a Sofía. Hilde estaba de acuerdo con Alberto en que se estaba pasando al compararse a sí mismo con Dios y con la providencia divina. ¿Pero con

quién estaba realmente de acuerdo en ese caso? ¿No era su padre el que había puesto esas palabras de re-proche, o de reproche hacia él mismo, en boca de Alberto? Llegó a pensar que la comparación con Dios no era tan mala a pesar de todo. Su padre era más o menos un dios omnipotente para el mundo de Sofía. Sofía se restregó los ojos para despertarse. intentó acordarse de todo lo que había pasado el día anterior. Pero todo eran simplemente piezas sueltas de un rompecabe-zas. Una de las piezas era Alberto, otras eran Hilde y el mayor. Una era Berkeley, otra era Bjerkely. La pieza más negra era la tremenda tormenta. Casi le había dado una es-pecie de ataque de nervios. Su madre le había dado un ma-saje y la había metido en la cama con una taza de leche ca-liente con miel. Se había dormido instantáneamente. Creo que estoy viva balbució. –Claro que estás viva. Y hoy cumples quince años. –¿Estás completamente segura? –Completamente segura. ¿No iba a saber una madre el día en que nació su única hija? El 13 de junio de 1975..., a la una y media, Sofía. Fue el momento más feliz de mi vida. ¿Estás segura de que no es todo un sueño? –Pero al menos es un buen sueño despertarse con panecillos y Fanta y regalos de cumpleaños. Dejó la bandeja con los regalos sobre una silla y salió un momento de la habitación. Cuando volvió trajo otra bandeja esta vez con panecillos y Fanta. La puso en el ex-tremo de la cama de Sofía y fue como todos los cumpleaños. Desarrollaron los paquetes mientras recordaban tiempos pasados, hasta el parto hacía quince años. Su madre le regaló una raqueta de tenis. Nunca había jugado al tenis, pero había una pista al aire libre muy cerca de su casa. Su padre le había en-viado un minitevisor con radio incorporada. La pantalla no era mayor que una fotografía normal. Y había otras co-sas de tías y de amigos de la familia. Al poco rato de marcharse la madre, sonó el teléfono. –Sofía Amundsen. –Soy Alberto. –Ah... –El mayor estuvo derrochando dinamita ayer. –No entiendo lo que quieres decir. –Los truenos, Sofía. –No sé qué pensar. –Esa es la mayor virtud del filósofo. Estoy orgulloso de cuánto has aprendido en tan poco tiempo. –Tengo miedo de que nada sea real –Se llama angustia existencial y suele ser simple-mente una transición a un nuevo conocimiento. –Creo que necesito una pausa en el curso. –¿Hay muchas ranas en tu jardín estos días? Solía tuvo que reírse. Alberto prosiguió. –Creo que deberíamos seguir trabajando. Por cierto, felicidades. Tenemos que acabar completamente el curso antes de San Juan. Es nuestra última esperanza. –¿Nuestra última esperanza de qué? – ¿Estás cómodamente sentada? Vamos a necesitar un poco de tiempo, ¿sabes? –Estoy cómoda. –¿Te acuerdas de Descartes? –«Pienso, luego existo.» –Por el momento estamos completamente vacíos en nuestra duda metódica. Quizás resulte que somos pensa-miento, y eso es algo muy distinto a pensar uno mismo. Tenemos buenas razones para creer que pertenecemos a la imaginación del padre de Hilde y de ese modo constitui-mos una especie de entretenimiento en el cumpleaños de la hija del mayor en Lillesand. ¿Me sigues? –Sí... –Pero en esto también va incorporada una contra-dicción. Si somos fruto de la imaginación de alguien, no

tenemos derecho a «creer» nada en absoluto. En ese caso, toda esta conversación telefónica es pura imaginación. –Y entonces no tenemos libre albedrío. Es el mayor el que planifica todo lo que decimos y hacemos. De modo que simplemente podemos colgar. –No, ahora estás simplificando demasiado. –¡ Explícate! –¿Dirías que una persona planifica todo aquello con lo que sueña? Puede que el padre de Hilde esté al tanto de todo lo que hacemos, y que intentar escapar de su omnis- ciencia resulte tan difícil como intentar escapar de la propia sombra. Pero puede ser, y por eso he empezado a elaborar un plan, que el mayor no haya decidido de antemano lo que va a pasar. Puede ser que no lo decida hasta el mismo momento, es decir, hasta el momento de la creación. Puede que justo en ese momento tengamos iniciativa propia para dirigir nuestros hechos y nuestros movimientos. Una inicia-tiva así estará compuesta de impulsos tremendamente débi-les comparados con los del mayor. Poca resistencia podre-mos poner contra fuertes situaciones exteriores tales como perros que hablan, aviones de hélice con cintas de felicita- ción, recados en plátanos y truenos encargados de ante-mano. Pero no debemos excluir que tengamos una pequeñísima y débil voluntad propia. Hilde puso la carpeta de anillas sobre las rodillas. Con eso ultimo su padre lograba que le remordiera un poco la con-ciencia por haber hecho novillos el último día del colegio.

¡El granuja! Se quedó un instante meditando en qué clase de plan podía tramar Alberto. Se sintió tentada a mirar la última hoja de la carpeta, pero no, eso sería hacer trampa. Más valía darse prisa y seguir leyendo. No obstante, estaba convencida de que Alberto si tenía razón en un punto. Una cosa era que el padre tuviera una espe- cie de control sobre lo que les sucedía a Sofía y Alberto. Pero seguro que no sabía lo que les iba a suceder mientras estaba escribiendo. A lo mejor escribía alguna cosa a toda prisa, algo que no descubriría hasta mucho más tarde. Precisamente en este espacio estaba la relativa libertad de Sofía y Alberto. De nuevo Hilde tuvo la sensación de que Sofía y Alberto eran personas reales. Aunque el mar esté en calma total, no sig- nifica que no esté sucediendo algo en la profundidad, pensó. ¿Pero por qué lo pensó? Por lo menos no era un pensamiento que se movía en la superficie. En el colegio todo el mundo felicitó a Sofía. En cuanto hubo escuchado los últimos “feliz verano» del profesor, Sofía se fue corriendo a casa. Jorunn intentó retenerla, pero Sofía le dijo que tenía cosas que hacer. En el buzón encontró dos postales del Líbano. En am-bas postales ponía «HAPPY BIRTHDAY – 15 YEARS». Eran de esas tarjetas que se compran para los cumpleaños. Una de las dos iba dirigida a «Hilde Møller Knag c/o Sofía Amundsen...”. Pero la otra tarjeta era para la propia So-fía. Ambas llevaban el matasellos del Batallón de las Nacio-nes Unidas del 15 de junio. Sofía leyó primero la tarjeta dirigida a ella: Querida Sofía Amundsen. Hoy también tú te mereces una felicitación. Felicidades, Sofía. Y gracias por todo lo que has hecho por Hilde hasta ahora. Atentamente Mayor Albert Knag. Sofía no sabía muy bien cómo reaccionar al ver que el padre de Hilde le había enviado una postal también a ella. De alguna

manera, le pareció un bonito detalle. La madre de Hilde llamó por la escalera diciendo que la película empezaría en diez minutos y que había metido una pizza en el horno. Hilde se sentía completamente agotada después de todo lo que había leído. Llevaba levantada desde las seis. Decidió emplear el resto de la tarde en celebrar su cumpleaños en compañía de su madre. Pero antes tenía que mirar algo en la enciclopedia. Gouges... no. ¿De Gouges? Otra vez negativo. ¿Olympe de Gouges? Tampoco. Su enciclopedia no traía ni una palabra de una mujer que había sido ejecutada por su lucha a favor de las mujeres. Era escandaloso. ¿Porque no podía ser un personaje inventado por papá? Hilde bajó al salón a mirar en una enciclopedia más grande. –Sólo voy a consultar una cosa –dijo a su madre, que la miraba asombrada. Se llevó a su habitación el tomo que iba de FORV a GP Gouges... ¡Sí ahí estaba! Gouges, Marie Olympe de (1748-1793), escritora francesa. durante la Revolución Francesa fue conocida por numerosos folletos sobre cuestiones sociales y una serie de obras de teatro. Fue una de las pocas personas que durante la Revolución trabajó por que los derechos humanos rigieran también para las mujeres. Publicó en 1791 La declaración de los derechos de la mujer. Fue ejecutada en 1793 por haberse atrevido a defender a Luis XVI y atacar a Robespierre.

Kant

Albert Knag llamó por teléfono a casa para felicitar a Hilde en su decimoquinto cumpleaños. La madre cogió el teléfono, –Es para ti, Hilde. –Soy papá. –Estás loco. Son casi las doce. –Sólo quería felicitarte. –Me has estado felicitando todo el día. –

... pero quería esperar para llamar a que hubiese acabado el día. –¿Por qué? – ¿No has recibido el regalo? –Ah, sí. ¡Muchísimas gracias! –No me tortures. ¿Qué te ha parecido? – Impresionante. Casi no he comido en todo el día. –Tienes que comer. – Sí, pero es tan emocionante,.. –¿Hasta dónde has llegado? Me lo tienes que decir, Hilde. – Entraron en la Cabaña del Mayor porque tú empezaste a incordiarles con aquel monstruo marino. –La Ilustración. –Y Olympe de Gouges. –Entonces no me he equivocado mucho después de todo. –¿Cómo «equivocado»? Creo que sólo queda ya una felicitación. Pero ésa, en cambio tiene música. Leeré un poco en la cama antes de dormirme. –¿Entiendes algo? –He aprendido más hoy que... que en toda mi vida. Es increíble que ni siquiera hayan pasado veinticuatro horas desde que Sofía volvió del colegio y encontró el primer sobre. –Pues sí. es curioso lo poco que hace falta. –Pero ella me da un poco de pena. –¿Quién? ¿Mamá? –No, Sofía claro. –Ah... –Está completamente desconcertada, la pobrecita. –Pero ella sólo es... quiero decir... – Quieres decir que simplemente es alguien inventado por tú. –Algo así, sí. –Yo creo que Sofía y Alberto existen. –Hablaemos más cuando llegue a casa. –Vale. – Que tengas un buen día. –¿Qué has dicho? –Quiero decir, buenas

noches. –Buenas noches. Cuando Hilde se acostó media hora más tarde, aún había tanta luz fuera que podía ver el jardín y la bahía. En esta época del año, apenas se hacía de noche. Se imaginó que estaba dentro de un cuadro colgado en una pared de una pequeña cabaña del bosque. ¿Era posible asomarse desde ese cuadro y mirar lo que había fuera? Antes de dormirse siguió leyendo en la carpeta grande de anillas. Sofía volvió a dejar la carta del padre de Hilde sobre la repisa de la chimenea. –Lo de las Naciones Unidas puede ser muy importante –dijo Alberto–, pero no me gusta que se meta en mis explicaciones. – No te lo tomes muy a pecho.

–A partir de ahora ignoraré pequeños fenómenos como monstruos marinos y cosas así. Vamos a sentarnos aquí delante de la ventana. Te hablaré de Kant. Sofía descubrió un par de gafas sobre una pequeña mesa entre dos sillones. También se dio cuenta de que las dos lentes eran rojas. ¿Eran una especie de gafas de sol? – Son casi las dos–dijo–. Tengo que estar en casa antes de las cinco. Mamá seguramente tiene planes para el cumpleaños. –Entonces tenemos tres horas. – Empieza. –Immanuel Kant nació en 1724 en la ciudad de Königsberg, al este de Prusia. Era hijo de un guarnicionero. Vivió casi toda su vida en su ciudad natal, donde murió a los 80 años. Venía de un hogar severamente cristiano. Muy importante para toda su filosofía fue también su propia religiosidad. Para él, como para Berkeley, era importante salvar la base de la fe cristiana. –De Berkeley ya he oído bastante, gracias. –De todos los filósofos de los que hemos hablado hasta ahora, Kant fue el primero que trabajó en una universidad en calidad de profesor de filosofía. Es lo que se suele llamar un «filósofo profesional». –¿Filósofo profesional? –La palabra «filósofo» se emplea hoy en día con dos significados algo distintos. Por «filósofo» se entiende ante todo una persona que intenta buscar sus propias respuestas a las preguntas filosóficas. Pero un «filósofo» también puede ser un experto en filosofía, sin que él o ella haya elaborado necesariamente una filosofía propia. ¿Y Kant fue un filósofo profesional? Era ambas cosas. Si solamente hubiera sido un buen profesor, es decir, un experto en los pensamientos de otros filósofos no habría llegado a ocupar un lugar en la historia de la filosofía. Pero también es importante tener en cuenta que Kant tenía profundos conocimientos de la tradición filosófica anterior a él. Conocía a racionalistas como Descartes y Spinoza, y a empiristas como Locke, Berkeley y Hume. –Te dije que no me volvieras a mencionar a Berkeley. –Recordemos que los racionalistas pensaban que la base de todo conocimiento humano está en la conciencia del hombre. Y recordemos también que según los empiristas todo el conocimiento del mundo viene de las percepciones. Además Hume señaló que existen unos límites muy claros para las conclusiones que podemos sacar de nuestras sensaciones. –¿Con quién de ellos estaba de acuerdo Kant? Opinaba que ambos tenían algo de razón, pero también opinaba que los dos se equivocaban en algo. Lo que les ocupaba a todos era: ¿qué podemos saber del mundo? Esta pregunta filosófica era común en todos los filósofos posteriores a Descartes. Se mencionaron dos posibilidades: ¿el mundo es

exactamente como lo percibimos? ¿O 72 es como se presenta a nuestra razón? –

¿Y qué opinaba Kant? –Kant opinaba que tanto la percepción como la razón juegan un importante papel cuando percibimos el mundo. Pero pensaba que los racionalistas exageraban en lo que puede aportar la razón, y pensaba que los empiristas habían hecho demasiado hincapié en la percepción. –Si no me pones pronto un buen ejemplo, todo queda en simple palabrería. –En principio Kant está de acuerdo con Hume y empiristas en que todos nuestros conocimientos sobre el mundo provienen de las percepciones. Pero, y en este punto les da la mano a los racionalistas, también hay en nuestra razón importantes condiciones de cómo captamos el mundo a nuestro alrededor. Hay ciertas condiciones en la mente del ser humano que contribuyen a determinar nuestro concepto del mundo. – ¿Eso ha sido un ejemplo? –Hagamos mejor un pequeño ejercicio. Coge esas gafas que están en la mesa. Muy bien. ¡Y ahora pónelas! Sofía se puso las gafas. Todo se coloreó de rojo a su alrededor. Los colores claros se volvieron color rosa, y los colores oscuros se volvieron rojo oscuro. –¿Qué ves? –Veó exactamente lo mismo que antes, sólo que todo está rojo. –Eso es porque las lentes ponen un claro límite a cómo puedes percibir la realidad. Todo lo que ves proviene del mundo de fuera de ti, pero el cómo lo ves también está relacionado con las lentes, ya que no puedes decir que el mundo sea rojo aunque tú lo percibas así. –Claro que no... –Si ahora te dieras un paseo por el bosque, o si te fueras a casa, verías todo de la misma manera que lo has visto siempre. Sólo que todo lo que verías estaría rojo. –Mientras no me quite las gafas. –Así, Sofía, exactamente así, opinaba Kant que hay determinadas disposiciones en nuestra razón, y que estas disposiciones marcan todas nuestras percepciones. –¿De qué clase de disposiciones se trata? Todo lo que vemos lo percibiremos ante todo como un fenómeno en el tiempo y en el espacio. Kant llama al Tiempo y al Espacio «las dos formas» de sensibilidad del hombre. y subraya que estas dos formas de nuestra conciencia son anteriores a cualquier experiencia. Esto significa que antes de experimentar algo, sabemos que sea lo que sea, lo captaremos como un fenómeno en el tiempo y en el espacio. Porque no somos capaces de quitarnos las «lentes» de la razón. ¿Quería decir con eso que intuir las cosas en el tiempo y en el espacio es una cualidad innata? –De alguna manera sí. Lo que vemos depende además de si nos criamos en Groenlandia o en la India. Pero en todas partes experimentamos el mundo como procesos en el tiempo y en el espacio. Es algo que podemos decir de antemano. –¿Pero no son el tiempo y el espacio algo que está fuera de nosotros? –No, la idea de Kant es que el tiempo y el espacio pertenecen a la constitución humana. El tiempo y el espacio son ante todo cualidades de nuestra razón y no cualidades del mundo. –Ésta es una nueva manera de verlo. – Quiere decir que la conciencia del ser humano no es una «pizarra» pasiva que sólo recibe las sensaciones desde fuera. Es un ente que moldea activamente. Nunca podremos saber del todo cómo son las cosas «en sí». Sólo podemos saber cómo las cosas aparecen ante nosotros. En cambio antes de

cada experiencia podemos decir algo sobre cómo las cosas son percibidas por la razón de los hombres. –¿Podemos? –Antes de salir por la mañana no puedes saber nada de lo que vas a ver o percibir durante el día. Pero puedes saber que aquello que veas y experimentes lo percibirás como un suceso en el tiempo y en el espacio. Además, puedes estar segura de que la ley causal rige simplemente porque la llevas encima, como una parte de tu conciencia.

El Romanticismo

Hilde dejó caer la carpeta grande de anillas. Primero sobre sus rodillas y luego al suelo. Ya había más luz en la habitación que cuando se acostó. Miró el reloj. Eran casi las tres. Se dio la vuelta en la cama para dormir. En el momento de dormirse pensó en por qué su padre había escrito sobre Caperucita Roja y Winnie Pooh... Durmió hasta las once del día siguiente. Le parecía que había estado soñando intensamente toda la noche, pero era incapaz de acordarse de lo que había soñado. Tenía la sensación de haber estado en una realidad completamente diferente. Bajó a la cocina y se hizo el desayuno. Su madre se había puesto el mono azul. Iba a bajar a la caseta a arreglar el barco un poco. Aunque no le diera tiempo de llevarlo al agua, al menos debería estar listo para cuando el padre de Hilde volviera del Líbano. –¿Bajas a echarme una mano? –Primero tengo que leer un poco más. Luego puedo bajar té y bocadillos, si quieres. Después de desayunar, Hilde volvió a subir a su habitación, hizo su cama y se puso cómoda con la carpeta de anillas sobre las rodillas. Sofía se metió por el seto y de nuevo se encontró en ese gran jardín que una vez había comparado con el jardín del Edén... Ahora se dio cuenta de que había hojas y ramas sueltas por todas partes tras la tormenta de la noche anterior. Tenía la sensación de que existía una relación entre la tormenta y las ramas sueltas, por un lado, y el encuentro con Caperucita Roja y Winnie Pooh por el otro. Se fue al balancín y lo limpió de agujas de pino y ramas. Menos mal que tenía cojines de plástico, porque así no hacía falta meterlos en casa cada vez que caía un chaparrón. Entró en casa. Su madre acababa de volver, y estaba metiendo algunas botellas en la nevera. Sobre la mesa de la cocina había dos tartas. –¿Van a venir invitados? –preguntó Sofía. Casi se había olvidado de que era su cumpleaños. –Haremos la gran fiesta en el jardín el sábado, pero me pareció que deberíamos celebrarlo hoy también. ¿Qué? –He invitado a Jorunn y a sus padres. Sofía se encogió de hombros. –Como quieras. Los invitados llegaron un poco antes de la siete y media. El ambiente estaba tenso, porque la madre de Sofía no conocía muy bien a los padres de Jorunn. Sofía y Jorunn subieron a la habitación de Sofía a redactar la invitación para la fiesta del jardín. Ya que también iban a invitar a Alberto Knox, a Sofía se le ocurrió que podían llamarla «Fiesta filosófica en el jardín». Jorunn no protestó, pues la fiesta era de Sofía, y últimamente se habían

puesto muy de moda las llamadas «fiestas temáticas». Por fin acabaron de redactar la invitación. Habían tardado dos horas y estaban muertas de risa. Querido Te invitamos a una fiesta filosófica en el jardín del Camino del Trébol 3, el sábado 23 de junio (San Juan) a las 19. 00 horas. En el transcurso de la fiesta, esperamos poder solucionar el misterio de la vida. Tráete una chaqueta de lana y buenas ideas que puedan contribuir a una pronta solución de los enigmas de la filosofía.

Hegel

Hilde dejó caer con un chasquido la carpeta al suelo, y se quedó tumbada en la cama mirando al techo, donde había algo que daba vueltas. Papá sí que había conseguido marearla. ¡El granuja! ¿Cómo podía hacer algo Sofía había intentado hablarle directamente a ella. Le pedía que se rebelara contra su padre. Y de hecho había conseguido sembrar en ella una idea. Alberto y Sofía se habían sentado cada uno en su sillón delante de la ventana que daba al pequeño lago. –Georg Wilhelm Friedrich Hegel fue un verdadero hijo del Romanticismo –comenzó Alberto–. Casi se puede decir que siguió el espíritu alemán conforme éste se iba desarrollando en Alemania. Nació en Stuttgart en 1770 y comenzó a estudiar teología en Tubinga a los 18 años. A partir de 1799 colaboró con Schelling en Jena, justo cuando el movimiento romántico se encontraba en su florecimiento más explosivo. Después de ser profesor en Jena fue nombrado catedrático en Heidelberg, que era el centro del Romanticismo nacional alemán. Fue nombrado catedrático en Berlín en 1818, precisamente en la época en la que esta ciudad estaba a punto de convertirse en un centro espiritual de Alemania. Murió de cólera en el mes de noviembre de 1831, pero para entonces el “hegelianismo» ya contaba con una gran adhesión en casi todas las universidades de Alemania. –De modo que llegó a vivirlo casi todo. Hegel se refiere a la suma de todas las manifestaciones humanas. Porque sólo el ser humano tiene “espíritu». Con este significado, habla del curso del espíritu universal a través de la Historia. Pero no debemos olvidar que nos está hablando de las vidas de los seres humanos, de las ideas de los seres humanos y de la cultura de los seres humanos. –Y entonces este espíritu se vuelve inmediatamente un poco menos fantasmal. No está ya al acecho como una «inteligencia adormecida» en piedras y árboles. –Recordarás que Kant habló de algo que él llamaba «la cosa en sí». Aunque rechazara que los hombres pudieran tener algún conocimiento claro del secreto más íntimo de la naturaleza, señaló que existe una especie de «verdad» inalcanzable. Hegel dijo que «la verdad es subjetiva», con lo que rechazó la existencia de una «verdad» por encima o fuera de la razón humana. Exactamente. El punto de vista de Empédocles, tal como se presenta, entre los dos puntos de vista opuestos, fue llamado por Hegel negación de la negación. ¡Qué palabras! –A las tres fases del conocimiento las llamó «tesis», «antítesis» y «síntesis». Podemos

decir por ejemplo que el racionalismo de Descartes era una tesis, que fue contradicha por la antítesis empírica de Hume. Ahora bien, este antagonismo, la misma tensión entre las dos maneras de pensar, se elevó en la síntesis de Kant. Kant daba la razón en algunas cosas a los racionalistas y en otras a los empiristas. También mostró que los dos grupos se habían equivocado en puntos importantes. Pero la Historia no acaba con Kant. Ahora la «síntesis» de Kant constituiría el punto de partida de una nueva cadena de reflexiones llevada en tres direcciones, o una tríada. Pues también la «síntesis» es recibida por una nueva «antítesis».

Kierkegaard

Hilde miró el reloj. Eran más de las cuatro. Puso la carpeta de anillas sobre el escritorio y bajó corriendo a la cocina. Tenía que llevar los bocadillos a la caseta antes de que su madre dejara ya de esperarla. Al salir de la habitación echó un vistazo al espejo de latón. Se apresuró a poner agua a hervir para el té y preparó a toda prisa unos bocadillos. Sí que le gustaría una broma a su padre. Hilde se sentía cada vez más cómplice de Sofía y Alberto. La broma empezaría en Copenhague. Al cabo de un rato bajó a la caseta con una gran bandeja. –Aquí llegan los bocadillos

–dijo. Su madre tenía una lija en una mano, y con la otra se apartó el pelo de la frente, que estaba lleno de arena. –Bueno, entonces nos saltamos la comida. Se sentaron en el borde del muelle para comer. –¿Cuándo llega papá? –preguntó Hilde al cabo de un rato. –El sábado. Ya lo sabías, ¿no? –¿Pero a qué hora? ¿No dijiste que iría vía Copenhague? –Sí... llegaré a Copenhague sobre las cinco. El avión para Kristiansand no sale hasta las ocho y cuarto, creo, y aterriza aquí sobre las nueve y media. –Entonces pasará unas horas en el aeropuerto de Copenhague... –

¿Porqué? –Por nada... sólo me preguntaba por dónde vendría. Comieron. Tras lo que le pareció una prudente pausa, Hilde dijo: –¿Has tenido noticias de Mine y Ole últimamente? –Bueno, llaman de vez en cuando. En julio vendrán de vacaciones algunos días. –¿Antes no? –No. no creo. –¿Entonces estarán en Copenhague esta semana? –¿De qué se trata, Hilde? –De nada. De algo tenemos que hablar, ¿no?

–Has mencionado Copenhague dos veces. –¿Ah sí? –Hemos dicho que papá hace escala... –Seguramente por eso pensé de repente en Anne y Ole. Hilde volvió a poner los platos y las tazas en la bandeja. –Tengo que seguir leyendo, mamá. – Supongo que sí... ¿Había un tono de reproche en esa respuesta? Habían estado hablando de arreglar la barca juntas antes de que volviera papá. –Papá medio me ha hecho prometer que habría acabado de leer el libro para cuando él volviera. – Eso me parece un poco exagerado. Una cosa es que esté lejos, pero no tendría por qué organizar y dirigir las cosas aquí en casa también. – Deberías saber hasta qué extremos dirige –dijo Wilde misteriosamente. Y no te puedes imaginar cómo disfruta haciéndolo. Subió de nuevo a su habitación y siguió leyendo. De repente Sofía oyó

que alguien llamaba a la puerta. Alberto le lanzó una severa mirada. –No nos dejemos interrumpir. Volvieron a sonar los golpes en la puerta. –Te hablaré de un filósofo danés al que había escandalizado mucho la filosofía de Hegel –dijo Alberto. De pronto llamaron con tanta fuerza que la puerta tembló, –Seguro que es el mayor, que ha enviado a algún personaje fantástico para ver si nos dejamos engañar – prosiguió Alberto–. Esas cosas no le cuestan ningún esfuerzo. –Pero si no abrimos para ver quién es, tampoco le costará ningún esfuerzo que tiren la casa.

Marx

Hilde se levantó de la cama y se puso junto a la ventana que daba a la bahía. Había empezado el sábado leyendo sobre el cumpleaños de Sofía. El día anterior había sido su propio cumpleaños. Si su padre había calculado que le iba a dar tiempo a leer hasta el cumpleaños de Sofía, había calculado muy por lo alto. No hizo otra cosa que leer durante todo el día anterior. Pero había tenido razón en que sólo faltaba por llegar una última felicitación. Era cuando Alberto y Sofía habían cantado

«Cum-pleaños feliz». A Hilde le había dado un poco de vergüenza. Hilde pasó el resto de la tarde y noche con su madre. Fueron al cine a Kristiansand, porque tenían que «recuperar» un poco del día anterior, que no había sido un verdadero cumpleaños. Al pasar por la entrada del aeropuerto, Hilde colocó algunas piezas más en el rompecabezas que tenía presente constantemente. Por fin, cuando ya tarde se fue a acostar, pudo seguir leyendo en la gran carpeta de anillas. Eran casi las ocho cuando Sofía se metió por el Callejón. Su madre estaba con las plantas delante de la casa cuando Sofía llegó. ¿De dónde vienes? –Vengo por el seto. –

¿Por el seto? –¿No sabes que hay un sendero al otro lado? –¿Pero dónde has estado, Sofía? Una vez más, no me has avisado de que no vendrías a comer. –Lo siento. Hacía tan bueno. He dado un paseo larguísimo. Su madre se levantó de la maleza y miró fijamente a su hija. –¿No habrás vuelto a ver a ese filósofo? –Pues sí. Ya te dije que le gusta mucho dar paseos. –¿Vendrá a la fiesta? –Sí, le hace mucha ilusión. –A mí también. Estoy contando los días que faltan, Sofía. ¿Había un matiz irónico en la voz? Para asegurarse dijo: –Menos mal que también he invitado a los padres de Jorunn. Si no, hubiera sido un poco violento. Sofía dio de comer a los pájaros y a los peces, buscó una gran hoja de lechuga para Covinda y abrió una lata de comida de gatos para Sherekán. Antes de irse, dejó el plato con la comida del gato en la escalera. Luego se metió por el seto y cogió el sendero al otro lado. Cuando llevaba algún tiempo andando vio de repente un gran escritorio en medio de la maleza. Detrás del escritorio había un señor mayor. Parecía como si estuviera calculando algo. Sofía se le acercó y le preguntó su nombre. El hombre ni siquiera se molestó en levantar la vista. –Scrooge –dijo, y volvió a inclinarse sobre los papeles. – Yo me llamo Sofía. ¿Eres un hombre de negocios? Él asintió con la cabeza.

–E inmensamente rico. No quiero perder ni una corona, por eso tengo que concentrarme en la contabilidad. –¡Qué aburrido! Sofía le dijo adiós con la mano y prosiguió su camino. Pero había avanzado pocos metros cuando vio a una niña que estaba sentada completamente sola debajo de uno de los altos árboles. Iba vestida con harapos y parecía pálida y enfermiza. Sofía dio la moneda a la niña y se quedó parada con la caja de cerillas en la mano. –Eres la primera persona que me ha comprado algo en más de cien años. Algunas veces me muero de hambre, otras me muero congelada. Sofía pensó que no era extraño que no vendiera cerillas ahí en el bosque, pero luego se acordó del rico hombre de negocios al que acababa de ver. No era necesario que esa niña muriera de hambre, cuando ese hombre tenía tanto dinero. –Ven aquí –dijo Sofía. Cogió a la niña de la mano y la llevó hasta el rico hombre de negocios. –Tendrás que procurar que esta niña tenga una vida mejor

–dijo. El hombre, sin levantar apenas la vista de los papeles, contestó: –Eso cuesta dinero, ya te he dicho que no quiero perder ni una sola corona. –La filosofía de Marx tiene por tanto una finalidad práctica y política. También conviene recordar que no sólo era filósofo, sino también historiador, sociólogo y economista. –¿Y fue un pionero en los tres campos? –Al menos no hay ningún otro filósofo que haya tenido tanta importancia para la política práctica. Por otra parte, debemos cuidarnos de identificar todo lo que se llama «marxismo» con el pensamiento del propio Marx. De Marx se dice que se convirtió en marxista a mediados de 1840, pero más tarde también tuvo a veces necesidad de señalar que no era marxista. –¿Jesús era cristiano? –También eso se puede discutir, claro. –Sigue. Desde el principio, su amigo y colega, Friedrich Engels, contribuyó a lo que más tarde se llamaría el «marxismo». En nuestro propio siglo Lenin, Stalin, Mao y muchos otros han hecho sus aportaciones al marxismo o «marxismo-leninismo». Entonces sugiero que nos atengamos al propio Marx. ¿Dijiste que era un «materialista histórico»? No era un

«materialista filosófico», como los atomistas de la Antigüedad y el materialismo mecanicista de los siglos XVII y XVIII, pero pensaba que en gran medida son las condiciones materiales de la sociedad las que deciden cómo pensamos. También para la evolución histórica son decisivas las condiciones materiales. Marx opinaba que las condiciones materiales levantan, en cierto modo, todo lo que hay de pensamientos e ideas en la sociedad. En este sentido la supraestructura de una sociedad es el reflejo de la base de la misma. –¿Quieres decir que la teoría de las ideas de Platón es un reflejo de la producción de vasijas y del cultivo de vino? –No, no es tan sencillo, y Marx lo subraya muy claramente. Hay una influencia recíproca entre la base y la supraestructura de la sociedad. Si hubiera negado esta reciprocidad, habría sido un «materialista mecanicista». Pero Marx reconoce que hay una relación recíproca o «dialéctica» entre la base y la supraestructura, y por eso decimos que es un materialista dialéctico. Por otra parte puedes tomar nota de que Platón no trabajó ni como alfarero ni como viticultor. –Entiendo. ¿Pero vas a decir algo más sobre el templo? –Sí, un poco más. Estudia detenidamente la base del

templo e intenta describirmela. Un filósofo moralista inspirado por el marxismo, John Rawls, intentó decir algo al respecto con el siguiente ejemplo: imagínate que eres miembro de un consejo muy serio que va a elaborar todas las leyes de una futura sociedad. –Me encantaría estar en ese consejo. –Tendrían que evaluar absolutamente todo, pues nada más haber llegado al acuerdo y haber firmado las leyes se morirían. ¡Qué dices! –Pero después volverían a despertarse inmediatamente en esa sociedad para la que elaboraron las leyes. El punto clave es que no tendrían la más leve idea sobre qué lugar ocuparían en la sociedad. – Entiendo. –Una sociedad de ese tipo sería una sociedad justa. Porque habría surgido entre «hombres iguales». –Y mujeres. –Es una condición evidente. No se sabría si se iba a despertar como hombre o como mujer. Como habría el cincuenta por ciento de probabilidad, esto significa que la sociedad sería igual de buena para las mujeres que para los hombres. –Suena fascinante. –Dime, ¿fue Europa una sociedad así en la época de Marx? ¡No! –Entonces a lo mejor puedes señalar una sociedad de ese tipo hoy en día. – Bueno, no se... –Piénsalo un poco. Por ahora no habrá más sobre Marx.

Darwin

El domingo por la mañana, un golpe seco despertó a Hilde. Era la carpeta de anillas, que había caído al suelo. Había estado tumbada en la cama leyendo acerca de Sofía y Alberto, que hablaban de Marx. Luego se había dormido boca arriba con la carpeta en el edredón. La lamparita que tenía sobre la cama había estado encendida toda la noche. El despertador en el escritorio marcaba las 8. 59 con cifras verdes. Había soñado con grandes fábricas y ciudades llenas de humo y hollín. Sentada en una esquina, una niña vendía cerillas. Gente bien vestida, con largos abrigos, simplemente había pasado flotando. Al incorporarse en la cama se acordó de aquellos legisladores que despertarían en una sociedad hecha por ellos mismos. Ella podía estar contenta de vivir en Bjerkely. ¿Se habría atrevido a despertarse en Noruega sin saber en qué parte lo haría? Pero no sólo era cuestión del lugar donde despertaría. También podría haberse despertado en una época completamente distinta. En la Edad Media, por ejemplo, o en una sociedad de la Edad de Piedra de hace diez o veinte mil años. Hilde intentó imaginarse sentada delante de la puerta de una caverna. Tal vez estaría preparando una piel. ¿Como viviría una chica de quince años antes de que existiera lo que llamamos cultura? ¿Cómo habría pensado entonces? Hilde se puso un jersey, cogió la carpeta y se sentó para continuar la lectura de la larga carta de su padre. Justo en el instante en que Alberto acababa de decir "final del capítulo», alguien llamó a la puerta de la Cabaña del Mayor –¿No tenemos opción, verdad? –dijo Sofía. –Supongo que no gruñó Alberto. Fuera había un hombre muy viejo con pelo y larga barba blancos. En la mano derecha llevaba

un bastón, y en la izquierda una gran lámina de un barco. A bordo de éste se podía ver toda clase de animales. –¿Y quién es este viejo señor? –interrogó Alberto. – Me llamo Noé. –Me lo imaginaba. –Tu propio progenitor, hijo mío. Pero supongo que ya no está de moda acordarse de los progenitores. ¿Qué llevas en la mano? –preguntó Sofía. –Es una lámina de todos los animales que se salva-ron del gran diluvio. Toma, hija mía, es para ti. Sofía cogió la gran ilustración y el viejo dijo: –Tendré que ir a casa a regar mis parras... Dio un pequeño salto juntando los pies en el aire, de la forma que sólo saben hacerlo hombres muy mayores de muy buen humor. Sofía y Alberto volvieron a entrar y se sentaron. Sofía empezó a mirar la lámina, pero Alberto se la quitó con autoridad. –Primero vamos a centrarnos en las grandes líneas dijo. –Empieza. –Nos olvidamos de decir que Marx vivió los últimos treinta y cuatro años de su vida en Londres, adonde se trasladó en 1849, y murió en 1883. Durante todo ese período también vivió Charles Darwin en las afueras de Londres. Murió en 1882 y fue enterrado solemnemente en West-minster Abbey como uno de los grandes hijos de Inglaterra. Pero Marx y Darwin no sólo se cruzan en el tiempo y en el espacio.

Freud

Hilde Møller Knag se levantó de la cama de un salto, con la pesada carpeta de anillas en los brazos. Dejó la carpeta sobre el escritorio, cogió su ropa volando y se la llevó al baño, donde se metió unos minutos debajo de la ducha. Finalmente se vistió en un abrir y cerrar de ojos, y bajó corriendo a la cocina. –Ya está el desayuno, Hilde. –Antes tengo que salir a remar un poco. –¡Pero Hilde! Salió de la casa y bajó a toda prisa por el jardín. Soltó la barca y se metió en ella de un salto. Empezó a remar. Dio una vuelta por toda la bahía a remo; al principio, estaba muy exci-tada, luego se fue calmando. «¡Nosotros somos el planeta vivo, Sofía! Somos el gran barco que navega alrededor de un sol ardiente en el universo. Pero cada uno de nosotros también es un barco que navega por la vida cargado de genes. Si logramos llevar esta carga al pró-ximo puerto, entonces no habremos vivido en vano...” Sabía esa frase de memoria. Se había escrito para ella; no para Sofía, sino para ella. Todo lo que había en la carpeta de anillas era una carta de papá a Hilde. Soltó los remos de las horquillas y los puso dentro. De esta manera la barca quedó balanceándose sobre el agua. So-naban suaves chasquidos contra el fondo. La barca flotaba en la superficie de una pequeña bahía en Lillesand, y ella misma no era más que una cáscara de nuez en la superficie de la vida. ¿Dónde encajaban Sofía y Alberto en todo esto? Bueno, ¿dónde estaban Alberto y Sofía? No le pegaba que sólo fueran unos «impulsos electromagnéticos» del cerebro del padre. No le cuadraba que sólo fuesen papel y tinta de una cinta impresora de la máquina de escribir portátil de su padre. Entonces igual podría decir que ella misma era simplemente una

acumulación de compuestos pro-teínicos que en algún momento se habían unido en una «pe-queña charca». Pero ella era algo más. Era Hilde Møller Knag. Claro que la gran carpeta de anillas era un regalo de cumpleaños fantástico. Y claro que su padre había dado en un núcleo eterno dentro de ella con este regalo. Pero lo que no le gustaba del todo era ese tono un poco descarado que utilizaba cuando hablaba de Sofía y Alberto. Pero Hilde le daría qué pensar ya en el viaje de vuelta a casa. Se lo debía a esos dos personajes. Hilde se imaginaba a su padre en el aeropuerto de Copenhague. Tal vez se quedara por allí vagando como un tonto. Pronto Hilde se había serenado del todo. Volvió remando hasta el muelle y amarró la barca. Luego se quedó mucho tiempo sentada junto a la mesa del desayuno con su madre. Muy tarde aquella noche volvió por fin a sacar la carpeta de anillas. Ya no quedaban muchas páginas. De nuevo sonaron golpes en la puerta. –Podríamos taparnos los oídos, ¿no? –dijo Alberto. Y así tal vez dejen de golpear. –No, quiero ver quién es. Alberto la siguió. Fuera había un hombre desnudo. Se había colocado en una postura muy solemne, pero lo único que llevaba puesto era una corona en la cabeza.

–¿Bien? –preguntó–. ¿Qué opinan los señores del nuevo traje del emperador? Alberto y Sofía estaban atónitos, lo cual desconcertó un poco al hombre desnudo.

–¡No me hacen ustedes reverencias! –exclamó. Alberto hizo de tripas corazón y dijo: –Es verdad, pero el emperador está totalmente desnudo. El hombre desnudo se quedó en la misma postura so-lemne. Alberto se inclinó sobre Sofía y le susurró al oído: –Cree que es una persona decente El rostro del hombre desnudo 83 adquirió una expresión de enfado. – ¿Acaso se practica en esta casa algún tipo de censura? –preguntó. –Lo siento –dijo Alberto–. En esta casa estamos completamente despiertos y en nuestro sano juicio en todos los sentidos. No podemos permitir al emperador que entre en esta casa en el estado tan vergonzoso en que se encuentra. A Sofía ese hombre desnudo y a la vez tan solemne le resultaba tan cómico que se echó a reír. Como si esto hu-biera sido una contraseña secreta, el hombre de la corona en la cabeza descubrió finalmente que no llevaba ninguna ropa puesta. Se tapó con las dos manos, se fue corriendo hacia el bosque y desapareció. Tal vez se encontrara allí con Adán y Eva, Noé, Caperucita Roja y Winnie Pooh. Alberto y Sofía se quedaron delante de la puerta muertos de risa. Al final, Alberto dijo: –Ya podemos sentarnos dentro otra vez. Te hablaré de Freud y de su doctrina sobre el subconsciente.

Nuestra época

Hilde se quedó tumbada mirando al techo, dejando que las asociaciones flotaran libremente. Cada vez que se paraba en medio de un círculo de pensamientos, se preguntaba por qué no podía seguir pensando en la misma línea. ¿Sería acaso algo que estaba intentando reprimir? Si hubiera conseguido desprenderse de toda clase

de censura, ¿habría, quizás, comenzado a soñar despierta? La sola idea, le daba un poco de miedo. Cuanto más lograba relajarse y abrirse a los pensamientos e imágenes, más viva era la sensación de que se encontraba en la Cabaña del Mayor, junto al pequeño lago, en el bosque que rodeaba la cabaña. ¿Qué estaría tramando Alberto? Bueno, naturalmente era su padre el que estaba tramando que Alberto tramara algo. ¿Sabría él lo que Alberto podía llegar a hacer? Quizás estuviese intentando darse tanta libertad a sí mismo que al final sucediera algo que hasta a él le sorprendiera. Ya no quedaban muchos días. ¿Y si echara un vistazo a la última hoja? No, eso sería hacer trampa. Pero aún había algo más: Hilde no estaba totalmente convencida de que ya se hubiera decidido lo que ocurriría en la última página. ¿No era ése un extraño pensamiento? Si la carpeta de anillas estaba ahí, el padre no podría añadir nada. Si Alberto no inventara algo por su cuenta: una sorpresa... Ella misma se ocuparía de un par de sorpresas. Su padre no tenía ningún control sobre ella. ¿Pero y ella? ¿Tenía ella control sobre sí misma? ¿Qué era la conciencia? ¿No era ése uno de los mayores enigmas del universo? ¿Qué era la memoria? ¿Qué es lo que nos hace «recordar» todo lo que hemos visto y vivido? ¿Cuál es ese mecanismo que cada noche nos hace tener, como por arte de magia, sueños maravillosos? Estando así, tumbada, cerraba de vez en cuando los ojos. Luego los volvía a abrir. Al final se olvidó de volverlos a abrir. Se había dormido. Cuando unos enfurecidos gritos de gaviotas la despertaron eran las 6.

66. ¿No era un número extraño? Hilde se levantó de la cama y, como todos los días, se acercó a la ventana para mirar la bahía. Eso va se había convertido en una costumbre, tanto en verano como en invierno. . De repente fue como si dentro de su cabeza estallara una caja de colores. Se acordó de lo que había soñado, pero era algo más que un sueño corriente; sus colores y su fondo eran completamente vivos. Había soñado que su padre volvía del Líbano, y todo el sueño había sido como una prolongación del sueño de Sofía en el que encontró su cruz de oro en el muelle. Hilde estaba sentada en el borde del muelle, exactamente como en el sueño de Sofía. Y una voz muy débil le susurró: «Me llamo Sofía». Hilde se quedó sentada muy quieta para ver si podía enterarse de dónde venía la voz. Luego el ruido continuó como un débil rumor. Era como si le estuviera hablando un insecto

«Pareces ciega y sorda.» Al instante siguiente, su padre entro en el jardín, vestido con uniforme de las Naciones Unidas «Hildecita» la llamó, y Hilde se fue corriendo hacia él para echarse en sus brazos.

La fiesta en el jardín

Hilde estaba como petrificada en la cama. Notaba los brazos rígidos. y las manos, con las que tenía sujeta la carpeta le temblaban. Eran casi las once. Había estado leyendo durante más de dos horas. Alguna que otra vez, había levantado la vista de

la carpeta riéndose a carcajadas pero también pasaba hojas gimoteando. Menos mal que no había nadie en casa ¡Todo lo que había leído en dos horas! Empezó con que Sofía tenía que despertar la atención del mayor cuando regresaba a casa después de haber estado en la Cabaña del Mayor. Al final se había subido a un árbol, y entonces llegó Morten, el ganso que venía del Líbano, como un ángel liberador. Hilde se acordaba siempre de que su padre le había leído cuando era pequeña El maravilloso viaje de Nils Holgersson. Durante muchos años, ella y su padre habían tenido un idioma secreto relacionado con aquel libro. Y ahora su padre volvía a sacar a relucir al viejo ganso. A Hilde le llamó especialmente la atención lo que Alberto contó sobre Sartre y el existencialismo. Casi había conseguido convertirla, pero también era verdad que había estado a punto de convertirla en muchas otras ocasiones durante la lectura. Hacia un año Hilde había comprado un libro sobre astrología. En otra ocasión había llevado a casa unas cartas de tarot. Y otra vez se había presentado con un pequeño libro sobre espiritismo. Todas las veces, su padre le había echado un pequeño sermón, utilizando palabras como

«sentido crítico» y «superstición», pero hasta ahora no se había vengado. Y lo había preparado bien. Estaba claro que su hija no iba a hacerse mayor sin haber sido seriamente advertida contra esas cosas. Para estar totalmente seguro, la había saludado con la mano a través de un televisor en una tienda de electrodomésticos. Lo que más le intrigaba era la chica del pelo negro. Sofía... ¿quién eres, Sofía? ¿De dónde vienes? ¿Por qué te has cruzado en mi camino? Al final Sofía había recibido un libro sobre ella misma. ¿Sería el mismo libro que Hilde tenía en las manos en ese momento, y que no era más que una carpeta? Pero, de todos modos, ¿cómo era posible encontrarse con un libro sobre una misma en un libro sobre una misma?

¿Qué ocurriría si Sofía empezaba a leer ese libro? ¿Qué iba a ocurrir ahora? ¿Qué podía ocurrir ahora? Hilde notó con los dedos que quedaban ya muy pocas hojas. Al volver a casa, Sofía se encontró con su madre en el autobús. ¡Qué mala suerte!

¿Qué diría cuando viera el libro que llevaba en la mano? Sofía intentó meterlo en la bolsa con los confetis y los globos que había comprado para la fiesta, pero no le dio tiempo. – ¡Hola, Sofía! ¡Qué casualidad que hayamos cogido el mismo autobús!

¡Qué bien! –Hola... –¿Has comprado un libro? –No exactamente. –El mundo de Sofía, qué curioso. Sofía se dio cuenta de que ni siquiera tenía una mínima posibilidad de mentir. – Me lo ha regalado Alberto. –Ya me lo figuro. Bueno, como ya he dicho antes, tengo muchas ganas de conocer a ese hombre. ¿Me dejas ver?:

–Mamá, ¿no puedes esperar por lo menos hasta que lleguemos a casa? Es mi libro.

–Sí, sí, es tu libro. Sólo quiero mirar la primera página. Pero... «Sofía Amundsen volvía a casa después del instituto». –¿Lo pone de verdad? –Sí, Sofía, lo pone. Está escrito por alguien que se llama Albert Knag. Es desconocido. ¿Cómo se llama ese Alberto tuyo? –Knox. –Tal vez ese extraño hombre haya escrito un libro entero sobre ti, Sofía. Puede que haya usado lo que se llama un pseudónimo. –No es él, mamá. Déjalo, de todos modos no vas a entender nada. –Bueno, si tú lo dices.

Mañana será por fin la fiesta. Ya verás como todo se arregla. –Alberto Knag vive en otra realidad. Este libro es una corneja blanca. –Por favor, déjalo ya. ¿No era un conejo blanco? –¡Basta! La conversación entre madre e hija no dio más de sí, antes de que tuvieran que bajarse en Camino del Trébol. Allí se encontraron con una manifestación. –¡Qué fastidio! – exclamó Helene Amundsen. Creía que por lo menos en este barrio nos libraríamos del parlamento callejero». Sofía se llevó el termo a la cocina y se puso a hacer más café. Mientras esperaba a que se hiciera el café, dio de comer a los pájaros y a los peces. También entró en el baño para dar una hoja de lechuga a Govinda.

Contrapunto

Hilde se incorporó en la cama. Se acabó la historia de Sofía y Alberto. ¿Pero qué había sucedido en realidad? ¿Por qué había escrito su padre ese último capítulo?, ¿Había sido sólo para mostrar su poder sobre el mundo de Sofía? Absorta en una profunda meditación se metió en el baño para vestirse. Después de un rápido desayuno bajó al jardín y se sentó en el balancín. Estaba de acuerdo con Alberto en que lo único sensato de la fiesta del jardín había sido su discurso. ¿No pensaría su padre que el mundo de Hilde era tan caótico como la fiesta de Sofía? ¿O que también el mundo de ella se disolvería? Y luego estaban Sofía y Alberto. ¿Qué había pasado con el plan secreto? ¿Le tocaba ahora a Hilde inventar el resto? ¿O habían lo-grado salirse de la historia de verdad? Pero en ese caso, ¿dónde estaban? De repente se dio cuenta de algo: si Alberto y Sofía ha-bían logrado salirse de la historia, no pondría nada de eso en las hojas de la carpeta de anillas, porque todo lo que estaba es-crito en ella era de sobra sabido por su padre. –¿Podía haber algo entre líneas? Algo así se había insi-nuado, Hilde comprendió que tendría que volver a leer toda la historia una v otra vez. En el instante en que el Mercedes se metía por el jardín, Alberto se llevó a Sofía hasta el Callejón. Luego se fue-ron corriendo por el bosque hacia la Cabaña del Mayor. ¡Rápido! –gritó Alberto–. Tiene que ser antes de que comiencen a buscarnos. – ¿Estamos ahora fuera de la atención del mayor? –Estamos en la región fronteriza. Cruzaron el lago a remo y se metieron a toda prisa en la Cabaña del Mayor. Una vez en el interior, Alberto abrió una trampilla que daba al sótano. Empujó a Sofía dentro. Todo se volvió negro. Durante los días siguientes, Hilde continuó trabajando en su propio plan. Envío varias cartas a Anne Kvamsdal en Copenhague, y la llamó un par de veces por teléfono. En Lillesand iba pidiendo ayuda a amigos y conocidos; casi la mitad de su clase del instituto fue reclutada para la tarea. Entretanto releía El mundo de Sofía. Era una historia que había que leer más de una vez. Constantemente se le ocurrían nuevas ideas sobre lo que pudo haberles pasado a Sofía y a Alberto, después de que desaparecieran de la fiesta. El sábado 23 de junio se despertó de pronto sobre

las nue-ve. Sabía que su padre ya había dejado el campamento en el Líbano. Ahora sólo quedaba esperar. Había calculado hasta el último detalle del final del último día de su padre en el Líbano. En el curso de la mañana comenzó con su madre los preparativos para la noche de San Juan. Hilde no podía dejar de pensar en cómo Sofía y su madre también habían estado preparando su fiesta de San Juan. ¿Pero era algo que ya había hecho? ¿No lo estarían pre-parando ahora? Sofía y Alberto se sentaron en el césped delante de dos edificios grandes, con unas ventanas muy feas y conductos de aire en la fachada. Una pareja salía de uno de los edificios; él llevaba una cartera marrón y ella, un bolso en bandolera rojo. Por un pequeño camino al fondo pasó un coche rojo. –¿Qué ha pasado? preguntó Sofía. –Lo conseguimos. –¿Pero dónde estamos? –Se llama Cabaña del Mayor ¿Pero... Cabaña del Mayor... ? –Es en Oslo. ¿Estás seguro? Completamente. Uno de estos edificios se llama Chateau Neuf que significa «nuevo castillo». Allí se estudiaba música. El otro edificio es la Facultad de Teología. Más arriba, en la colina, se estudia ciencias, y todavía más arriba se estudian literatura y filosofía. ¿Hemos salido del libro de Hilde y del control del mayor? Sí, las dos cosas. Aquí no nos encontrará jamás. ¿Pero dónde estábamos cuando corríamos por el bosque? – Mientras el mayor estaba ocupado en hacer estrellar el coche del asesor fiscal contra un manzano, nosotros aprovechamos la oportunidad para escondernos en el Callejón. Entonces nos encontrábamos en la fase fetal, Sofía. Perteneíamos al viejo y al nuevo mundo a la vez. Pero al mayor no se le ocurrió pensar que podíamos escondernos allí. –¿Por qué no? –Entonces no nos habría soltado con tanta facilidad. Todo fue tan sencillo como en un sueño. Claro, que puede ser que él estuviera metido en el plan. –¿Qué quieres decir con eso? –Fue él quien arrancó el Mercedes blanco. Quizás se esforzó al máximo para perdernos de vista. Estaría completamente indignado por todo lo que habla pasado... La joven pareja ya sólo estaba a un par de metros de ellos. A Sofía le daba un poco de vergüenza estar sentada en la hierba con un hombre mucho mayor que ella. Además tenía ganas de que alguien le confirmara lo que habla dicho Alberto. Se levantó y se acercó corriendo a ellos. –Por favor, ¿podéis decirme cómo se llama este sitio? Pero ni contestaron ni le hicieron caso. A Sofía esto le irritó tanto que insistió: –No pasa nada por contestar a una pregunta, ¿no? Aparentemente, el joven estaba explicando algo a la mujer. –La forma de la composición de contrapunto funciona en dos dimensiones: horizontal o melódicamente, y vertical o armoniosamente. Se trata de dos o más melodías que suenan al mismo tiempo... –Perdonad que os interrumpa, pero... –Se simultanean melodías, cada una con valor propio, si bien todas ellas quedan subordinadas a un plan armónico bien sonante. Es eso lo que llamamos contrapunto. En realidad significa.

La gran explosión.

Hilde se acomodó en el balancín muy pegada a su padre. Eran casi las doce. Se quedaron mirando la bahía, mientras alguna que otra estrella pálida se dibujaba en el cielo. Suaves olas golpeaban las piedras debajo del muelle. El padre rompió el silencio: –Resulta extraño pensar que vivimos en un pequeño planeta en el universo.

–Sí. –La Tierra es uno de los muchos planetas que se mueven describiendo una órbita alrededor del sol. Pero sólo la Tierra es un planeta vivo. –¿Y quizás el único en todo el universo? –Sí, es posible. Pero también puede ser que el universo esté lleno de vida, porque ¿universo es inmenso. Y las distancias son tan enormes que las medimos en «minutos luz» y «años luz». –¿Y eso qué significa en realidad? – Un minuto luz es la distancia que recorre la luz en un minuto. Y eso es mucho, porque la luz viaja por el universo a 300.000 kilómetros en sólo un segundo. Un minuto luz es, en otras palabras, 300.000 por 60, o 18 millones de kilómetros. Un año luz es por tanto casi diez billones, con b, de kilómetros. Las galaxias más lejanas cuya existencia se conoce hoy; se encuentran a unos diez mil millones de años luz de nosotros. Cuando captamos señales de esas galaxias, miramos diez mil millones de años hacia atrás en la historia del universo. Eso es más o menos el doble del tiempo que ha existido nuestro propio sistema solar. –Me mareas. –En sí es muy difícil concebir lo que quiere decir mirar tan atrás en el tiempo. Pero los astrónomos han encontrado algo que tiene aún más importancia para nuestra visión del mundo.

–¿Cuéntame! –Resulta que ninguna de las galaxias del universo está quieta. Todas las galaxias del universo se van alejando las unas de las otras a una enorme velocidad. Cuanto más lejos se encuentran de nosotros, más rápido parece que se mueven. Esto significa que la distancia entre las galaxias se hace cada vez mayor. El universo es una explosión. Las galaxias siguen alejándose las unas de las otras a una enorme velocidad. –¿Y así continuarán eternamente? –Es una posibilidad. Pero también existe otra posibilidad. A lo mejor recuerdas que Alberto le habló a Sofía de las dos fuerzas que hacen que los planetas se mantengan en órbitas constantes alrededor del sol. –La gravedad y la inercia, ¿no? – Así es también la relación entre las galaxias. Porque aunque el universo sigue expandiéndose, la gravedad actúa en sentido contrario. Y un día, tal vez dentro de unos miles de millones de años, quizás la gravedad haga que los astros se vuelvan a reunir, conforme las fuerzas de la gran explosión empiecen a menguar. Entonces tendremos una explosión inversa, llamada «implosión». Pero las distancias son tan enormes que ocurrirá a cámara lenta. Puedes compararlo con lo que pasa cuando soltamos el aire de un globo. –¿Todas las galaxias volverán a ser absorbidas otra vez en un núcleo compacto? –Sí, lo has entendido. ¿Pero qué pasará luego? – Entonces tendrá que haber una nueva «explosión» que haga que el universo se vuelva a expandir. Porque las mismas leyes de la naturaleza seguirán en vigor. De esa manera se formarán nuevas estrellas y, galaxias. – Correcto. En cuanto al futuro del universo, los astrónomos se imaginan dos posibilidades: o bien el universo continuará expandiéndose para siempre, de modo que gradualmente habrá cada

vez más distancia entre las galaxias, o bien el universo comenzará a encogerse de nuevo. Lo que es decisivo para lo que va a ocurrir es cuánto es el peso o la masa del universo. Y sobre este punto los astrónomos no tienen todavía co-nocimientos muy seguros. En Oriente han tenido una visión cíclica de la Histo-ria. Es decir; que la historia se repite eternamente. En la India existe por ejemplo una vieja doctrina según la cual el mundo constantemente se desdobra para luego volverse a empaquetar Así se alterna entre lo que los hindúes llaman «Día de Brah-man” y

«Noche de Brahmán». Esta idea armoniza mejor, na-turalmente, con que el universo se expanda y se encoja, para volver a expandirse después, en un eterno proceso

«cíclico». Me lo imagino como un gran corazón cósmico que late y late y late... –A mí me parece que las dos teorías son igual de incon-cebibles e igual de emocionantes. –Y pueden compararse con la gran paradoja de la eter-nidad en la que Sofía una vez estuvo pensando sentada en su jardín: o el universo ha exitido siempre, o ha nacido una vez de repente de la nada. Sofía y Alberto habían estado sentados en el depor-tivo rojo escuchando al mayor hablar a Hilde sobre el uni- verso. –¿Te has dado cuenta de que los papeles han sido completamente cambiados? –preguntó Alberto después de un rato. –¿Qué quieres decir? –Antes eran ellos quienes nos escuchaban a noso-tros, y nosotros no los podíamos ver. Ahora somos nosotros quienes los escuchamos a ellos, pero ahora ellos no nos pueden ver a nosotros. –E incluso hay algo más. –¿En qué estás pensando? –Al principio no sabíamos que existía otra realidad, en la que vivían Hilde y el mayor. Ahora son ellos los que no saben nada de nuestra realidad. Sofía se quedó mirando al jardín mientras el mayor hablaba de «la gran explosión». Esta expresión le hizo pen-sar en algo. Empezó a hurgar en el coche. –¿Qué pasa? –preguntó Alberto. – Nada. Abrió la guantera y encontró una llave inglesa. Con la llave en la mano se acercó al balancín y se puso justo delante de Hilde y su padre. Primero intentó captar la mi-rada de Hilde, pero le fue imposible. Al final levantó la llave inglesa muy alto por encima de su cabeza y golpeó con ella muy fuerte la frente de Hilde. – ¡Ay!

–dijo Hilde. Luego Sofía también golpeó con la llave inglesa la frente del mayor, pero él no reaccionó en absoluto. ¿Qué ha sido eso? –preguntó él. Hilde le miró: –Creo que me ha picado un tábano. –Habría sido Sócrates que intentaba sacarte del letargo. Sofía se tumbó en la hierba e intentó empujar el ba-lancín. Pero no se movía ni un ápice. ¿O había conseguido que se moviera un milímetro? –Sopla como un vientecillo fresco por el suelo – dijo Hilde. –A mí me parece que tenemos una temperatura muy suave, –Pero no es sólo eso. Aquí hay algo. –Solamente tú y yo y la suave noche de verano. –No, hay algo en el aire. –¿Qué puede ser? –¿Te acuerdas del plan secreto de Alberto? –¿Cómo no me iba a acordar? –Y desaparecieron de la fiesta en el jardín. Como si se los hubiera tragado la tierra. Sofía se levantó de pronto en el deportivo rojo y se-ñaló hacia la bahía. –Me entran ganas de probar el bote –exclamo. –Está amarrado. Además no seríamos capaces de mover los remos. –¿Lo intentamos? Estamos en la noche de San Juan... –Por lo

menos podemos bajar al agua. Salieron del coche y bajaron corriendo por el jardín. En el muelle intentaron soltar la cuerda, que estaba atada a una anilla de acero; pero no lograron ni siquiera moverla. –Como si estuviera clavada –dijo Alberto. Un auténtico filósofo no debe darse por vencido. Si al menos lográramos... soltar esta...

–Ahora hay todavía más estrellas en el cielo –dijo Hilde. –Sí, éste es el momento más oscuro de la noche de verano. –Pero en el invierno echan chispas. ¿Te acuerdas de aquella noche antes de irte al Líbano? Era el día de Año Nuevo. –Fue cuando me decidí a escribir un libro de filosofía para ti. Estuve en una importante librería de Kristiansand y también en la biblioteca municipal; pero no había nada apropiado para jóvenes. –Es como si estuviéramos sentados en la punta de uno de los finos pelos de la blanca piel del conejo. – Me pregunto si hay alguien allí afuera, en la noche de los años luz. –¡El bote se ha soltado! –Es verdad... –No lo entiendo. Bajé a comprobar el amarre justo antes de que tú llegaras. –¿De veras? –Me recuerda a Sofía, cuando tomó prestado el bote de Alberto. ¿Te acuerdas de que lo dejó a la deriva? –A lo mejor es ella la que ha estado por aquí.. –Tú te lo tomas a broma, pero yo tengo la sensación de que ha habido alguien aquí durante toda la noche. – Uno de los dos tiene que nadar hasta allí. –Lo haremos los dos, papá.

CONCLUSIÓN

Este libro nos da a conocer la historia de la filosofía de una manera muy interesante, ya que por medio de los diferentes ejemplos se hace más entendible el conocimiento o concepción que cada filósofo tenía. También se podría decir que este libro se divide en dos historias, una a la que cuenta el profesor de filosofía y otra la historia de Sofía, este libro es como un resumen de como se ha visto el mundo desde la perspectiva filosófica, desde cómo se creó hasta nuestros días, pero enseñándonos cada descubrimiento importante de cada personaje. La filosofía nos inquieta a investigar e interpretar no lo a veces no entendemos nos hace ver que lo que sabemos es poco. Este libro me dejó muchas frases importantes que todos los seres humanos debemos de darle una buena interpretación porque no son en vano, tiene mucho significado en la vida diaria, las frases son: "Si el cerebro del ser humano fuera tan sencillo que lo pudiéramos entender, entonces seríamos tan estúpidos que tampoco lo entenderíamos", "La naturaleza es buena y el hombre es bueno por naturaleza". Lo cual nos quiere dar a entender que el hombre ha surgido incluso dentro de la propia filosofía y de la ciencia. También nos aporta puntos muy importantes para la vida educativa y diría lo que nos quiere dejar como enseñanza es que no nos encerremos en una esfera de ignorancia, y haciendo eso no tendríamos la presencia de la razón que es una capacidad que todos tenemos, pero que pocos la desarrollan ya que estamos en un mundo en el que todos nos volvemos habituales y dejamos el asombro a un lado.